



LA ESCRITORA

QUE SE OLVIDÓ

DE SER

best seller

Marta Martín Giron





LA ESCRITORA
QUE SE OLVIDÓ
DE SER
best seller
Marta Martín Girón

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: La escritora que se olvidó de ser best seller

© Marta Martín Girón

Número de registro de la propiedad intelectual: 1809078295870

Portada, maquetación y edición: *Trabajobbie*

Primera edición: septiembre 2018

LA ESCRITORA
QUE SE OLVIDÓ
DE SER
best seller

A la única persona en mi vida que ha sabido hacerme sentir en un sueño; a ti, Marcos
Nieto Pallarés.

«Admira a quien lo intenta, aunque fracase».

Séneca

«Mi felicidad consiste en que sé apreciar lo que tengo y no deseo con exceso lo que no tengo».

León Tolstoi

Índice

[Introducción](#)

[¿La escritora que se olvidó de ser best seller?](#)

[Agua fría](#)

[Un día en la playa](#)

[Día de cita](#)

[La que faltaba](#)

[El cactus de Begoña](#)

[La primera vez](#)

[Mierda de ventas...](#)

[Ola de calor](#)

[Mudanza](#)

[Me olvidé de...](#)



Introducción

Un día cualquiera de abril de 2017

Sabemos que ante una adversidad solo tenemos dos opciones: dejarnos vencer por la frustración, o dar un paso más hacia nuestros anhelos u objetivos.

Cuando te ves hundido, agotado y desesperanzado, no quieres hacer nada. El dolor te supera, las fuerzas te abandonan, la pena se adueña de todo. Es difícil reunir la energía suficiente cuando lo único que te apetece es claudicar. Te pasan una y mil preguntas por la cabeza: ¿Para qué tanto esfuerzo? ¿Para qué continuar? ¿Voy a estar así toda la vida?

La esperanza de conseguir lo que deseas pende de un hilo, cada vez más delgado, cada vez más agrietado y vulnerable.

Cualquiera, desde fuera, te dice: «Debes seguir, no es momento para rendirte» —en el caso de que tengas el apoyo de alguien y no debas animarte tú mismo—. Sin embargo, tan solo quieres que todo acabe. No ves salida. A veces intuyes estar cerca, pero pasan los días y no llegas, no ves resultados. Tu alma sabe que estás tan cansado que no aguantarías un nuevo fracaso. Pierdes el apetito, las ganas de reír. Te obsesiona lo que no tienes. Te olvidas de lo que has conseguido: esos logros importantes que tú mismo menosprecias porque aún te queda un largo camino por recorrer. Deseas dormir y que al despertar algo se haya transformado. Deseas encontrar, ver, sentir..., recuperar la esperanza. Y una vez más, te preguntas si tan imposible es alcanzar eso por lo que te esfuerzas.

Algo te dice que sí, que debes seguir.

En ese momento, te ves obligado a olvidarte de todo, a hacer balance y empezar de nuevo.

Y a mí, me llegó el momento de olvidar.



¿La escritora que se olvidó de ser best seller?

Pues sí, heme aquí, una mujer normal y corriente, una escritora con el deseo de llegar a algo en su vida, una soñadora tentada de tirar la toalla que se enervaba cada vez que veía el saldo de su cuenta bancaria y las ventas del día anterior.

Tanta frustración seguida estaba acabando con mi arresto y confianza. Estaba *haaaarta* de sufrir por el dichoso dinero, por hacer planes y que me salieran como el culo. Hasta las narices de escuchar los ánimos que yo misma trataba de darme diciendo que todo estaba bien; que todo pasaría pronto; que iba a conseguir mi sueño; que pronto tendría dinero para vivir sin parecer una miserable; que podría ir a hacer la compra sin tener que estar racaneando céntimos de aquí y de allá, y comprar unas gambas, con sus gabardinitas y todo si se me antojaban.

Sí, cuando uno no tiene dinero, su realidad se convierte en algo muy turbio, en una masa ennegrecida que te envuelve y pretende absorberte hasta el último resplandor de luz que tu cuerpo pretenda emitir, aplacar hasta la última chispa de esperanza. Y no, alcanzas un punto en el que no es cuestión de perspectivas, sino de ser objetivo. Las cosas son las que son y no se pueden maquillar. Por muy positivo que quieras mantenerte, llega un momento en el que las fuerzas no dan para más, y te ves en la tesitura de elegir, de preguntarte si tendrás que abandonar el largo camino que llevas recorrido y volver a empezar.

Estaba hasta las narices de verme en esa tesitura.

Me resistía a ello; llevaba haciéndolo durante meses. Pero ya no sabía qué hacer. Se me acababa el dinero y no quería rendirme, dejar a medias lo que de alguna manera sentía tener tan cerca. Le pedía al Universo su ayuda a gritos —mentalmente, claro. No estaba tan loca como para ir por la vida

chillándole a «la nada». Tenía vecinos y esas cosas—.

Y sí, si me paraba a pensar y analizar los platos de la balanza de mi vida, estaba agradecida por la ayuda recibida hasta ese instante; muy agradecida, de hecho, aunque no viniese de donde pensaba que vendría. Sin ella, habría acabado durmiendo entre cartones bajo un puente, desesperada y dándole al *tintito* pretendiendo perder de vista mis penas. Pero no, por suerte, como digo, tuve algunas ayudas.

No sé si a estas alturas podrás imaginar cuál era mi sueño, ese que me traía de cabeza y parecía tan difícil de alcanzar. No pretendía nada del otro mundo. Aunque creo que yo misma le restaba importancia al pensar que lo podría conseguir —en realidad muy pocos pueden presumir de alcanzarlo—. Mi sueño era vender mis libros, la cantidad suficiente como para obtener los ingresos que me permitiese vivir desempeñando mi verdadera pasión, vocación y profesión, la de ser escritora. Eso sí, esa era solo la primera meta. El objetivo supremo era convertirme, no en una escritora cualquiera, sino en una escritora best seller.

Durante muchos meses surgieron los aguafiestas y sus reflexiones, los que lo intentaron antes que yo y no lo lograron, los que lo estaban pretendiendo y les parecía imposible..., recordándome, como si me acabase de caer de un guindo y me hubiera quedado tonta por el golpe, lo que ya sabía —léase con tono de retintín—: «¿Tú sabes que hay muy pocos autores que consiguen lo que tu pretendes?».

Eh..., sí. En verdad, poquísimos.

Pero me daba igual, yo sería una de los que lo logran.

En serio, algo me decía que lo iba a conseguir; antes o después; con mayor o menor esfuerzo, pero lo lograría. Estaba segura de ello.

Sin embargo, a pesar de mi propio convencimiento —ya no mental, sino más profundo, intuitivo e irracional—, las fuerzas comenzaban a flaquear, y, verme sumida en tantas adversidades, empezaba a mermar lo más importante de todo: mi autoestima y confianza.

Todos sabemos que las dudas no son buenas compañeras, y que si no crees en ti, estás perdido. Es una ley universal: recibes lo que emites con tu energía.

En múltiples ocasiones hice un parón para analizar qué narices estaba lanzando al Universo; al parecer, de todo un poco, como un buffet libre de vibraciones o algo así.

Creo que si te cuento algunas cosas que me sucedieron en los últimos meses, entenderás mejor de qué hablo. Te invito, pues, a que te acomodes mientras narro mis altibajos en esa etapa turbia, personal y profesional de mi vida; lo que por esfuerzo, convencimiento y vibración —se supone— atraje a ella; cómo llegué a donde estoy, y por qué me olvidé de ser best seller.

Por cierto, antes de empezar, me presentaré. Mi nombre es Jane. Sí, como la de Tarzán. Nombre que le debo a mi difunta abuela, que en paz descansa, y a la falta de juicio de mis padres. Menos mal que a la pobre señora no le dio por llamarme como al mono, que si no...

En fin..., empezaré por el principio, o mejor, por un día cualquiera de mi vida, como el día del agua fría. Sí, ese puede servirnos.



Agua fría

Julio de 2017

No recuerdo qué día era, tan solo que estábamos a primeros del mes de julio. Esa mañana me levanté muy pronto, como venía haciendo en las últimas semanas. Aunque no acostumbraba a usar despertador, casi todos los días amanecía a la misma hora, alrededor de las siete y media a.m..

Característico de un sol veraniego, la luz se filtraba con su imponente matutina avisándome de que debía comenzar la jornada si quería que mi vida cambiase.

Apenas abrir los ojos, percibí mis energías renovadas, positiva, alegre, con ganas de comerme el mundo.

«Plan para hoy —reflexioné, contemplando los dibujos provocados por los destellos del sol en el techo mientras aún permanecía recostada—: levantarme, espabilar cuerpo y mente con una buena ducha, preparar un café y sentarme frente al portátil para bosquejar la historia de la próxima novela. Después, escribir hasta mediodía entretanto promociono el resto de novelas por las redes sociales, y luego, comer algo ligero que no provoque mucho sueño para poder continuar con lo mismo por la tarde».

«Sí, me gusta el plan».

«Si todo va bien, estaré delante del ordenador unas doce horas, tiempo suficiente como para estructurar la base de la próxima obra que me catapultará al éxito».

«¡Qué bien suena!».

«En fin, mientras llega ese momento, espero que, con un poquito de suerte, el Universo me compense las horas de esfuerzo con alguna que otra venta de las otras novelas».

«Sería lo justo».

—Bueno, pues vamos allá.

De un salto, abandoné la cama y me dirigí a la ducha previo haber cogido la indumentaria que me pondría al salir: algo cómodo y fresquito, la economía no estaba para estar poniendo el aire acondicionado, privilegio para los que tenían dinero y se lo podían permitir.

Tiré en una esquina del cuarto de baño la poca ropa que llevaba: camiseta de tirantes y braguitas.

«Sí, es buen momento para ahorrar, así que, voy a hacer lo que pensé ayer: hoy me ducharé con agua fría. A ver qué tal».

Sin vacilar un instante, me metí en la ducha, y sin esperar a que se graduase lo más mínimo la temperatura, sumergí el cuerpo. En cuestión de segundos me vi gimoteando y rehuyendo el contacto del líquido sobre la piel, como un faquir aficionado y torpe que trata de no quemarse la planta de los pies al cruzar un camino de fraguas. *«Su puta madre —protesté con los dientes apretados—. Qué fría está la muy...»*. Acostumbrarme al cambio de temperatura me costó tres improperios más a pleno pulmón y un minuto de resoplidos. Pero al fin, lo logré —no estaba dispuesta a ceder ante mi propio desafío; a cabezota no me ganaba nadie—. Después de eso, me embadurné el cuerpo con jabón. No tardé en enjuagármelo para no dilatar más de lo necesario aquel suplicio, y pasar a la siguiente zona delicada: la cabeza. La enjaboné una sola vez y la aclaré como si estuviese bailando el baile del limbo: imagínese me con el cuerpo totalmente curvado hacia atrás evitando el roce de la más mínima gota por la espalda. Casi me caigo. El agua estaba tan fría que por un momento tuve la sensación de que salía vaho por mi boca.

«¡La madre que me parió!».

«Ahora que hace calor, vale. Pero más adelante, cuando venga de nuevo el invierno, ni loca me ducho con esta agua. Lo que ahorrase en la factura de la luz me lo acabaría gastando en medicamentos».

Cerré el grifo como alma que lleva al Diablo y no tardé en enrollarme una toalla alrededor del cuerpo y otra en la cabeza. Suspiré despacio, entrando en calor al tiempo que me sumía en un conflicto de emociones. Por un lado sentí orgullo por haber superado el reto, y por otro, cierta lástima de

mí misma al verme en esas condiciones.

—Cambiará.

Me acerqué al espejo y observé mi estampa reflejada.

—Al menos estás guapa —dije dedicándome una sonrisa—. Estiré la cara haciendo muecas con la boca, como si de ese modo pudiese alisar un poco más la piel y restar a mi existencia cuatro o cinco años; los últimos, a poder ser—. Tengo buenos genes. —Recordé la dermis de mi madre—. Ella también ha parecido siempre más joven de lo que es. En fin...

Comencé a secarme el cuerpo. Luego me vestí: camiseta de tirantes, braguitas y falda. Anduve hasta la cocina para preparar el café matinal. No tardé mucho. Volqué el contenido de la cafetera en una taza y me trasladé al comedor para empezar a trabajar.

—Venga, todo apunta a que hoy será una gran jornada. Además, a lo mejor me encuentro con alguna sorpresita. Ayer prometía ser un buen día para vender: verano, calor, vacaciones para muchos, día de relajación para otros, cuentas bancarias con un plus de dinero gracias a las pagas extra...; sí, tengo que haber vendido algo.

Pulsé el botón de encendido el PC con la misma ilusión que un niño espera la noche de Reyes. Mientras arrancaba, di un sorbo al inconfundible brebaje natural de Colombia.

«¡Qué invento!».

Una vez abierto el escritorio, busqué el icono para acceder a internet y comenzar el recorrido de rigor: historial de ventas, emails, Twitter, plataforma de ventas también conocida como Paradise...

Comencé por comprobar los correos electrónicos. La bandeja de entrada no tenía gran cosa: anuncios, notificaciones de publicaciones ajenas y un par de correos de diversas ONGs, uno denunciando el consumo abusivo de plásticos y solicitando firmas para exigir una ley reguladora, y otro, recabando firmas con la intención de defender a las ballenas de la caza furtiva. Sin pensarlo, añadí mi rúbrica electrónica a cada una de ellas.

«A ver si conseguimos concienciar al mundo de una santa vez...».

Satisfecha por haber aportado mi granito de arena a un cambio global, cerré esa ventana pensando en la siguiente:

—Ahora toca ver qué tal se dieron las ventas de ayer.

Anoté lo deseado en el buscador y no tardó en salir el resultado.

Llevé el cursor del ratón sobre la pestaña que me sacaría de dudas: «Historial», y apreté con las expectativas de encontrar algo satisfactorio.

—¿Cero? ¿De verdad?

No me lo podía creer, la barra de la gráfica no reflejaba nada. Pasé el ratón por encima varias veces buscando que fuese un error, pero no, al situarla sobre el día señalado, una pequeña pantalla emergente indicaba con número, y sin lugar a dudas, las ventas obtenidas: cero.

—En serio, ¿esto es una broma? Porque no tiene gracia. ¿Cómo no voy a haber vendido ni un solo libro en todo el santo día? Estamos en verano, joder; en estos meses la gente compra más, se siente generosa, feliz con el mundo, se dan algún que otro pequeño homenaje, ¿y qué mejor homenaje y más barato que un puñetero ebook? Joder, en serio...

Resoplé un par de veces mientras observaba el numerito «0» fijamente, como si por mirarlo fuese a cambiar el resultado.

—Bueno —pensé tratando de serenarme—, a lo mejor ha sido un mal día en general. Quizá Abraham y Mateo tampoco hayan vendido lo que esperaban.

Automáticamente, abrí Twitter: craso error.

Ya por entonces sabía que las comparaciones son odiosas, pero necesitaba contrastar mis resultados con las ventas de los dos únicos compañeros de confianza que tenía —las relaciones virtuales no me habían aportado grandes experiencias como para confiar en muchos más aparte de ellos—. De modo que, manteniendo un hilo de esperanza basada en el refrán: «Mal de muchos, consuelo de tontos», escribí en el grupo que formábamos

entre los tres:

—¡Buenos días! ¿Qué tal vais? ¿Cómo fueron las ventas de ayer? Las mías catastróficas, me quedé a cero.

Abraham no tardó en contestar:

—A mí me fue bastante bien. No para tirar cohetes, pero vendí trece libros: ocho ebooks y cinco en tapa blanda.

Al leerlo se me heló la sangre. Sentí cómo los buenos ánimos con los que me había levantado huían sin contemplaciones, dejándome sumida en una desoladora sensación de fracaso.

—Me alegro por ti —le contesté. Y era cierto. Me enorgullecía por su trabajo, por su evolución y resultados. De lograr yo esas ventas me podría dar por satisfecha durante una buena temporada, ya que habría alcanzado mi primera meta. Y no era una petición descabellada —aunque la realidad me estuviera reflejando cero ventas del día anterior, otros alcanzaba cifras semejantes a las tuyas. ¿El problema? La irregularidad. No podía tener días con trece ventas y al día siguiente, cero, y al siguiente, uno, y al siguiente, ocho, y al siguiente, uno, y luego, diez, y así sucesivamente. Necesitaba una media mínima diaria de al menos diez unidades—.

Si continuaba con la misma trayectoria que hasta ese instante, todo indicaba que lo conseguiría y no tardando mucho. Pero existía un segundo problema: el cuándo. Por desgracia, no disfrutaba de mucho tiempo para averiguarlo.

Abraham llevaba los mismos años que yo, habíamos publicado nuestra primera novela en la plataforma de venta Paradise con escasos meses de diferencia. Sin embargo, nuestra trayectoria desde el principio fue sustancialmente distinta. La de él empezó siendo más rápida: en dos años logró lo que yo en tres. Por el contrario, lo que yo había crecido exponencialmente en los últimos meses, él se había «estancado». Nuestras ventas ya no eran tan dispares. Aún así, para mí no era suficiente. Necesitaba

más.

Abraham tenía «la suerte» de tener un trabajo adicional que le facilitaba un sueldo fijo con el que sufragar los gastos y los bajones de los meses malos, en cuanto a ventas se refiere. Pero yo no. Desde el divorcio, el único sueldo que entraba en casa era el mío —el de mis ventas— y, por lo general, salvo meses excepcionales, no era suficiente.

Mateo, por su parte, se encontraba en una trayectoria más pareja a la mía. Llevaba los mismos años que nosotros publicando, y sus ventas, desde un inicio fueron más parecidas a las mías. Sin embargo, él también tenía la tranquilidad de tener un sueldo adicional. Era un exfuncionario jubilado y, después de tantos años trabajando para el Estado, debía cobrar una buena pensión. Al menos, no le faltaría dinero para comer y pagar las facturas.

—Gracias —contestó Abraham—. Es raro que te hayas quedado a cero, ¿no?

—Sí, no suele pasarme. No sé qué pensar, la verdad.

—No te desanimes, yo creo que son rachas.

—Los tres últimos meses están siendo duros. Las ventas han bajado y no comprendo a qué se debe, por lo menos este mes. Pensaba que ahora en verano se vendería más, es lo habitual.

—Yo también lo estoy notando. Y en mi caso en concreto es peor. Al menos tú vas evolucionando de un año para otro. Yo llevo varios meses vendiendo, como mucho, lo mismo que en los meses correspondientes al año pasado.

—Sí, supongo que son rachas, como tú dices.

—Eso espero. Y que pase pronto.

—¡Buenos días, chicos! —saludó Mateo incorporándose a la conversación—. Yo ayer vendí cinco. Más o menos en la media de los días anteriores.

Ahora sí que parecía que alguien me había tirado un cubo de agua fría

sobre la cabeza —más desagradable incluso que la ducha que acababa de darme, como si llevase pequeñas cuchillas de hielo que rasgaban mi piel a su paso—. Me sentí el insecto más insignificante, uno al que el mundo se le venía encima con aparentes tendencias aniquiladoras.

No era la primera vez que me ocurría aquello y la desesperación por no conseguir los resultados esperados comenzaba a pasarme factura.

—Bueno, voy a ver si trabajo un rato —dije a modo de despedida, dejando la conversación a medias. No me veía con ánimo de seguir tratando de aparentar que no me afectaba, que era fuerte y podía con cualquier mierda que me rebozasen por la cara. No. En los últimos meses mi entereza pasó a estar bastante desquebrajada. Tenía un límite y estaba a punto de sobrepasarlo.

Me levanté de la silla y fui al cuarto de baño, como si ese paseo fuese a templar mis nervios.

Apoyé las manos sobre la cerámica y, una vez más, observé mi reflejo en el espejo. En esta ocasión contemplé mis ojos enrojecidos, la mandíbula tensa. El pelo me caía por los laterales de la cara como si trataran de ocultarla, como si a mi propio cabello le avergonzase tenerme por dueña.

—¿Cuánto tiempo más? —pregunté en voz alta. Una pregunta que recogía, en una sola, diversas cuestiones: ¿cuánto tiempo podría aguantar con el dinero que me quedaba en el banco? ¿Cuánto con la autoestima sin que cayese en un pozo sin fondo? ¿Cuánto beneficiándome de la ayuda altruista de mi amiga Begoña? Y, la que daba respuesta y solución a todas las demás: ¿cuánto tiempo faltaba para alcanzar mi sueño?

Una lágrima rodó por mi mejilla hasta darse de bruces contra el lavabo. La rabia y la impotencia consiguieron, una vez más, exceder mi firmeza.

—No puedo abandonar ahora. No me puedo permitir ese lujo.

Sin embargo, el dolor ya se había colado. Sabía que aunque tratase de volver al ordenador y hacer como que no había pasado nada, no podría; aquella artimaña dejó de surtir efecto jornadas atrás. De pronto se me

borraron las ganas de comenzar el bosquejo de la siguiente obra, la concentración no me permitía más que lamentar no conseguir mis objetivos, no saber cambiar mi realidad.

—Ha sido solo hoy. Un solo día a cero. No pasa nada. El día es muy largo, seguramente hoy vendas lo que no vendiste ayer —alenté en un inútil empeño por autoconvencerme. Lo dicho: inútil—. No, así no puedo seguir. El ánimo no me da ni para hacer bosquejos ni hacer rosquillas. Lo único que puedo hacer, si quiero que mi energía cambie y no se eche a perder el resto del día, es desahogarme de alguna manera.

Y así lo hice: opté por una terapia que llevaba practicando desde meses atrás, antes incluso de tener conocimiento de la infidelidad de Robert. Tomé una hoja en blanco y comencé a escribir:

Hola. Hoy amaneció un nuevo día que prometía ser bueno, sin embargo, quien coño sea el que esté gobernando el mundo, parece que quiera hacerme vivir amargada. ¡Ya está bien, en serio, hoy tenía planes y eran cojonudos! Sí, ya sé que no eran nada del otro mundo, pero, mientras no me haga millonaria, es lo que toca: trabajar como una negra —sin ánimo de ofender a nadie— por unos ingresos que no remuneran de forma justa tanto esfuerzo y entrega. En serio, hasta los mendigos cobran más que yo pidiendo a las puertas de cualquier Carrefour. Tú ya me entiendes, Universo, sin ser racista, hay comparaciones que vienen a huevo.

Creo que no es mucho pedir llegar a final de mes. Y sí, pretendo conseguirlo haciendo aquello que siento una vocación, por muy difícil que prometa ser.

Como iba diciendo, creo que todo el mundo debería trabajar en aquello que le apasione, y vivir de forma digna. A fin de cuentas, el que te guste un trabajo no quiere decir que no te esfuerces en él ni trates de dar lo mejor de ti. Por desgracia, hay muchas personas que no lo entienden, y otras muchas que están muy equivocadas —con estas últimas me refiero a las que viven amargadas en sus trabajos

porque el día que debían elegir su futuro optaron por tomar la vía cómoda, la menos arriesgada, la del dinero «fácil»: un salario fijo a cambio de hacer cualquier labor para otra persona, es decir, un esfuerzo medido y un salario seguro—.

Traté de imaginar lo bonito que hubiera sido encontrar el apoyo de mis padres, su entendimiento. Suspiré y seguí escribiendo.

Sí, creo que a ese grupito, por suerte, limitado, en el fondo lo único que les pasa es que les jode ver que tú, en un momento dado has sido más valiente que ellos, que ni te has rendido ni te has conformado. Los que trabajan en lo que verdaderamente les apasiona no sienten esa «envidia» encubierta, camuflada tras una máscara de superioridad y desdén hacia el trabajo ajeno.

Al margen de eso, se suma otro factor: el hecho de ser artista. Como si la carrera de un artista fuese fácil y no te requiriese un esfuerzo, disciplina, responsabilidad y sacrificio, como si fuese un gremio ocupado por vividores y oportunistas, una vida de libertinaje y desenfreno. En los demás ramos artísticos no lo sé, pero en lo que respecta al literario, lo que mis ojos han podido contemplar hasta hoy, me aseguran que tales prejuicios y predisposiciones distan mucho de lo que se da realmente —aunque es posible que haya casos, no digo que no—. ¿Rivalidad? Sí, mucha; quizá demasiada. ¿Traiciones? También. Al parecer, en todo lo que entra en juego el dinero se produce una energía turbia y nociva de la que pocos se salvan, provocando que la gente pierda la brújula de su moralidad sin importar pisotear al vecino si con ello consiguen escalar un puesto en el ranking de ventas, fama, popularidad o favores personales.

Me vienen varios a la cabeza que la madre que los parió...

Por suerte, no todos son así —puntualicé pensando en Abraham y Mateo.

Universo: estoy muy enfadada. Espero que estés tomando buena

nota de ello. Y no he acabado todavía. Volviendo al tema que nos ocupa, tengo unas cuantas preguntitas: ¿Acaso por ser artista debo pasar hambre y sufrir calamidades? ¿Es que un cirujano, o cualquier otro al que le guste su trabajo, por el hecho de gustarle, debería padecer el mismo sufrimiento que estoy aguantando yo? Imagino la respuesta de muchos, incluida mi señora madre: «No te puedes comparar con un cirujano, él salva vidas y tú no». ¡Y una mierda! A nuestro modo, los artistas enriquecemos la sociedad, la ayudamos a sanar, a crecer, a concienciarla, le servimos de puente para vivir otras vidas sin necesidad de salir de los lomos de un libro. La falta de arte haría caer enferma a muchas personas que requieren de entretenimiento, de empatía, de distracción, diversión, emociones... El artista aporta valor a la vida de quien recibe su obra, una fórmula de escape o un aporte extra a su realidad; como he dicho antes: la enriquece. Es imprescindible. Nadie podría imaginar un mundo sin arte.

Paré de escribir para mirar la hora en el reloj del portátil: las 9:02.

«Cómo pasa el tiempo. Y aún no he comenzado el bosquejo... Aunque la verdad, no tengo ninguna gana».

En ese instante, percibí cómo la tensión aún se reflejaba en mis manos, cómo sujetaba el bolígrafo y los folios «arañados» con la tinta azul del primero. Suspiré notando mi irascibilidad. Luego, ojeé por encima lo escrito llevándome la mano a la cabeza.

—Joder, además me enrolló como una persiana. De todas formas, continuaré; hasta ahora siempre me ha sentado bastante bien darle la «charla» al Universo; la «majadería» funciona.

En definitiva: no he llegado hasta aquí para renunciar ahora, ni tan siquiera para dejarlo de lado. Para mí, lo fácil sería ir a cualquier empresa y solicitar un puesto de trabajo. Sé que lo conseguiría. Pero no, no estoy dispuesta a abandonar mi sueño y echar por tierra todo el esfuerzo ya realizado. Me da igual que mis

padres piensen que soy una demente y que me denieguen su «apoyo» más allá de sus palabras —la lista es interminable—: «Haz lo que te dé la gana, hija, la que vive como una pordiosera eres tú» o «Necesitas un trabajo como Dios manda» o «Ahora que te ha dejado Robert, deberías comenzar a tomarte la vida en serio».

Un brote de ira me recorrió el cuerpo.

¡Será hija de su madre...! «Tomarme la vida en serio», dice. A ver si se entera usted, señora madre: más en serio que yo no se la toma nadie. Y ¿«como una pordiosera»? Ni que supieses cómo vivo.

En fin...

Suspiré resignada, dolida.

Qué difícil es hacerle ver a la gente, en este caso a tus padres, que no vives en Los mundos de Yupi. Aunque, francamente, ahora ya me da igual lo que piensen. Antes o después conseguiré ser una escritora best seller, y se comerán cada una de sus palabras y desprecios.

Aún hoy, abordada por las penurias económicas, aún sin tener dónde caerme muerta, llevo el estilo de vida que deseo. No me importa trabajar de sol a sol por aquello en lo que creo. Eso sí, ya está bien de apretar tanto el cinturón, ¡cojón!

—¡Olé!, me ha salido un pareado —espeté sin poder evitar reírme.

Bueno, ahora en serio: estoy harta, cansada... Desesperada. Lo único que me mantiene con fuerza es el buen tiempo, porque, aunque parezca mentira, estar en esta época del año me anima: el sol me regenera.

Resoplé entretanto rememoraba los meses de invierno, el frío, las pocas horas de luz, la ducha de agua fría...

Temo que regrese; aunque estamos en julio, no queda mucho para que vuelva. Lo bueno pasa tan rápido...

Es sabido que, en los países donde sus habitantes sufren más depresión, son en aquellos que apenas disfrutan de luz solar; Londres, por ejemplo. No iría a vivir allí ni aunque me pagasen. ¿De visita? Vale. En cambio, para vivir... Qué va. Tiene pinta de ser una ciudad muy bonita; aunque gris, muy gris. Por contra, aunque nuestro país suele estar muy soleado... Sí, si me diesen a elegir, pasaría seis o siete meses del año en España y el resto en el Caribe. ¡Qué maravilla! Solo de pensar en sus aguas cristalinas y el calorcito, se me dibuja una sonrisa en la cara.

Suspiré más animada; el deshago empezaba a surtir efecto.

En fin, como digo, esto no es fácil y estoy cansada. Quiero conseguir mi sueño: vender mis libros. Sé que es una trayectoria ardua. De las más difíciles que en este momento puedo imaginar. Hay tantos factores que no dependen de mí... Y los que sí, ¡joder! Sé que he cometido muchos errores desde que comencé, pero también he aprendido de cada uno de ellos. Ahora cuido cada detalle al máximo. Avanzar a base de prueba-error tiene sus limitaciones, pero estoy consiguiendo grandes progresos.

Paré unos instantes para reflexionar sobre las últimas palabras escritas.

«¿Avanzo?».

«Sí».

«Aunque no como desearía» .

Entré en una conversación conmigo misma.

«Muchos querrían lo que yo he conseguido en tan solo cuatro años».

«Sin duda».

«Aun así, lo dicho: quiero más».

«Lo necesito».

Seguí escribiendo:

Algo me dice que debo centrar toda mi atención en mi

trayectoria, pero..., la cosa se complica cuando ves que apenas te quedan mil euros en la cuenta bancaria.

No. Ni eso. Novecientos y pico.

Por suerte, el piso me sale bastante barato. Gracias a Dios, Begoña tiene más dinero que una condesa y es una persona completamente altruista. Si no me lo dejase no sé dónde estaría viviendo. ¿Con mis padres? A ver qué remedio. Pero claro, no es gratis. Esto genera unos gastos de mantenimiento y uso que, por supuesto, debo sufragar yo.

No sé qué haría sin ella, la verdad. Se me revuelven las tripas de pensar tener que compartir techo con mis padres, sobre todo con mi madre.

Y respecto al mantenimiento..., es un alivio estar en verano; al menos, la factura de la luz es más baja que en invierno.

Resollé sintiendo cierto descanso.

Permanecí pensativa durante unos instantes. Un sentimiento extraño se alojó en mi estómago. Traté de ahondar en él:

Me siento extraña, sumida en una dualidad compleja. Por un lado estoy muy agradecida por las ayudas y pequeñas recompensas que me llegan —véase el apartamento de Begoña y las ventas que voy teniendo. Gracias a ello puedo seguir un día más tratando de alcanzar mi meta—, sin embargo, por otro lado me siento como una fracasada: no consigo valerme por completo de mí misma.

El malestar comenzó un recorrido ascendente que terminó alojándose en forma de agua en mis lagrimales. Me sentía abatida.

«Nunca he querido ser una mantenida y, sin embargo, ahora me acerco tanto a ese perfil...».

Pensé en abandonar el sofá y refrescarme la cara, pero decliné mi propia oferta de huida. Debía continuar, seguir profundizando en ese sentimiento, encontrar su origen, agotar el sufrimiento que me causaba; darle, de alguna

manera, una nueva definición. Podía ser una idea infundada, una creencia establecida en mi inconsciente extraída de los pensamientos de mi familia, de la propia sociedad o vete tú a saber de dónde, pero el mensaje era claro: trabajar sin conseguir dinero te convierte en un fracasado. En mi caso, sí, conseguía dinero, pero no el suficiente como para impedir que menguase mi cuenta bancaria mes tras mes, con lo cual, venía a ser lo mismo.

Aquellas palabras podrían tener una parte de razón. O no. Todo dependería del contexto, de cómo lo interpretase cada persona. En cualquier caso, sabía que estaba afrontando una fase que, antes o después, cambiaría y me dejaría la simiente de una nueva yo. Me serviría para crecer como escritora y como persona.

Continué escribiendo:

Está bien. No tengo trabajo fijo más que el de sumergirme en mis novelas; ni casa propia; ostento una tartana por coche, que Dios quiera aguante mucho; estoy «recién» divorciada de un capullo hijo de puta; no tengo hijos, tampoco una gran suma en el banco...

«¡Joder, qué panorama!».

Eh... Bueno, viéndolo así..., supongo que sí, parezco una fracasada. Pero... ¡Joder, no, no lo soy!

¡Espera! Se me olvidaba que ya tengo mis treinta y... Lo dejaré en treinta y tantos. A ver, si digo los años que tengo me veo más vieja de lo que en realidad me siento por dentro, así que..., lo dejaré en treinta. ¡Oh! Y también se me olvidaba hacer referencia a este puñetero pueblo de cotillas... Al parecer, han tenido tema de conversación gracias a mí durante los últimos meses. ¡Qué gentuza! No entiendo cómo, con lo metomentado que son, ninguno fue capaz de decirme que el cabronazo de Robert me la estaba pegando con la perra de la veterinaria. ¡Hay que joderse!

¿Lo único bueno de todo esto?: no tener que compartir una custodia con él. Por suerte, nuestros problemas a la hora de engendrar, ahora me están dando las mismas alegrías que penas y

dolor la época en la que tratábamos de hacerlo. Creo que el Universo es tan sabio que, aunque algunas experiencias te parezcan problemas e injusticias en el momento en que las estás atravesando, en el fondo, a la larga se convierten en algo positivo.

Lo que me lleva a pensar y a preguntarme: ¿Qué narices sucede con mi carrera de escritora? ¿Acaso no estoy predestinada a ser una escritora de éxito? ¡Vaya mierda! Por cierto, cuando digo éxito, para mí no es estar dando vueltas por el mundo de gira ni que me paren en la esquina de una calle ni en el Carrefour —que no digo que no tenga que hacer ilusión que te reconozcan, sin agobiar—, para mí el éxito sería, en primer lugar, alcanzar la estabilidad financiera gracias a lo que más deseo en este mundo, y luego, convertirme en una escritora best seller, llegar a millones de lectores y que cuando estés escribiendo tu siguiente estreno, pienses en todos aquellos que lo están esperando porque les fascina tu estilo y tus historias. Si es bonito que ya haya personas que siguen tu trayectoria y han leído cada uno de tus trabajos, no puedo ni imaginar lo que será cuando haya miles. Sería como un regalo.

Aparté la vista del folio y observé mis manos. Estaba notablemente más relajada a cuando comencé, la escritura había pasado a ser más suave, ya no dejaba los surcos del trazo sobre el folio. Reflexioné acerca del último pensamiento que anoté: «Sería como un regalo».

—Claro, ese es el problema, Jane. No es ningún regalo, es reconocimiento —me dije en voz alta; de alguna manera, enfadada conmigo misma. Noté cómo mi desolación se convertía en rabia: un estupendo revulsivo para conseguir cambios—. Me está costando sudor y lágrimas. Así que no se parece ni de lejos a un regalo. Es un trabajo. ¿Que me gusta? Por supuesto. Pero no por ello deja de ser una ocupación que debe obtener su recompensa. Es un bien que ha de ser valorado, respetado y cuidado.

»Sí, ese pensamiento... Me temo que es digno de análisis.

Llevé mi atención al folio y retomé la escritura:

Quizá hasta ahora lo estaba viendo —inconscientemente, claro— como algo que no merezco. Pero sería todo lo contrario. Para poder cumplir ese cometido que mi alma reclama, en el mundo físico donde las personitas debemos pagar facturas y tenemos la mala costumbre de comer porque aún no sabemos alimentarnos del prana, debo recibir dinero. No energía, ni buen Karma, ni pollas en vinagre, sino dinero.

Punto.

Sí, hay muchas cosas por las que debo estar agradecida —y lo estoy—, sin embargo, la dualidad del mundo happy flower donde todo está plagado de entendimiento, consciencia, equilibrio y agradecimiento, y la realidad donde los gastos acechan por doquier jodiendo a mansalva, a día de hoy me resultan incompatibles.

Bufé como un toro.

Debería aprender a meditar de verdad, como los lamas del Tibet. Me los imagino a todos en plan esotérico, calvos, con sus túnicas hasta los tobillos y sentados en posición de flor de loto; comiendo arroz blanco —estreñidos, claro—, y sin dar un palo al agua. ¡Joder, así también vivo yo! Eso sí, a mí que me pongan arroz integral porque paso de que me duela el ojal todo el día. Pero, en serio, imaginárselos no tiene desperdicio. Solo con evocar su estilo de vida me dan ganas de dormir...

En fin, descartada la opción de hacerme monje budista —por aquello de que no hay mujeres entre sus filas—, también acepto el modo: me la trae todo al paio y me voy a volver una perro flauta, pero perro flauta pija; a mí eso de vivir en comunas no me mola.

En fin, dicho lo cual, es decir, después de desvariar un rato, me gustaría encontrar la fórmula mágica para poder generar los suficientes ingresos que sustenten mi economía sin sentirme a veces como una miserable. Joder, si hace más de un año que ni me compro unas bragas... Menos mal que tenía como para parar a un tren...

Aunque a este ritmo..., no sé yo si al final no terminaré con el bosque al aire.

¡Ja! Qué cosas tiene la vida, he pasado del bosquejo al bosque en un «tris».

A pesar de que mis labios dibujaban una sonrisa, las cejas se me alzaron con lamentación, gesto que fue acompañado por un movimiento de cabeza negando mis propias ironías.

Volví a ojear la hora: las 9:53. El tiempo pasaba volando.

—Pues nada, un día de inspiración que se está yendo a la mierda.

Me acerqué a la repisa donde guardaba los folios y cogí un par de ellos. Eché un vistazo a la taza del café: vacía. Había ingerido su líquido sin apenas darme cuenta.

«No me extraña...».

Dirigí mis pasos a la cocina con intención de prepararme el segundo, esta vez, descafeinado.

Aparté la cortina y contemplé las montañas que se veían en el horizonte. El color verde cubría las zonas más altas.

—Quizá algún día haga una pequeña excursión. No habrá ni treinta kilómetros en coche.

Antes de cerrar la cortina, la atención se me fue a la cafetería de enfrente. Desde hacía un par de semanas, quizá más, los laterales de la entrada al establecimiento permanecían ocupados por mesas y sillas a la sombra de unas bonitas pérgolas blancas. Eché un vistazo rápido a la clientela. Casi todas las mesas estaban ocupadas; al menos había una docena. Contemplé de pasada la expresión de sus rostros, sus gestos, su relajación. Y traté de no discurrir, de no darle un motivo más a mi mente para venirse abajo, evitar pensar que ni siquiera podía permitirme tomar un café allí o en cualquier otra terraza.

Corrí la tela, suspiré tratando de reunir valor y, con la taza en la mano, regresé al comedor. Esta vez, me acomodé sobre el sofá tras coger una

carpeta rígida donde apoyarme para escribir.

—En fin..., sigamos. Tengo que dar con la solución.

Proseguí la escritura:

Creo que una forma de conseguir lo que se quiere es tomando como ejemplo a personas que ya han conseguido lo mismo que tú deseas, por tanto, he de estudiar una vez más a la competencia. Aunque ya lo he hecho antes, puede ser buena idea dar otra ojeada. En mi caso, mi competencia directa son aquellos que publican en la misma plataforma que yo, hasta ahí bien, sin embargo, es cierto que son pocos los que despuntan.

La pregunta sigue siendo la misma: ¿cómo lo hacen?

Primero pensé que su éxito se debía a que llevaban publicando mucho tiempo, más años que yo. Pero no, hoy por hoy, salvo algún caso concreto, no creo que se deba a eso. ¿Por qué? Porque hay muchos que llevan una larga ristra de años a sus espaldas y no han alcanzado ni una décima parte de lo que yo he logrado en cuatro.

A ver...

Aparté la vista del folio tratando de hacer cuentas mentales.

¿Llevo cuatro...? No: este mismo mes es el aniversario, por llamarlo así, de mi primera publicación, y está claro que el proceso requiere de unos cuantos meses más para escribir, corregir, maquetar, hacer portada y demás menesteres necesarios, por tanto, llevo más de cuatro años dedicándome a esto, aunque oficialmente haga justo cuatro que estoy dando guerra en las tiendas. Bueno, da igual, como digo, el tiempo es lo de menos. Me vienen a la cabeza... Sí, hay un par de escritores —al menos que yo conozca— que han llegado y besado el santo, con lo cual se confirma mi teoría de que el tiempo no es un factor relevante. Ahora bien, otra vez la misma cantinela: ¿por qué?, ¿cómo lo han conseguido? Nadie lo sabe. Es más, según se mire me parece una tomadura de pelo, pero de las

buenas. Lo único positivo que me transmiten estos casos, es que en cualquier momento puede sonar la flauta para mí también, así que... Pero claro, conmigo ya no sería llegar y besar el santo... Manda cojones...

Me temo que ha llegado el momento de hacer trajes: ¿a ver por qué un señor que publica su primera obra, que es corta, que parece extraída de la Wikipedia o, mejor dicho, la reproducción de un informe pericial médico, ha caído en gracia y la plataforma que nos comercializa la ha cogido y empezado a promocionar como si estuviesen locos? Es un misterio. No quiero pensar en que haya enchufes porque me pondría de muy mala leche. Además, francamente, no creo que sea por eso. Habrán visto algo que para mí es un misterio.

Al margen de eso, el resultado es acongojante: la susodicha obra ha pasado del anonimato a la más vendida, es decir, miles de ejemplares vendidos en tres meses. ¿Sabes lo que supondría eso si me pasase a mí? Mi salvación, mi paz, mi tranquilidad... ¡Yo quieroooo!

Suspiré imaginándome ser la afortunada.

No digo que no sea justo; en verdad me alegro por él. Sin embargo, me parece, como poco, descompensado.

Con todo y eso, no me sirve de ejemplo. Necesito fijarme en alguien que escriba, publique y no tenga el respaldo ni el apoyo de nuestra plataforma de ventas, es decir, que no le hagan promociones a mansalva.

Reflexioné durante unos instantes.

Aproveché para darle un sorbo al café.

Otro planteamiento que barajo es la cantidad de obras. Por pura matemática, cuantas más novelas tenga en el mercado, más probabilidades de generar ingresos. Mayor probabilidad también de

que un lector caiga en una de las novelas, le guste y vaya a leer otra. Vale. Hasta ahí, la teoría es buena, y en mi caso se ha plasmado de forma fehaciente, sin embargo, sigue sin ser suficiente. Hay cientos de miles de escritores a los que esa teoría no les funciona. Además, ¿cuántos lectores hacen eso? No muchos. Por lo general saltan de un autor a otro, supongo que para cambiar de registro. ¡Lectores del mundo: no hagáis eso, leñe!, yo tengo mucha variedad literaria, no hace falta que acudáis a otro autor; de momento.

El caso es que, ¿más obras? Sí, puede ser una solución, pero mientras llegan, ¿qué hago con las facturas, usarlas cuando se me acabe el papel higiénico?

«*Anda, mira, no lo había pensado... —sonreí sarcástica.*»

Tercer planteamiento: la calidad de las obras. Siempre se ha dicho que calidad y cantidad están reñidas, pero a estas alturas empiezo a dudar de que sea cierto. De entre todos mis referentes de éxito se encuentran, al menos, dos que me dejan con las dudas. Las críticas en sus obras son generalmente malas y aún así, venden como churros. No lo entiendo.

Leí la entrevista de una de ellas, mujer, y me dejó a cuadros. Escribía una novela, dependiendo de la cantidad de palabras, cada diez o quince días. Ella misma se hacía sus portadas, ¡qué vómito de portadas, por cierto! ¿Corregía sus novelas? No. ¡Olé, con un par de ovarios! Y lo más genial de todo, después de leer varias de sus sinopsis: sus argumentos son clónicos de unos a otros. Conclusión: ¿alguien lo entiende? ¿A qué tipo de público le debe gustar siempre lo mismo? ¡Eh!, y ojito, que tiene un grupo considerable de lectoras fieles que leen sus obras en cuanto las publica. Yo también tengo, pero por el momento a escala menor.

El mundo de la literatura está empezando a parecerme más misterioso que los secretos del Vaticano.

En fin, sigamos.

Hablando de todo un poco... Aquí es cuando una se plantea el tema de la calidad de los «tochos» o «ladrillos». Es decir, las novelas que tienen un número considerable de páginas; para algunos, más de seiscientas. La pregunta sería: ¿un ladrillo es sinónimo de calidad por el mero hecho de ser una obra extensa?

Eh..., deja que piense...

Me llevé el bolígrafo a la boca y sin darme cuenta me quedé observando el techo.

Vale, ya tengo mi opinión: no. Y si no que les pregunten a los lectores que han seguido de cerca la saga de 'Juego de Tronos', o mejor dicho, 'Canción de hielo y fuego'. Al llegar al tomo 'Festín de cuervos'..., es un auténtico tostón. Eso sí, ¡la madre que parió al señor George R. R. Martin, qué genio! Sus obras tienen calidad, pero ese tomo en concreto, no por la extensión de la obra, sino por otros factores que también afectan a la calidad: su forma de narrar, la imaginación, la trama, la profundidad...

Tendría que hacer una encuesta para saber los gustos de los lectores: tamaño de las obras que más leen, género, época del año, formato digital o electrónico...

Y hablando de género y cantidad. ¿Qué narices voy a escribir ahora? Quizá si me presentase a algún concurso literario... Y lo ganase, claro. Quizá eso me serviría para despuntar de una vez por todas y conseguir el «sueldo» que necesito.

Hice una pausa. Los pensamientos no dejaban de acudir tratando de encontrar respuestas. Especulaciones. Tan solo conseguía conjeturar sobre qué ocurriría si hacía tal cosa o tal otra. Nada era definitivo; ningún camino se perfilaba claro.

«Tal vez, buscar el cómo a través de los resultados de los demás no deje de ser un error más. Tal vez cada autor tenga una fórmula mágica y

exclusiva para él, una que le aguarda con el deseo de ser descubierta».

«Espero encontrar pronto la mía».

«Aunque, probablemente ya sepa cuál es: perseverar».

Resoplé mientras dejaba volar la mente entre recuerdos, y estos me transportaron a una mañana poco antes de dejar mi trabajo anterior, una cualquiera en la que me levanté y arreglé para acudir a mi puesto de directora comercial en una de las prestigiosas marcas automovilísticas del país. Por entonces me podía permitir vestir de otra manera; casi era un requisito de mi posición. Se dice que la elegancia nunca se pierde, sin embargo, con el dinero justo lo único que mantienes es la elegancia con la que tu personalidad pueda vestirse. Sin duda, la más importante y, a la vez, la más difícil de conservar.

Ser directora comercial no me traía tanto por la calle de la amargura. Tenía un salario fijo, echaba menos horas, hablaba con la gente, con los compañeros..., además, me gustaba.

Pero no, aún con todo lo malo, prefiero esto. No es lo mismo. Supongo que, como dicen: «Sarna con gusto no pica»; aunque bueno, en algunas ocasiones sí pica, y mucho, y te rascas hasta casi arrancarte la piel a tiras y desgañitar de dolor, pero...

Creo que todas las profesiones que tienen que ver con el arte en general son duras, sobre todo al principio, cuando el reconocimiento brilla por su ausencia. Es casi un milagro despuntar entre tanta competencia y, sin embargo, un motorcito te mueve y te empuja a seguir adelante, a superarte a ti misma, a sopesar lo que tienes, lo que dejas a un lado y lo que te reporta a cambio.

Sin saber cómo, un día te encuentras sola y te das cuenta de que lo más importante que hay en tu vida es tu profesión, alcanzar tu sueño.

Y yo me pregunto: ¿existe algo que podría llegar a truncármelo? Ahora solo se me ocurre una cosa: los números, el dinero. Si sigo llegando a final de mes, continuaré, si no, me veré obligada a

relegarlo a un segundo plano. Sin embargo, mientras me quede un euro en la cuenta bancaria, no me rendiré.

Aunque a veces desearía mandarlo todo a la mierda.

Me vino a la mente el «cero» de mi informe de ventas.

«Joder, cómo puede cambiar el estado de ánimo de un minuto a otro».

«En fin, será mejor no pensarlo más».

Dejé los folios a un lado y me levanté para mirar a través de la ventana. Contemplé por unos instantes el azul del cielo, al tiempo que escuchaba el tránsito de los coches unos metros más abajo.

«Tiene que hacer bastante calor. Sería un buen día para desconectar, al menos un par de horas, y disfrutar del sol y la playa. Seguramente me sirva para relajarme y ver el mundo con otros ojos. Tal vez así consiga que hagan las paces los pensamientos happy flower y mi puñetera realidad. Además, si sigo aquí, lo único que voy a conseguir es amargarme de nuevo. Eso sí, me llevaré un cuaderno y empezaré el trabajo que no he conseguido hacer hasta ahora».



Un día en la playa

No lo pensé dos veces, la simple idea de pasar unas horas en la playa me transmitía el buen rollo que la ausencia de ventas del día anterior me había robado.

Miré la hora en el portátil antes de apagarlo: las 11:12.

—Buena hora.

Dejé a un lado un cuaderno y el estuche con un par de bolígrafos, un portaminas y un marcador amarillo. Luego fui a mi dormitorio, rebusqué en el cajón donde guardaba los bikinis y cogí el primero que encontré. Me lo puse sin demora y terminé de vestirme con un blusón largo blanco y unas alpargatas rojas.

—¡Lista! —exclamé agarrando la bolsa donde tenía ya preparada la toalla y una gorra. Revisé los bolsillos en busca de un paquete de pañuelos desechables y una barra hidratante para los labios. Los moqueros eran imprescindibles en un día sensible como el que estaba atravesando—. Ya solo falta el agua.

Caminé hacia la cocina en busca de una de las botellas que dejaba siempre en la nevera. La destapé y le introduje un sobre de infusión de menta y canela que le iría dando sabor poco a poco, y así, cuando dejase de estar fría, seguiría estando bebible sin parecer un caldo asqueroso.

Antes de salir de casa, cogí el cuaderno y el estuche que dejé apartados y

los metí en la bolsa de la playa.

—Creo que ya está.

Miré la hora en el reloj del móvil y lo eché también a la bolsa.

—Las 11:21. Qué rapidez.

Llaves en mano, cerré casi de un portazo y bajé las escaleras hasta el garaje.

«La verdad es que tengo suerte; me deja la casa, está cerca de la playa, y encima, hasta tiene garaje. Nunca le podré pagar con dinero el favor que me está haciendo».

Pulsé el botón del cierre centralizado al tiempo que alcanzaba a mi querida tartana.

—¡Hola, colega, nos vamos a la playa! —le anuncié sonriente, como si pudiese entenderme.

Me acomodé entretanto soltaba la bolsa sobre el asiento del copiloto. Arranqué y nos pusimos —tartana y yo— en marcha.

—Venga, que aún no está el día perdido. —Entré en una conversación conmigo misma—. Ahora llegaré, colocaré los bártulos, me daré un bañito y luego, a la sombra, empezaré a estructurar mi próxima novela. No sé si escribir algo de línea romántica o histórica. Aunque, ¿qué tal terror o novela negra? No, creo que no me apetece. Con el ánimo que tengo, como escriba alguno de esos géneros me veo entrando en depresión profunda y, la verdad, ahora lo que tratamos a toda costa es subir el ánimo y recobrar las fuerzas y la entereza. En definitiva: aguantar en todos los sentidos. —Permanecí en silencio, pensativa unos instantes mientras cogía la carretera hacia la playa—. ¿A ti qué te parece, *Tarti*? —le pregunté al coche, saliendo de mi abstracción—. ¿Romántica? ¿Histórica? No me digas que de terror porque te mando al carajo, ¿eh? ¿Erótica? Ufff..., no sé yo si tengo cuerpo para ese sarao. Bueno, lo seguiré pensando.

En pocos minutos llegué a mi destino. Aparqué en una explanada que estaba llena de coches, un solar que, por desgracia, tarde o temprano sería

edificado.

—Se nota que es veranito.

Bajé del coche y fui directa al maletero para equiparme con la silla plegable y la sombrilla. Por último, cogí la bolsa de playa.

Recorrí el paseo marítimo rezando por ubicar un sitio, a poder ser, no muy lejos de la orilla y a salvo de niños escandalosos; no estaba hecha para aguantar los gritos y lloriqueos de los mocosos de los demás.

Para mi sorpresa, aquello estaba plagado de sombrillas.

—Joder —mascullé—, ni que estuviésemos en Benidorm.

Por un instante percibí cómo ralentizaba mis pasos, dudosa del camino a tomar. Oteé un hueco entre la multitud de «champiñones» de colores, vislumbrando al fin un pequeño claro.

—¡Allí! A ver si no me lo quitan...

Reanudé la marcha acelerando el ritmo, midiendo las distancias con una pareja que se acercaba peligrosamente inspeccionando el terreno desde el otro lado de la calzada. Salté el pequeño muro que separaba la playa y el paseo marítimo y comencé a atravesar la arena con la mirada fija en mi destino. Después de que la jodida arena me quemase los pies al colarse de mala manera dentro de las alpargatas, llegué al hueco ansiado.

«Parezco una de esas viejas que te encuentras en el súper, que no pueden con su vida y cuando ven que te diriges hacia la línea de cajas cogen la directa para colarse antes que tú y no esperar cola».

Pero no lo pude evitar, emulando a Neil Armstrong y Buzz Aldrin al pisar la luna, clavé la sombrilla a modo de «he sido la primera, mamones». Y satisfecha de mi hazaña, monté el chiringuito al tiempo que veía cómo la joven pareja de enamorados pasaba por detrás buscando algún otro hueco donde instalarse.

«Lo siento, chicos, unos tienen amor, otros una buena posición en la playa».

Con un nuevo sentimiento de felicidad, dejé los bártulos al resguardo de la sombrilla y fui a darme un chapuzón.

Para mi completo deleite, la temperatura del agua era la que más me gustaba: ni fría ni hecha una sopa. Ya que el oleaje estaba en calma, aproveché para nadar y estirar los músculos durante unos minutos.

Miré al cielo: se estaba nublando y comenzaba a soplar una ligera brisa. Sin embargo, la temperatura se mantenía intacta.

«Puede que me venga bien».

Salí del agua cagándome en las puñeteras piedras y conchas rotas que había en la orilla, tratando de mantener el tipo y no parecer un cojo bailando regatón.

«Joder, así una pierde todo el glamur...».

Con estilo depurado, despanzurré mi cuerpo boca abajo contra la toalla para aprovechar los pocos rayos de sol que aún filtraban las nubes.

Y al fin, por unos instantes pude olvidarme de todo.

Realmente había dado con una maravilla de hueco. Sin niños, sin gente molesta, sin música innecesaria, con una suave brisa ayudando a sofocar el calor, el cielo cubierto pero sin amenazar tormenta...

Con la cara escondida entre la toalla, suspiré con una sonrisa.

«Unos pocos ingresos más cada mes y mi vida sería perfecta. Aunque siguiese trabajando las mismas horas que ahora; eso es lo de menos. A diario disfrutaría de esta sensación de paz, de dicha, de plenitud... —resoplé—. Estoy muy cerca, joder; sé que estoy a punto de conseguirlo».

«Bueno, y mientras me seco, debería pensar qué escribo».

«La última novela no ha ido como hubiese deseado —en cuanto a ventas se refiere—».

«¿Será buena idea cambiar de género?».

« Ufff... No sé».

«Quizá debería trabajar en algo que me apetezca escribir realmente, olvidándome por completo de qué género se supone que vende más o menos. Creo que todo pueden ser ventajas, ya que, en el fondo, es una cadena: si me motiva escribirla, iré más rápido; si tengo conocimientos sobre el tema, también; si tengo el argumento claro, también. Todo se traduce a lo mismo: menos tiempo para sacarla a la venta y, por tanto, más posibilidades de incrementar las ventas, es decir, mis ingresos».

Resollé al tiempo que me daba la vuelta. Alcé la mano para taparme parcialmente los ojos y poder contemplar el cielo: nubes blancas con sutiles tintes grisáceos cubriendo casi la totalidad de la bóveda celeste; sutiles rayos de sol filtrándose con timidez entre la porosidad de aquellas esponjas flotantes de agua y nieve. Quedé absorta en aquel «lienzo» en movimiento.

«¡Puedo conseguirlo! —me alenté tras percibir un sentimiento de desolación en mi interior».

De pronto, Robert se había colado en mi mente. Sin previo aviso; sin contemplaciones. Recordé los últimos años juntos. Una relación... No. La ausencia de relación. Nunca fuimos una pareja bien avenida. Supongo que la inercia y la «pereza» nos mantuvo en un compromiso frágil e innecesario, y que se vio truncado después de mucho darlo de sí.

«No puedo echarle la culpa —pensé—. No teníamos nada. No estábamos enamorados. Es normal que quisiese hacer su camino. Creo que si yo también hubiese encontrado a «la persona», habría hecho lo mismo; quizá de otro modo, pero lo hubiese dejado, como él hizo conmigo. Así que, no tengo nada que reprocharle».

«Me pregunto si yo algún día...».

«En fin, olvidémonos de eso por ahora. En este momento mi prioridad tiene que ser solo una: mi carrera de escritora best seller».

Me incorporé hasta quedar sentada sobre la toalla. A pesar de las nubes, la luz era muy blanca y deslumbrante. Eché mano a la bolsa y cogí la gorra. La acoplé con cuidado sobre mi cabeza; aún tenía el cabello mojado. Saqué cuaderno y estuche y los dejé sobre la tela.

«No. Será mejor que me siente en la silla si no quiero acabar como un churro dolorido».

En un momento re Coloqué el chiringuito, dejando la toalla al sol, que iba y venía, cediéndole toda la sombra a mi nuevo lugar de trabajo.

—Está bien, ¿qué te apetece escribir, Jane? —susurré con la vista puesta en la primera hoja en blanco que encontré en el cuaderno.

Distintas ideas surgieron en mi mente, sin embargo, ninguna parecía querer tomar forma aún.

—Joder, sí que es difícil a veces...

Llevé la vista al horizonte. La marea empezaba a subir y las olas rompían con más fuerza que antes, no obstante, no corría riesgo de que me alcanzasen; todavía nos separaban varios metros.

Sumida en aquella tranquilidad, al resguardo de la sombrilla y de la visera de mi gorra, no me percaté de que la gente había comenzado a marcharse. Ladeé el cuerpo para poder ver más allá de mi «escondrijo» y confirmé lo que temía: las nubes se teñían cada vez de mayor oscuridad.

«Da igual. Mientras no llueva mucho, me quedaré; la sombrilla hará de paraguas».

Volví a echar un vistazo alrededor. Al margen de los muchos que ya abandonaron la zona, parecía haber más gente, a parte de mí, resistiéndose a renunciar a aquella paz.

Se me fueron los ojos a una pareja que jugueteaba en el agua, sonrientes, felices, enamorados. Pasaban de las aguadillas a los besos con una gracia embriagadora.

«¿Son los de antes? —pensé al tiempo que achinaba los ojos para tratar de verlos mejor—. No estoy segura».

Me descubrí sonriendo, alegre por ellos, esperanzada por encontrar algún día algo tan bonito. Ni en mis mejores tiempos tuve esa complicidad.

Cualquier instante, cualquier palabra, cualquier aroma, cualquier imagen

se puede convertir sin querer en una fuente de inspiración. Quizá aquello fue una señal del Universo o una ayuda para aclarar mi mente, en cualquier caso, contemplar su felicidad despertó en mí una cadena de sensaciones, lo suficientemente fuertes y motivadoras como para hacerme tomar una decisión.

—De acuerdo. Ya sé lo que voy a escribir.

Dejé a la mente expresarse, que entrase en comunión con mi intuición y mostrarse a través de mi mano aquello que deseaba vivir y experimentar; aunque para mí, todo quedase en un plano ficticio. Y es que, aunque nunca lo hubiese experimentado, un buen escritor tiene que tener la capacidad de poder imaginar y expresar con palabras cada faceta del ser humano, desde la más tierna hasta la más temible, desde la más sensata hasta la más demente. La experiencia pasa a manos de la inventiva, y de la inventiva el escritor debe crear una historia «real». Sea el tema que sea. De lo contrario no sería una buena escritora, sino una narradora de hechos.

En ese momento, la idea de sumergirme en una historia romántica me produjo buenas vibraciones. Sin darme cuenta, aquellas marchitas esperanzas de amor se renovaron; empezaba a volver a «creer» en los cuentos de hadas.

El tiempo transcurrió inapreciable, y con ello, el cielo pasó de la amenaza a la ejecución, manifestando las emociones que me vinieron acompañando a lo largo del día: primero de tristeza y desesperación, ahora, de optimismo. Mis sensaciones fueron cambiando, mi energía se estaba renovando. Cerré el cuaderno con determinación, tratando de retener cada idea y sensación que fueron transitando por mi mente. Había encontrado las bases del próximo proyecto. Deseaba regresar a casa cuanto antes y sentarme frente al portátil para comenzar. Por suerte, llegaría en escasos minutos.

Metí los enseres en la bolsa de la playa, plegué la silla y la sombrilla, me colgué los bártulos en el hombro y, con la misma rapidez que atravesé la arena para que no me quitasen el hueco, regresé hacia el coche para, esta vez,

no perder la inspiración.

La lluvia cada vez caía con más fuerza.

Tiré las cosas al maletero y corrí hacia mi puerta para ponerme en marcha y no acabar como una sopa. Sobre todo, debía proteger que el bolso no se mojase y terminase alcanzando al cuaderno.

Miré la hora: las 13:03.

Al coger la carretera, el agua dejó de golpear los cristales, convirtiendo su vigor en un inofensivo sirimiri. Aproveché la coyuntura para conducir al límite de las indicaciones de velocidad permitida en cada tramo del recorrido. No me podía permitir pagar una multa por llegar cinco minutos antes.

Y llegué a casa.

Dejé el coche en el garaje. Cogí tan solo la bolsa y subí las escaleras.

Nada más traspasar el umbral, me dirigí al PC, sin cambiarme, sin ducharme..., nada. Solté el bolso a un lado y, mientras se encendía, saqué el cuaderno. Por suerte, permanecía seco.

Ni tan siquiera pensé en comer. Desde que llegué, no me había levantado ni para hacer pis, ni para coger agua... Comencé a escribir como una loca. Las ideas llegaban frescas, la narración fluida. No encontré peros, ni parones, ni necesidad de nada más que de seguir y seguir pulsando una tras otra las teclas desgastadas de mi viejo portátil.

Cuando quise mirar la hora, ya eran las cuatro y media de la tarde. Acomodé la espalda sobre el respaldo de la silla y miré al techo sonriente.

—Vaya ritmo...

Incorporé la cabeza para mirar la cantidad de palabras escritas.

—Más de tres mil. —Me sorprendí a mí misma—. Desconocía que tuviese esta capacidad.

Un rugido en el estómago me hizo atender eso que la concentración consiguió mitigar: tenía hambre.

Anduve hacia la cocina con la intención de prepararme algo ligero y rápido que poder comer frente al ordenador. Debía aprovechar la inspiración para continuar todo lo que mis fuerzas permitiesen.

Y así lo hice. Preparé un sándwich de jamón york y queso, cogí una botella de agua y regresé con ello al comedor.

No le había dado el primer bocado cuando ya me encontraba de nuevo aporreando el teclado como si atendiese un dictado.

Escribí de corrido hasta las ocho y media de la tarde. Sentía el cansancio de haber estado en tensión tantas horas seguidas; pese a ello, el resultado era inmejorable. En aquellas cerca de siete horas logré asentar las bases de mi nuevo trabajo, y más.

—Está bien, ahora a descansar un rato —dije haciendo estiramientos con la cara; la sentía tirante—. Joder, si es que no me he duchado... Ale, pues no hay más que decir.

Con la indumentaria ya preparada para cuando saliese, me dirigí a tomar la segunda ducha del día.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a hacer lo mismo que esta mañana? —me pregunté con pereza—. No hay huevos a repetirlo. Ni ganas, la verdad.

Solté la ropa sobre el bidé y corrí la mampara.

—Habrá que intentarlo al menos, ¿no? Todo sea por...

Introduje el primer pie y abrí el grifo del agua fría.

—Vale, poco a poco.

Metí el otro pie aprovechando que la primera agua salía calentita. Aunque aquel privilegio duró poco.

Manguera en mano, fui ascendiendo en el recorrido: pies, pantorrillas, rodillas, muslos, glúteos, pubis..., resoplidos..., resoplidos..., glúteos, improprios..., vientre, resoplidos..., cintura, cólera. «¡A la mierda!»: chorro de agua directo a la cabeza. ¿Resultado?: la relajación a tomar por culo,

tensión en todo el cuerpo mezclado con resoplidos e intensa tiritera de una duración aproximada —aunque descendente— de cuatro o cinco segundos.

—No, si al final me terminaré acostumbrando... —sentencié indignada.

Con la toalla a modo de turbante, ya seca, hidratada y vestida, fui al comedor. Agarré el móvil y me dejé caer sobre el sofá.

—¿Qué habrán estado hablando estos dos en mi ausencia?

Entré en los mensajes de Twitter, en el grupo que compartía con Mateo y Abraham.

—Bueno, parece que han estado comedidos —dije ojeando por encima lo que habían escrito. Obvié entretenerme con los mensajes que hablaban de sus últimas estadísticas de ventas. No quería empezar con las odiosas comparaciones otra vez. Avancé hasta el final de la conversación donde se ponían al día de lo que harían durante el fin de semana.

—(...)

—*Yo iré a la casa de mi hija y mi yerno —decía Mateo —. Vamos a hacer una barbacoa. Dentro de poco saldrá de cuentas y quiere darse un homenaje antes de que llegue la nueva criatura acaparando toda la atención.*

—*Jajaja..., suena bien, Mateo. Seguro que lo disfrutáis. Yo no tengo ningún plan todavía. La verdad es que estoy tan sumergido en el trabajo que apenas le dedico tiempo a otra cosa.*

—*Sí, la verdad es que aunque estoy jubilado y me lo puedo tomar con calma, me pasa como a ti, estoy totalmente centrado en los libros.*

»*Quizá, a la vejez viruelas, haya encontrado mi verdadera vocación..., jajaja...*

—*Si estás hecho todo un chaval.*

—(...).

No pude evitar sonreír. Aquellos dos locos eran también un motivo de agradecimiento, un lugar donde encontrar consuelo en momento de desesperación, y ánimo en los de flaqueza. Su grado de empatía era mayor al que pudiese encontrar en cualquier otra persona; hablábamos en el mismo idioma.

—*Buenas noches, compañeros.*

—*¡Dichosos los ojos!* —exclamó Abraham. Este hombre parecía estar pendiente siempre del teléfono.

—*Jajaja... ¿Qué tal ha ido el día?*

—*Bueno, te hemos echado de menos, pero hemos sobrevivido.*

—*Eso está bien.*

—*¿Y tú?*

—*Bien. No he parado en todo el día.* —La verdad es que me sentía agotada—. *He ido un rato a la playa y luego he estado escribiendo la próxima novela.*

—*Parece que tú te lo has debido pasar entonces mejor que yo.*

Me vino a la mente el malestar de primera hora de la mañana. No quise contestar.

—*Por cierto, ¿te apetece quedar para tomar un café?*

—*¿Hablas conmigo?* —vacilé.

—*Sí. Mateo no estará, y además vive a unos cuantos kilómetros de distancia. Pero podríamos quedar nosotros.*

Permanecí pensativa, sin contestarle. No me apetecía decirle que no tenía dinero como para gastarlo en cafés, pero por otro lado, tenía ganas de quedar con él.

—Puedo ir hasta tu pueblo, sé que vivimos a pocos kilómetros. En media hora estaría allí. Y, como buen caballero, te invitaría al café.

—¿Qué le habrá dado a este ahora para querer quedar? — reflexioné notando cierto recelo.

—Es una buena invitación —opinó Mateo, incorporándose a la conversación.

—El que faltaba para el duro...

Sentí un extraño cosquilleo recorriendo mi estómago.

«¡Ay, madre, ¿a estas alturas te pones nerviosa por quedar con un amigo para tomar café?!».

«A lo mejor...».

«¡Basta!».

«No seas mal pensada».

—Bueno, vale —respondí al fin.

—Tomaré tu respuesta como si estuvieses colmada de alegría pero no lo supieras expresar mejor.

—Jajaja..., qué payaso.

—Eh..., en serio. No quiero que te sientas en un compromiso. Pensé que a los dos nos vendría bien.

—Sí, sí. Sí me apetece.

—Jajaja... —intervino Mateo. Debía estar pasándoselo bien a nuestra costa.

—Okey, entonces cuando puedas me das tu dirección. ¿Te parece bien el sábado?

—Me parece estupendo.

—Genial.

—*Chicos, yo me voy a cenar; me reclama mi mujer.*

—*De acuerdo, Mateo. Buenas noches y dale recuerdos a tu señora* —respondió Abraham.

—*Que aproveche y buenas noches a ambos.*

—*De vuestra parte. E igualmente, pareja.*

—*¿A qué hora te apetece?* —Esta vez fui yo quien tomó la iniciativa.

—*¿A las once?*

—*¿Por la mañana?*

—*Eh..., sí, claro.*

—*Okey. Pues a las once. La calle es: Federico García Lorca, 13. 2ª A.*

—*Tomo nota. Mañana entonces nos vemos.*

—*Muy bien. Ahora voy a ver si ceno algo y me acuesto. Ha sido un día muy largo y me vence el cansancio.*

—*Vale. Que duermas bien.*

—*Igualmente.*

Encendí la televisión y busqué algún programa entretenido para ver mientras cenaba. Pasé de un canal a otro sin encontrar nada que me satisficiera.

—Pufff..., vaya coñazo de tele.

Apreté los botones del mando en busca del canal Historia.

—Pues veré un documental. Aunque no me apetece mucho, pero bueno...

Imágenes en blanco y negro ocupaban la pantalla, pobreza, desolación, ruinas...

—¿De la Segunda Guerra Mundial?

Subí el volumen un par de puntos con la intención de escucharlo desde la cocina mientras preparaba la cena.

Abrí el frigorífico y ojeé por encima; encontré poca cosa: yogures, melón, leche, una lechuga, unos tomates y unas zanahorias en el cajón de abajo, salchichas...

—¡Qué opulencia! —Hice una mueca resignada—. Bueno, pues... Ya está: un vaso de leche fría con galletas, y a correr.

Lo preparé en un par de minutos. Antes de abandonar la cocina, no pude resistir volver a mirar por la ventana. La cafetería estaba cerrada; las mesas y las sillas apiladas en un lateral de la terraza. Se veía a personas, sobre todo a jóvenes, paseando por la calle, riendo, divirtiéndose.

«Estos no parece que tengan preocupaciones».

Sonreí de medio lado, sintiendo lástima por mi situación.

«Los hay con peor suerte que tú, Jane. No te olvides de eso».

Aunque eso no era un consuelo.

Como si el día hubiese pasado en un par de horas, la noche hizo acto de presencia. Coloqué el tazón de leche y el paquete de galletas en una bandeja de madera, y lo llevé al comedor.

Por el pasillo, comencé a escuchar, proveniente de la televisión, el estruendo de unas bombas.

—Sí. La puñetera Segunda Guerra Mundial.

Dejé la bandeja encima del sofá y cogí el mando con la intención de buscar alguna programación más amena. De nuevo, me vi haciendo zapping y blasfemando por la nefasta programación que hacían un viernes por la noche.

—¿No echan ninguna peli o qué?

Finalmente llegué a una cadena donde parecía dar comienzo el ansiado film. Lo dejé con la esperanza de que no fuese un tostón.

Acomodé mi linda posadera en el sofá y coloqué la bandeja en mi

regazo. Saqué unas cuantas galletas y las eché a trozos en la leche para que se fuesen ablandando.

—*¿Notting Hill?*

A pesar de ser una película que solían poner por televisión, nunca la vi entera, tan solo pequeños fragmentos en momentos «zapping». En esta ocasión, la vería de principio a fin; a no ser que me quedase dormida, claro.

Aguanté hasta el final.

—Bueno, es hora de dormir. —Permanecí unos instantes embelesada mirando los créditos finales, quizá por la relajación causada por el cansancio acumulado, tal vez por mi cita con Abraham.

Apagué la televisión y fui al baño para vaciar la vejiga antes de acostarme. De camino, nuestro encuentro volvió a colarse en mis pensamientos. Y es que, a pesar de haber estado pendiente de la película, cada dos por tres me vino él y su invitación a la mente, acompañado de un sutil cosquilleo en el estómago que en ese instante no le di la mayor importancia.

Hice una mueca de desconcierto.

«Es curioso».

«¿Qué mosca le habrá picado? —reflexioné al tiempo que me observaba en el espejo. Cogí el cepillo y la pasta de dientes.

«Creo que esta será la cuarta o quinta vez que nos vemos...».

«La quinta, si no me equivoco».

«No sé, supongo que le daré pena».

«Somos muy prudentes a la hora de preguntarnos por nuestra vida privada, pero...».

«Sí, quizá se acuerde de que mi exmarido me abandonó por otra».

«Sí, supongo que será eso: sentirá lástima».

«Bueno, sea como fuere, me vendrá bien hablar un rato con él, en

persona».

Terminé el cepillado y luego hidraté rostro y cuello con unas gotitas de crema facial.

Caminé hasta la cama como una zombi, y me dejé caer sobre ella como si hubiera perdido las fuerzas que me restaban.

A pesar del cosquilleo y la ligera inquietud que me producía pensar en que al día siguiente vería a Abraham, no tardé ni dos minutos en ceder al sueño.



Día de cita

Como en los últimos días, cuando desperté, los primeros rayos de sol ya se filtraban entre las cortinas anunciándome que daba comienzo una nueva jornada.

«*Abraham*».

Fue lo primero que la razón trajo a mis pensamientos, evocando así, no solo su nombre y nuestras conversaciones más recientes a través de Twitter, sino de forma inevitable, su anatomía. A decir verdad, nunca lo había mirado con otros ojos que no fueran los de la amistad, los de encontrar en su persona a un compañero de profesión, un hombre más en el Universo, como si ni siquiera tuviera facciones en las que fijarme.

Miré la hora en la pantalla del móvil.

«*¿Cómo no? Las 7:35 —pensé sonriéndome*».

Salté de la cama, estiré el edredón de un tirón y fui directa a la cocina a preparar un café. Aún disponía de unas horas hasta mi cita de las once.

—Hoy tomaré la ducha más tarde, cuando ya me vaya a arreglar.

No tardé en estar sentada frente al ordenador. Mientras se encendía, puse una alarma en el móvil para que no se me pasase la hora.

—¡Sigamos!

Abrí el documento por donde lo dejé la tarde anterior y continué escribiendo como si en ningún momento hubiese hecho un parón.

De pronto, el despertador sonó.

—¿Ya? —Habían transcurrido dos horas y media sin darme cuenta—. ¿De verdad? —Incrédula, comprobé el reloj del portátil. Aunque tenía presente la cita con Abraham, estuve tan inmersa en el trabajo que no percibí el paso de tiempo. Sin embargo, así fue y, en efecto, tan solo faltaban cuarenta minutos para que Abraham tocara al timbre.

Arrastré la silla hacia atrás y, ya de pie, apagué el ordenador.

—Qué pereza... —refunfuñe al pensar en la gélida agua que me esperaba en la ducha.

Fui al dormitorio y revisé el armario.

—Ya podía haber pensado antes qué ponerme.

Moví las perchas de aquí para allá en busca de algo cómodo y fresco, discreto pero favorecedor. No encontraba nada que me satisficiera. Saqué un vestido y lo guardé; luego, una falda con una blusa: lo mismo.

—Joder... —Sentí crecer mi desesperación—. Venga, mujer, no puede ser tan difícil.

Estuve así al menos diez minutos más. Cada dos por tres miraba la hora en el reloj del móvil, veía que se echaba el tiempo encima y no avanzaba.

—Desisto. Voy a la ducha; quizá el agua fría me active las neuronas.

Abrí el grifo y, sin pensarlo, zambullí el cuerpo bajo el chorro. Empecé a resoplar como si estuviera de parto, pero mantuve la firmeza sin apartarme ni un centímetro.

«A ver, descartemos: ¿Falda o pantalón?».

«Por el calor que hace, falda».

«Bien. Ahora: ¿Falda con blusa o camiseta, o vestido?».

Permanecí pensativa después de resoplar una vez más.

«Si elijo vestido será más fácil».

«Vale, vestido».

«¿Qué vestido?».

«Joder, ya empezamos».

«Bueno, ahora cuando salga los miro. Tampoco tengo mucho dónde elegir, así que...».

Sin darme cuenta, terminé de ducharme.

—Ale, pues una «toallita» en la cabeza y a seguir buscando —planifiqué al tiempo que abría la puerta de la mampara.

Como si fuese un perro, sequé superficialmente la suela de mis pies rozándolas contra la alfombra, entretanto enrollaba la toalla en mi pelo simulando un turbante. Tenía prisa y mis movimientos eran rápidos, nerviosos e impulsivos. Con esa energía descontrolada, tomé rumbo hacia la habitación.

Por casi me mato al pisar la cerámica con los pies aún húmedos. Me vencí de medio lado como los chinos de Humor Amarillo, pero, antes de acabar de bruces contra el suelo, en modo Catwoman ortopédica, eché mano al lavabo y al pomo de la puerta, que casi arranco del golpe.

—¡Joder, joder, joder! —grité como si fuese una metralleta—. ¿Ves como no sirve de nada ducharse con agua fría? Sales igual o más gilipollas que cuando entraste.

Sin moverme del sitio, y aún con una rodilla clavada en el piso, cogí la toalla que, por supuesto, se había caído de mi cabeza en el derrape, e hice lo que tenía que haber hecho desde el principio: secarme el cuerpo. Al parecer, las verdaderas causantes de mi accidente doméstico habían sido esas puñeteras bolitas de agua que, fieles a la gravedad, surcaron mi piel cuesta abajo hasta humedecer de nuevo mis pies.

Aún con el miedo de volverme a escurrir y esta vez no acabar tan bien parada, el siguiente paso lo di con la mayor precaución del mundo.

—Vale, ya no hay peligro —susurré al tiempo que me desplazaba a cámara lenta con los brazos abiertos en cruz, sujetándome en las paredes.

Paré frente al armario y, con los nervios más templados, supongo que del susto, cogí el primer vestido que encontré.

—Es lo que tiene darte una buena hostia, se te quita la tontería de golpe.

Una vez vestida, sujetador y culote incluidos, busqué unos zapatos a juego.

—Está bien, ya solo me falta secarme un poco el pelo y el maquillaje, sin pasarse, claro, que voy a tomar café, no a la boda del príncipe.

No tardó en llegar. Sonó el timbre y con ello se aceleró mi indómito histerismo.

—¿Sí?

—Soy Abraham.

—Ya bajo.

La escena me recordó a cuando tenía quince años y comenzaba a salir con las amigas. La inquietud por estar guapa, la incertidumbre de si te encontrarías con el chico que te gustaba y tendrías la suerte de que se fijase en ti...

Cogí el bolso y salí de casa a toda prisa; no quería hacerlo esperar. Esta vez llamé al ascensor; al perder la costumbre de usar tacones, quise evitar escalabrarme escaleras abajo.

—Por hoy, ya voy servida de hostias —rememoré mientras pulsaba el botón.

Lo vi a través de la cristalera del portal. Esperaba apoyado sobre su hombro derecho, de espaldas a la puerta, aparentemente, tan elegante como las veces anteriores. Sonreí al tiempo que inhalaba aire con fuerza por la boca y la inquietud se arremolinaba en mi estómago. Existía una diferencia sustancial de las anteriores veces a esta: en esta ocasión tan solo habíamos quedado él y yo; a solas. Al margen de ese detalle, no lo quise tomar como

nada más que un encuentro entre amigos; al menos, traté de convencerme de ello.

Nos conocíamos desde hacía alrededor de tres años. Nos encontramos del modo más fortuito imaginable, gracias a las redes sociales. Un día seguí su perfil al comprobar que era escritor y, automáticamente, me devolvió el *follow*. Más tarde, entró en escena Mateo y otros tantos compañeros. No sé de quién fue la idea, pero de la noche a la mañana me vi dentro de un grupo de desconocidos con los que poco a poco fui entablando amistad. Pero, como todo no puede ser bonito en esta vida, igual que entramos, muchos, salimos. Sin verlo venir, surgieron «puntos calientes»: enfrentamientos, malos entendidos, ironías fuera de contexto, envidias, favores no devueltos...

Si es difícil mantener una conversación escrita con una persona que conoces desde hace tiempo —con la que has tenido relación directa, de la que conoces su forma de expresarse, sus gestos, sus bromas y demás—, imagínate con alguien que acabas de conocer vía online.

Se juntaron muchas personalidades, caracteres muy fuertes y definidos, y, como no podía ser de otro modo, empezaron a crearse ciertas tiranteces, que luego dieron paso a los primeros «no tengo que aguantar tus tonterías», después, a los primeros «vete a la mierda», y por último, a las primeras «huidas» del grupo.

Después de mucho dar vueltas, nuestra «asociación» se eliminó. Con el paso del tiempo, Abraham, Mateo y yo nos volvimos a reunir y, desde entonces, la paz reina en nuestro pequeño grupo. Los tres coincidíamos en algo fundamental: prefiero pocos y bien avenidos, que muchos y a hostias.

Y hablando de hostias... Nada más abrir la puerta del portal sentí la bofetada del calor.

«Menos mal que después de tanta guerra al final he acertado —me felicité, satisfecha por la elección tomada acerca de la indumentaria».

—¡Hola! —saludé mientras se giraba. El ruido de la puerta le advirtió de mi presencia.

—Hola, Jane. —Me dedicó una amplia sonrisa y se inclinó para darme un par de besos. El olor de su piel era a recién afeitado; la suavidad de su piel lo confirmaba—. ¿Qué tal?

—Bueno, bien.

—Uy, no pareces muy convencida —bromeó.

—No. Lo digo en serio. Acabo de darme cuenta de que no he mirado las ventas de ayer, así que...

Abraham se echó a reír.

Estaba sorprendida de mí misma, había estado tan metida en la nueva novela que ni siquiera recordé mirar las ventas de la jornada anterior.

«Y será mejor que durante unos días no las mire, así no tendré sorpresas de ningún tipo y más tranquilidad a la hora de avanzar con la obra —sentencié, con la firme convicción de mantener la propuesta».

—Mejor, así estás más relajada. ¿Ayer lo pasaste mal, no?

—¡Qué directo!

—Jajaja..., sí. Es que desapareciste de pronto de la conversación y, bueno, empiezo a conocer cómo te afectan las cosas.

—Sí, fue un día con altibajos. Pero bueno, ya pasó.

Seguíamos en la entrada del portal. Por suerte, estábamos a la sombra. A su espalda quedaba la cafetería que solía contemplar desde la ventana, de nuevo, atestada de clientes. Se me alzaron las cejas sin apenas darme cuenta.

«Creo que soy de las pocas personas de este puñetero pueblo que está sufriendo penurias económicas. ¡Hay que joderse!».

—Bueno, pues hoy va a ser distinto, que para eso he venido. Pasaremos de las ventas, iremos a tomar café y te olvidarás de todo.

—Eres un sol, Abraham, te lo agradezco mucho.

—Y bien, ¿dónde quieres que vayamos? —preguntó recorriendo con la mirada los alrededores. Sus ojos se clavaron en la terraza de la cafetería—. ¿Te apetece que vayamos ahí? —cuestionó haciendo un gesto de medio lado con la cabeza.

Le sonreí. Por un lado me apetecía y por otro...

—Preferiría que fuésemos a otro sitio, si no te importa.

—¿A mí? Qué va.

—¿Sabes qué pasa? Que en este pueblo aparte de ser unos cotillas, son unos falsos chismosos metomentodo. —Sonrió al verme despotricar sin sentido—. Siento cómo me miran. No sé por qué, es como si me juzgasen por lo que pasó con Robert.

—Entiendo. Ven, ya sé dónde podemos ir, entonces.

Hizo un movimiento para que anduviésemos hasta su coche.

—Si te parece bien, te llevaré a la costa. Está a solo quince minutos de aquí, así que...

—¡Oh, qué buena idea! Me apetece mucho, sí.

Cada día me gustaba más el mar. Si algún día mi economía lo permitía, viviría en un pueblo costero.

—Pues vamos.

Era increíble ver cómo, a pesar de habernos visto tan solo cinco veces en persona, las conversaciones a diario a través de mensajes nos habían hecho alcanzar tal grado de amistad, confianza y complicidad.

Tenía aparcado su coche a escasos metros del portal. Un Mini Cooper color mostaza con el techo gris marengo.

—Por cierto, estás muy guapa —dijo mientras caminaba a mi izquierda y me miraba de arriba a abajo con disimulo.

—Muchas gracias, tú también. —Sonreí con cierto rubor. No estaba acostumbrada a los halagos masculinos.

Pulsó el botón del mando a distancia y automáticamente se encendieron las luces de los cuatro intermitentes, señal de que se abrían los cierres de las puertas.

—¡Espera! —Paró en seco, sujetándome del brazo para que hiciese lo mismo—. ¿Te apetece que vayamos a la playa? Hace muchísimo tiempo que no la piso, y no será por falta de ganas...

Lo miré con los ojos como platos. ¿Acaso no veía que me había puesto monísima, pintado, peinado y demás?

—Eh...

Me contempló de nuevo de arriba a abajo, esta vez con descaro, mientras yo trataba de reaccionar y contestarle algo que no le cortase la ilusión. No me importaba ir con él un día a la playa, a decir verdad me apetecía, pero..., no, ese día no. No me había preparado para eso, ni física ni mentalmente. Y sí, aunque parezca mentira, mentalmente también me tenía que preparar porque, estar semi en pelotas delante de..., de él que..., dejémoslo en «ante un amigo distinto», no solía pasar todos los días.

«Joder, creo que me he quedado en la «prehisteria»».

—¡Ya está! Contraoferta —exclamó antes de que me diese tiempo a responderle—. ¿Te apetece que vayamos hoy a tomar café, como habíamos planificado, y mañana, o mejor el lunes, vayamos a la playa?

No lo pude evitar. Mi cara expresó el repentino azoramiento que me despertó su propuesta, pasando de un levantamiento de cejas cargado de asombro, a una forzada sonrisa henchida de: «joder, Jane, que ya tienes tus añitos. Disimula, hija, disimula». Al final creo que supe camuflar bastante bien mis indefinidos sentimientos.

—Eso me gusta más, la verdad —respondí con una sonrisa de oreja a oreja.

Pero la mente es muy veloz maquinando cosas e imaginando otras, y de nuevo surgieron los pensamientos del paleolítico:

«¿Dos citas seguidas?, ¿con solo tres días de diferencia?».

«En serio, ¿se ha dado un golpe en la cabeza?»

«En fin, ¿y por qué no?»

Se echó a reír mirándome fijamente a los ojos. De nuevo, el calor —no el de la calle— invadió mis mejillas. Por suerte, mis rubores no solían ser tan evidentes para quien los «veía». Era la primera vez que me fijaba en aquellos dos luceros marrones, ligeramente rasgados, con largas pestañas...

«Joder, tiene más pestañas que yo, y más largas».

No pude evitar imaginármelo con una capa de rímel.

«¡Qué mono...!»

Contuve la sonrisa como pude.

—Vamos, entonces. Ahora lo planificamos bien por el camino —dijo señalando nuevamente su bonito coche.

Una vez dentro de su Mini, me sentí como si hubiese rejuvenecido al menos quince años. Miraba a través de la ventana y todo me parecía precioso. El sol alumbraba imponente, el cielo se mostraba totalmente despejado con un azul celeste intenso, incluso, el tráfico que encontramos al entrar al pueblo vecino, me parecía una manifestación de vida y abundancia, de felicidad.

Durante el trayecto no dejamos de hablar de temas muy variados, algunos de peso, otros de lo más nimios: libros, promociones, compañeros de trabajo, la playa, la cantidad de café que tomábamos a lo largo del día, los nuevos proyectos laborales, el tiempo... ¿Temas excluidos, adrede o no?: nuestra vida amorosa.

Aparcamos cerca de donde dejé a Tartana el día anterior.

—¿Conoces alguna terraza donde sirvan buen café?

—La verdad es que no. ¿Y tú?

—No, yo tampoco. Casi nunca venía por esta zona. —Me llamó la atención su «venía».

—¿Ahora sí sueles venir? —No pude contenerme.

—No, jajaja..., pero espero que nos veamos a menudo.

—Eh... —Sin quererlo, la expresión de mi rostro delató mi sorpresa. «Eso me pasa por preguntar. Ahora no sabes qué contestar, ¿eh, listilla?».

—Bueno, no pretendo atosigarte, es solo si a ti te apetece. Ahora vives sola, y sé que pasas el día entero en casa, trabajando y, bueno, creo que no debe ser muy saludable que estés tanto tiempo aislada del mundo. No quiero que te conviertas en una ermitaña o una loca con veinte gatos en casa para que alguien te haga compañía.

—¿Tan mal me ves?, ¿con tendencias de ermitaña o de loca gatuna?

—Por si acaso... —Sacó la lengua al tiempo que me dedicaba un guiño —. Mira, ese sitio tiene buena pinta...

—Sí —respondí tajante, adivinando cómo acabaría esa frase, y pensando todavía en lo que me acababa de soltar.

—Si no me has dado tiempo a terminar —replicó sorprendido.

—Ya, pero sé cuál iba a ser tu pregunta, así que... —Mostró una marcada expresión de recelo—. ¿A que me ibas a preguntar —cambié el tono de voz a modo burlón para imitarle—: «¿Quieres que vayamos allí?»?

—Qué listilla eres.

—Quizá seas un poco previsible.

—¡Hala! ¡Qué golpe bajo! —exclamó gesticulando y haciendo aspavientos.

Reímos parados en mitad de la calle.

—¡Oh! ¡Ven, corre; se ha quedado una mesa vacía!

Me tiró del brazo como si fuese una niña pequeña y caminamos a toda velocidad hasta la terraza. Temí meter el tacón en algún agujero y fastidiar la excursión casi antes de empezarla.

Recordé la mañana anterior, cuando obré de forma semejante al ver el hueco en la playa; pero existía la sutil diferencia de que en ese momento calzaba otros zapatos bien distintos y el riesgo de terminar con un esguince

era mínimo.

—Muy bien, no nos la han quitado —anunció en tono victorioso después de atravesar los más de ciento cincuenta metros al esprín.

—¡Pero si era imposible, hombre, hemos sido más rápidos que Flash con un apretón!

Nos acomodamos uno frente al otro. Ojeé las mesas de alrededor.

—Hemos tenido suerte, encima está a la sombra —anuncié observando a las personas que las ocupaban. La mayoría parecían extranjeros: pelo rubio, piel blanca y ligeramente sonrosada, ojos claros... Un hombre en concreto, vestido de camiseta de tirantes y pantalón corto, por el tono rojo apagado de su rostro, hombros y pecho, parecía estar sanando aún el exceso de exposición solar, probablemente de días anteriores.

—Sí, lo que no entiendo es por qué tienen esas pérgolas cerradas. Se van a achicharrar.

—No sé, quizá las hayan cerrado ellos mismos. Esa gente suele venir de países donde disfrutan de pocas horas de sol y calor.

—Pues aquí se ceban.

—Sí, y el problema son los posibles melanomas.

Me encogí de hombros entretanto recorría con la mirada la zona. Aquello estaba situado en mitad de una plaza, al lado de otros restaurantes, heladerías y comercios. Un lugar de tránsito pero espacioso donde disfrutar, para muchos, de un tiempo muerto en plenas vacaciones de verano. Lo nuestro, por contra, suponía un fugaz descanso dentro de una jornada normal de trabajo, aunque no por ello peor que lo suyo.

—¿Qué tomarán? —preguntó un joven provisto de libreta y bolígrafo, como a la antigua usanza. Vestía uniformado, con camisa de manga corta en tono beige y pantalón de pinzas negro, sobre ello, un delantal de este último color.

Abraham me hizo un gesto con la cabeza para que pidiese.

—Un capuchino, por favor.

—A mí ponme un café americano y un vaso con hielo, por favor.

—Muy bien.

Anotó lo pertinente y se alejó, dejándonos a solas.

—Bueno, ¿por dónde íbamos?

—Hablabamos de lo previsible que eres.

—Te estás ganando una aguadilla.

—¿Cómo?, si tú eres todo un caballero. Esas licencias no se te permiten.

—Ya, tú sigue así y verás dónde acaba el caballerismo. —Le sonreí con cariño—. ¿Y ahora por qué me miras así?

—La verdad es que me alegró mucho tu invitación.

—Mujer, solo es un café.

—Ya, bueno...

«Para mí es mucho más».

—¿Estás bien? Estuviste unos meses notablemente reservada. Y ahora con las ventas...

—Digamos que los últimos meses han sido bastante difíciles. No por el hecho en sí de que Robert me fuese infiel y se marchase con otra; qué va. De algún modo, era inevitable. Teníamos que haber terminado nuestra relación hacía mucho tiempo, y no entrar en una convivencia insulsa y sin ningún tipo de emoción más que la indiferencia. No. En realidad, lo pasé mal cuando me di cuenta de que debía enfrentarme a aquello que había pospuesto racionalmente tantas veces. Me vi sola, sin dinero, sin casa, con una tartana por coche y con una profesión que aportaba dinero a medias.

»Mi mayor problema era desde un punto de vista material, y de hecho, aún lo sigue siendo.

»Tengo la suerte de que mi amiga Begoña me ha dejado un apartamento

que antes alquilaba a una pareja. Cosas de la vida, justo unos días antes a que yo debiera dejar mi casa, los inquilinos que ocupaban el apartamento donde ahora vivo se marcharon, y Begoña, en un enorme gesto altruista, me lo cedió por el tiempo que necesitase. Tan solo tengo que pagar los gastos que genere, de modo que me ahorro el alquiler.

Mientras hablaba, Abraham me observaba en silencio. Sabía que evitaba hacer gestos con la cara, pero se le escaparon un par de ellos.

—¿Y hay algo que yo pueda hacer?

—Ya haces bastante.

En ese instante llegó el camarero con los cafés sobre una bandeja plateada.

—Aquí tienen. Que aproveche —dijo tras dejarlos sobre la mesa.

—Gracias —respondimos al unísono.

—Te voy a decir una cosa —añadió Abraham devolviéndonos a la conversación—: no tengas miedo de pedir ayuda.

—No me da miedo pedir ayuda, pero la que necesito se traduce a que suban mis ventas. Estoy cerca de conseguir mi meta más baja.

—¿Tu meta más baja?

—Jajaja..., sí: tener ingresos suficientes para no sacar dinero del banco.

—¡Ah! Y conociéndote, tendrás otras más altas, ¿no?

—Qué agudo...

—No te cachondees.

—Jajaja..., claro hombre —respondí entre risas—, si tengo una meta más baja será porque hay otras más altas, ¿no?

—En serio, ahora sí que te has ganado la aguadilla.

—Asumiré el riesgo.

Negó, gesticulando con una sonrisa de «hay que joderse...».

—A ver, cuenta —solicitó, mirándome alegre.

—A ver... Después de esa tengo mi meta media, es decir, tener ingresos suficientes para poder pagar un piso, comprar sin obsesionarme por los precios, cambiar de coche, poderme ir de vacaciones, por lo menos, una vez al año, y que me sobre dinero para ahorrar cada mes.

—No está mal. ¿Y la súper meta?

—Ser best seller.

Se echó a reír de forma abierta, cosa que me hizo dudar entre si estaba cachondeándose de mí o que se esperaba mi respuesta.

—Y luego dices que yo soy previsible... —siguió riendo.

—No sé qué te hace tanta gracia.

—Pues que ya lo sabía. No hay que ser muy listo para saber que tu mayor deseo es alcanzar el éxito. Eso te daría la tranquilidad que tanto añoras ahora.

Permanecí en silencio, sin saber qué contestar; más bien, sin ganas de hacerlo.

Comencé a darle vueltas a mi capuchino.

—Lo conseguirás, Jane. Estoy seguro.

Alcé la vista y lo miré tratando de ver más allá de sus palabras, de encontrar cuán creíbles eran para él mismo.

—Yo creo que sí, aunque de momento está siendo bastante duro.

—Entiendo que te esté resultando difícil. Ya sabes que suele ser un proceso largo y casi nadie lo consigue. Por desgracia, no todos tenemos la suerte de triunfar con nuestro primer libro...

—Ya sé de quién hablas... —le sonreí de medio lado, sintiendo mía la resignación que transmitían sus palabras.

—De esos hay pocos.

—Sí, lo sé. Pero lo conseguiremos de igual modo.

—¿Lo conseguiremos? Te incluyes, ¿no?

—Jajaja..., sí, la verdad es que mis objetivos en ese sentido no difieren mucho de los tuyos. Por el momento, tengo otro trabajo que me aporta los ingresos que los libros aún no me dan, pero confío en poder dedicarme por completo a mis novelas dentro de poco. Me paso el día trabajando y acabo agotado. No es el trabajo que yo quiero. Además, al tener menos tiempo, publico menos obras de las que quisiera. La única ventaja de mi situación actual, es que económicamente marchó muy bien.

—Entonces, ¿esa es tu meta más inmediata?

—Sí.

—¿Y luego?

—Lo mismo que tú. Convertirme en un escritor de éxito, en un auténtico best seller.

—Anda que no nos queda camino hasta alcanzar eso... —espeté de pronto viniéndome abajo.

—Eso nunca se sabe. Puede que un día, sin saber ni cómo ni por qué, de repente empiecen a subir nuestras ventas y se cumplan nuestros sueños.

—Sí, a ver si es verdad y sucede pronto —dije pensando en lo que mi intuición me venía advirtiéndome desde unos meses atrás.

—¿Qué estás escribiendo ahora?

—Una novela romántica. Me está sentando bien. Estoy bastante inspirada, como si me hubiese absorbido la historia.

—¿Me dejarás leerla antes de publicarla?

—Claro.

Aproveché que él cogía su taza para darle un sorbo a mi capuchino; aún se mantenía bastante caliente.

—Bueno, y tú, ¿en qué estás trabajando ahora? —pregunté intrigada. Deseaba poder leer pronto algún nuevo trabajo suyo.

—Novela de terror. Aunque la acabo de empezar y aún no la tengo perfilada del todo.

—Ya irá saliendo.

—Sí, confío en ello. Por cierto, ¿has pensado en presentarla a algún concurso?

—Lo he barajado, pero no estoy muy convencida.

—Conozco uno que es exclusivo para novela romántica. Si quieres, cuando llegue a casa te doy los datos.

—Vale, por mirar las bases no pierdo nada.

—Sí, estúdialo, puede ser interesante. Bueno, y cambiando de tema. ¿Estás preparada para el lunes?

—¿Qué pasa el lunes?

—Pues que tenemos una cita para venir a la playa. ¿No me vas a dejar tirado, no? Eso sí, esta vez vendremos para bañarnos y tomar el sol. Nos podemos imaginar que la vida nos recompensa como merecemos y nos hemos convertido en unos ricachones que están de vacaciones en las islas Seychelles, desconectando del éxito durante unos días, renovando energía y atesorando nuevas ideas para nuestros próximos proyectos. Eso sí, échale un poco de imaginación; tendremos que hacer la vista gorda respecto a las aguas, a la gente, a la arena...

Observé en silencio cómo navegaba en su ingenio y trataba de transmitirme lo que intuía que él conseguía reproducir visualmente; a duras penas,forcé un semblante serio para no cortar su exposición.

Aquel café estaba resultando más satisfactorio de lo que hubiera imaginado en un primer momento. Los nervios del principio se fueron solapando con la conversación y su forma de ser. Era la compañía perfecta: atento, simpático, cordial, receptivo..., cualidades que ya conocía en él, sin embargo, además me hallaba ante nuevos y agradables factores: olía bien, era guapo y, lo más importante, no tenía pareja ni compromisos.

Sí, lo reconozco, por primera vez, después de meses de charlas a través

de mensajes de Twitter, incluso, de haberlo visto en persona en más de una ocasión, dejé de advertirlo como a uno más del montón —un hombre normal y corriente sin mayores connotaciones—, pudiendo fijarme en algo más aparte de su interior: en su fisonomía. Durante años estuve cegada por el compromiso que adquirí hacia Robert el día que empecé a salir con él. No me permitía —yo a mí misma— mirar a otros hombres; no existía motivo para fijarme en alguien más allá del que tenía a mi lado. Aun cuando nos iba mal, mi forma de actuar siempre fue la misma.

—Está bien, me has convencido. El lunes vendremos a la playa.

—Perfecto. —Sonrió jovial.

—Si te parece bien, prepararé algo de comida para picar.

—Vale, suena bien. Yo pasaré a buscarte. ¿A la misma hora que hoy?

—Genial.

—Estupendo, pues tenemos una cita. —Arrugué el ceño sin saber qué decir. La palabra «cita» me hacía pensar en alguna pretensión de índole amorosa y no sabía si estaba preparada para tales enredos. Además, era muy pronto. Vale que le conocía desde hacía tiempo, pero..., ¿una cita? ¿Qué significaba para él «tener una cita»? ¿Emparejamiento? ¿Sexo? ¿Compromiso? ¿Planes de futuro?—. Tranquila. Como amigos, quería decir.

—¡Ah, vale! Me habías asustado, jajaja... —solté en un arranque nervioso de sinceridad, pero lo lamenté al instante. La expresión de su cara fue desconcertante, diría que reflejaba tristeza. Creo que, sin pretenderlo, le hice pasar vergüenza, y sentí la obligación de explicarme—. No lo digo por...

—No, no. —Me interrumpió—. Tranquila, no pasa nada. Me he expresado mal y... Nada. Ya está.

Fue la primera vez en la mañana que lo vi azorado. Un sentimiento de pena y desazón se alojó en mi pecho, no entendía a qué venía tanto miedo, tanta vergüenza ni tanta estupidez. En realidad, quedar con cualquier persona, un día, en un lugar y a una hora determinada, entraba en la definición de cita, de modo que mis vaciles estaban siendo infundados sin mayor motivo que la

falta de costumbre a verme con nadie.

Abraham contempló la mesa, pensativo.

Lamenté en lo más hondo de mi ser no haber sabido controlar ese miedo tan ridículo y haberle hecho pasar un mal rato.

Por suerte, un ramalazo de consciencia estaba acudiendo a mi rescate y, con un poco de suerte, aún podría tener alguna posibilidad para arreglar mi «cagada».

«Ves demasiadas películas, Jane. ¡Espabila!, que ni eres una niña ni eres una puñetera anciana. Además, si encima te atrae..., ¿qué problema tienes? ¿Estás tonta o qué te pasa?».

No sabía qué decir, cómo cambiar de tema o cómo rectificar sin liarla más todavía. Fueron apenas dos segundos que se consumieron eternos.

Pero, como enviado por el Universo, el camarero hizo acto de presencia irrumpiendo en la embarazosa escena.

—¿Todo bien por aquí? —cuestionó el joven.

«Ni que nos hubiese escuchado...».

—Todo bien, gracias. ¿Nos traes la cuenta cuando puedas?

—Sí, señor, ahora mismo.

—Gracias. —El muchacho dio media vuelta y se marchó por donde vino —. ¿Te apetece que demos un paseo? —preguntó dedicándome una sonrisa apaciguadora.

—Sí, claro. —Le correspondí con la misma alegría y sinceridad que él a mí. De nuevo, su gesto nos ayudó a recuperar la armonía.

Se me escapó un suspiro de alivio.

El camarero no tardó en regresar con la cuenta. Ni siquiera me dio tiempo a ver el importe. Abraham le tendió un billete de cincuenta euros que el chico cogió antes de dejar el plato en la mesa.

Tras volver con el cambio, nos levantamos y nos fuimos.

Caminamos por el paseo marítimo de un extremo al otro; luego por el interior del pueblo; paramos en un escaparate, luego en otro; entramos en una pequeña librería, ojeamos las obras de la competencia; hablamos, bromeamos, reímos y, sobre todo, se nos olvidó el paso del tiempo, al menos a mí.



Condujo hasta la puerta de mi casa.

Momento de tensión.

Noté cómo empezaba a ponerme nerviosa. La mañana había ido tan bien... —salvo la escenita sin sentido de la terraza, claro—. Sí, por desgracia me veía capacitada para volver a liarla.

—Bueno, pues el lunes te espero —dije en cuanto paró el coche.

Llevó la mano al salpicadero y pulsó el botón de los cuatro intermitentes.

—Claro. Estaré aquí puntual. —Le sonreí sintiéndome exultante, más feliz de lo que recordaba haber estado nunca. Sabía que aquellas sensaciones se veían reflejadas en mi rostro y Abraham me observó dibujando una preciosa sonrisa de satisfacción—. Lo he pasado muy bien.

—Yo también. Muchas gracias por la cita.

—¿Ahora no te da miedo decir «cita»? —preguntó cachondeándose.

—Eh... No te burles, anda.

—Jajaja..., no, si no digo nada.

—No, más bien no te callas —repliqué tratando de contener la risa.

—Me alegra al menos hacerte reír.

No respondí, y las carcajadas terminaron en un silencio incómodo.

—Bueno, he de marcharme. Me espera una novela.

—Por cierto, ¿tú no tenías un perro?

—¿Aparte de Robert? Sí, se podría decir que sí, pero no era mío. Se lo llevó cuando nos separamos.

—Lo echarás de menos... —aventuró sonriente. Quise entender que se refería al animal.

—Ah, no, para nada. Todo lo contrario. Es una tranquilidad no tener que sacarle cada tres o cuatro horas a pasear. Y a decir verdad, nunca me han gustado los perros. A ver, me parecen muy bonitos, pero no me gusta tenerlos. En cambio, un gato... Sí, prefiero los gatos. Te hacen compañía, pero son más independientes.

—¿Ves? Lo que yo decía. —Fruncí el ceño—. Tenía que sacarte de casa. Gustándote los gatos corres el riesgo de convertirte en una loca asocial con tendencias de llevarte a casa cualquier gato que se cruce en tu camino —bromeó, pero no me terminó de hacer gracia.

—No te pases, que no soy un perro —le regañé determinante, pero sin mostrarme seca—. No tienes que sacarme de casa, ya salgo yo solita.

—Jajaja..., qué mala leche tienes...

—¿Yo?

—¿Y gato?

—¿Qué?

—Que si tienes gato.

—No, por el momento no me lo puedo permitir. Pero ya tengo decidido que cuando tenga dinero adoptaré uno.

—¿Tú tienes mascotas?

—No, aunque supongo que algún día tendré.

—El qué, ¿un perro?

—No, mejor un gato.

—No sabía que te gustasen.

—Ni yo.

Se me abrieron los ojos al tiempo que notaba cómo se me ponía cara de guasa. De nuevo, no contesté.

—Bueno, es hora de trabajar —dije al fin. Me incliné sobre él para darle un beso en la mejilla. Él, lo correspondió con una recreada suavidad que erizó el vello de mi espalda.

—Cuando llegue a casa te escribo.

—Vale. Ten cuidado.

Su rostro estaba muy próximo, sus ojos observaban los míos con intensidad. Fue un instante que pareció reproducirse despacio, con la calidad y detalle de una pantalla de alta resolución. Sentí el corazón bombear acelerado, el aliento contenerse para dejar por unos instantes más su aroma dentro de mi organismo. Según me incorporaba, deslicé poco a poco la mirada hacia su nariz, sus labios, su pecho..., finalmente, hacia mi bolso. Cogí la manecilla para abrir la puerta y, antes de salir, volví a contemplarle, esta vez más separada, con mayor perspectiva e igual de nerviosa.

—Hasta luego.

—Hasta luego, escritora best seller.

Al poner el primer pie sobre el asfalto, sentí recorrerme un extraño estremecimiento. El corazón bombeaba a toda velocidad, feliz, excitado. Una sonrisa se dibujó en mi rostro de oreja a oreja. Caminé a paso firme y ligero, segura, decidida, empoderada.

Un nuevo halo de confianza transportó a mi mente un pensamiento que desde hacía meses la rondaba: *«Va a ser este año. Lo voy a conseguir»*.

Antes de entrar al portal, se me fue la vista a la terraza de la cafetería vecina. Sonreí.

«En la que hemos estado hoy, ha sido mejor».



La que faltaba

Esos dos días pasaron como una exhalación. La ilusión había ido en aumento desde que vi a Abraham. Por su culpa, mi concentración mermó sustancialmente. No hacía más que pensar en él, en nuestras conversaciones, en el paseo por la costa, en la tensión que noté cuando nos despedíamos... Cada dos por tres cerraba los ojos evocando su perfume... Sumado a eso, el hecho de saber que en menos de cuarenta y ocho horas lo volvería a ver, me mantuvo en una inusual tensión de felicidad y excitación. Aun así, conseguí mantener un buen ritmo de trabajo y escritura.

Estuve estudiando con detenimiento las bases del concurso que me indicó. ¿Los requisitos? Ya lo dijo él. Se trataba de un concurso exclusivo para novelas del género romántico. Además de eso, solo se podían inscribir los manuscritos hasta el diez de septiembre y el tamaño de la obra debía superar las cincuenta mil palabras. Eso no era un problema. Mi obra llevaba más de treinta mil y, por suerte, aún faltaban casi dos meses para cumplir el plazo. Por otro lado, el premio para el ganador resultaba bastante motivador: siete mil euros y la obligación de publicar la novela con la editorial que lo organizaba.

«Indistintamente de lo que se venda tras ser publicada, con los siete mil euros tendría para aguantar al menos un año más. Creo que debería intentarlo. Aquí no hay segundos premios, pero no pierno nada. Lo peor que puede pasar es que no me elijan ganadora y tenga que retrasar su publicación unos meses más y volverlo a hacer por mi cuenta».

«Si tuviese una bolita de cristal...».

«Supongo que es en estos casos en los que debo dejar que mi intuición me aconseje. Además, soy de las que se guían bastante por las señales que va interpretando del Universo. Supongo que si me ha llegado la idea de presentarme al concurso, será por algo, ¿no?».

«Quizá no quiera decir que vaya a ganarlo —o tal vez sí, no sé por qué no—; podría significar que tenga en cuenta otros concursos aparte de este».

«Tendré que meditarlo mientras sigo escribiéndola».

Eché un vistazo al reloj del ordenador.

—Ya son las diez. Debería ir preparando la tortilla.

Comencé a pelar patatas y a trocearlas. Las eché a freír y, mientras, fui organizando la bolsa térmica donde metí unas placas de hielo, una botella de agua medio congelada, tenedores, un cuchillo, servilletas...

Después de cuajar la tortilla, tomé una ducha rápida y terminé de arreglarme. Según se iba acercando el momento de verle, los nervios fueron en aumentando exponencialmente.

—Vale, ya está todo —recapitulé entretanto cerraba la cremallera de la bolsa—. Ahora, a esperar. Ojalá no tarde mucho porque si no me voy a poner como una moto.

Volví a mirar el reloj: 10:52.

—Aún quedan unos minutos.

Miré alrededor buscando algo con qué entretenerme.

—Por cierto, Jane, ¿seguro que te has depilado como Dios manda? —me dije al tiempo que curvaba el cuerpo hacia delante, al más puro estilo armadillo, para revisar el estado de mis ingles—. No te habrás dejado por ahí algún descarriado...

Después de hacer una exhaustiva exploración, al final di por bueno su estado.

—Bueno, cogeré las pinzas por si acaso. —Dicho y hecho, para no extraviarlas las eché dentro del monedero.

De pronto, sonó el portero automático; estruendo que consiguió romper la artificial calma que había mantenido durante los dos días de espera.

Sentí el corazón acelerado al tiempo que el estómago evidenciaba la inquietud y el entusiasmo que durante años no experimenté durante el matrimonio ni el noviazgo con Robert.

«No entiendo cómo me pude casar con él... Supongo que la inercia nos hace cometer muchas estupideces».

Descolgué el telefonillo con premura.

—¿Sí?

—Señorita Jane, su cita le está esperando —dijo mi interlocutor en tono solemne.

Traté de contener la risa, pero me fue imposible.

—Jajaja..., ya bajo.

Solté el auricular, tomé la bolsa y, tras hacerme un escaneo rápido para ver si lucía como era debido, salí de casa cerrando con un suave portazo.

Después de vacilar un instante acerca de si tomar el ascensor o bajar andando las escaleras, me decanté por la segunda opción.

«Sí, mejor, así quemaré el exceso de energía que tengo en este instante».

Salté de escalón en escalón como una cría que llega tarde a casa y está a punto de ganarse una bronca; eso sí, frenando el ritmo en los últimos dos escalones, por aquello de guardar las apariencias.

Al llegar al rellano del portal, doblé la esquina, pudiendo contemplar a escasos metros, una vez más a través de la cristalera, cómo Abraham me esperaba apoyado sobre su hombro derecho, de espaldas a la puerta.

—Joder, putos nervios... —mascullé con los dientes apretados a punto de alcanzar el pomo.

Abrí y se giró, dedicándome una preciosa sonrisa.

—¿Y si no era yo?

—Sabía que sí.

Se acercó para darme un par de besos. De nuevo, la suavidad y el aroma de sus mejillas desvelaban que acababa de afeitarse. No pude evitar inhalar profundo —con disimulo, claro—, según nos separábamos.

—He aparcado aquí mismo.

—Bien.

Sin pedir permiso, tendió la mano hacia la mía para «robarme» la bolsa y portarla hasta el maletero.

—No sé tú, pero creo que es la primera vez en mi vida que he deseado con impaciencia que llegase el lunes.

—Ese ‘creo’ te resta credibilidad, pero sí, a mí también me apetecía mucho; tuviste una buena idea.

—Vale, pues elimina el ‘creo’.

—Ya es tarde.

—Eh, y para que lo sepas: tengo muchas y muy buenas ideas, y si no lo crees, con que leas una de mis novelas te darás cuenta —dijo cerrando el maletero después de dejar la bolsa de la comida dentro.

—Jajaja..., qué tonto eres, de verdad.

—Eh... Muchas gracias por el cumplido.

—No hay de qué.

—Vamos, sube, que las Seychelles y los cocoteros nos esperan.

No sé cómo podía ser posible, pero el tiempo junto a Abraham transcurría en un abrir y cerrar de ojos. Bueno, sí sabía el porqué: el motivo era él.

Aparcamos, caminamos por el paseo marítimo hasta encontrar un lugar que nos complaciese, colocamos la sombrilla, las toallas y..., llegó el momento de quedarse en bikini.

¿Por qué será que te puede ver cualquier persona del mundo sin que tú pases la más mínima vergüenza, dándote igual si tienes una lorcita por aquí o un michelín por allá, y sin embargo, junto a determinadas personas, te pones en plan «Barbie complejos»? Bueno, yo misma sé la respuesta, no estoy tan gilipollas; pero no deja de sorprenderme.

Por suerte, mi amor propio ayudó en ese instante a que mantuviese la calma y la compostura, barriendo con un «estás muy buena» cualquier tipo de pensamiento estúpido que tratase de hacer meya en mi autoestima. Además, lo tenía muy claro, de gustarle le tendría que gustar por completo, tal y como era, por dentro y por fuera, con mis virtudes y defectos —tonterías incluidas—.

Mientras él se descalzaba, yo, de pie junto a la toalla, comencé a subirme el vestido hasta terminar quitándomelo por la cabeza. Observó mis movimientos desde el suelo sin decir nada. Con máxima serenidad, esperé a que hiciese lo propio. Y no tardó. Agarró la parte baja de la camiseta y tiró hacia arriba hasta desprenderse de ella. Para mi sorpresa, en ningún momento me sentí incómoda y el resultado fue inmejorable. No era el típico musculitos de gimnasio, tampoco un tísico ni un tripón, bajo mi punto de vista, tenía una preciosa silueta, la que mejor le podría sentar al resto de él; formaba así una obra de arte perfecta: alto, guapo, fibroso, gracioso, detallista y, como guinda del pastel: inteligente.

—¿Un chapuzón? —preguntó ladeando la cabeza, señalando el agua.

—Claro.

—¡Joder, cómo quema...! —espetó Abraham dando pequeños saltitos para tratar de evitar el contacto con la arena.

—Seguro que la de las Seychelles no abrasa como esta.

—Jajaja..., creo que no. Es tan blanca que no se calienta de estas maneras tan extremas.

—Me has convencido —dije nada más alcanzar la orilla y pisar la que acababa de ser empapada por la espuma de una ola.

—¿De qué?

—En cuanto seamos best seller tenemos que viajar allí.

«¿Pero qué dices, loca? ¿Ya estás haciendo planes de futuro? A ver si lo vas a espantar...».

—Trato hecho. El primero que se forre, invita al otro.

«¿Ves, tonta? Le gusta la idea».

—Jajaja..., vale, pero pensándolo bien, creo que no me congratula la idea de que tengamos que esperar tanto. Así que, ¿qué te parece si lo planificamos cuando nos vaya bien, es decir, cuando vayamos desahogados?

—Estupendo, mejor todavía. —Tendió el brazo en mi dirección a la antigua usanza para cerrar nuestro acuerdo con un apretón de manos—. Trato hecho —dijo con una amplia sonrisa.

Le correspondí haciendo el mismo gesto.

—Trato...

Antes de poder terminar la frase, me dio un tirón del brazo atrayéndome hacia sí, quien, a su vez, comenzó a correr hacia el agua. Terminó por tirarme de lado donde aún no cubría ni medio metro. Lo que él no esperaba es que consiguiese sujetarlo a modo de lapa hasta hacerlo caer a mi lado; seguía tan entusiasmado por su proeza, riéndose a carcajadas, que por casi se ahoga.

—¡Joder, está helada! —dijo entre toses.

Me eché a reír.

—Qué exagerado.

—¿Que no está fría? ¿Pero tú en qué mundo vives?

Le dediqué un gesto que decía: «si tú lo dices...». Pero pronto caí en la cuenta: *«esto se debe a las duchas tan fresquitas que me doy desde hace unos días».*

Lo dejé en la orilla y comencé a nadar mar adentro. No tardó en alcanzarme.

—¿Se puede saber a dónde vas?

—No voy a concederte tiempo para urdir tu venganza.

—Jajaja..., eso te lo crees tú, ¿no?

—Claro.

Esta vez fui yo quien no lo vio venir. Me agarró de nuevo del brazo y, tras un corto forcejeo, consiguió sumergirme.

Jugamos como adolescentes, a cada cual más burro, hasta acabar agotados y necesitar un tiempo muerto.

Salíamos del agua, caminando uno junto al otro en dirección a la toalla, cuando sentí una sensación inesperada.

«No fastidies; pero si aún me faltan unos días... —pensé haciendo cuentas mentales de a qué día estábamos y cuándo menstrué el mes anterior».

Con la excusa de la arena quemando, eché a correr hasta llegar a la toalla. Fui directa al bolso, donde rebusqué como loca lo único que me daría tranquilidad. Por suerte, siempre llevaba un tampón y una compresa en un neceser de emergencias.

—¿Estás bien?

—Sí, es que tengo la sensación de que está a punto de bajarme la regla.

Observó el neceser.

—¿Necesitas algo? ¿Te puedo ayudar?

—Sí —respondí sacando la braguita de otro bikini de la bolsa de playa—. Podrías sujetarme la toalla alrededor del cuerpo.

—¿Qué vas a hacer?

—Cambiarle la parte de abajo del bikini y ponerme una compresa. —Hizo un gesto de extrañeza—. Sí, es lo más rápido y efectivo, aquí no es lugar para estar poniéndose un tampón.

—Sí, sí, lo que tú digas —dijo agachando la mirada y tendiendo las

manos para que le diese los dos extremos de la toalla.

Con el mayor disimulo posible, coloqué la compresa en la braguita seca.

—¿Puedo? —pregunté, haciendo ademán de apoyársela en el brazo mientras me quitaba la mojada.

—Eh..., sí.

—Si te da asco, no, ¿eh?

—¿Asco? Si te la acabases de quitar, todavía..., pero no. No me da asco. Es una braga con una cosa ahí pegada. Eso no es motivo para ponerse escrupuloso.

En ese momento sentí que estaba pasando él más apuro que yo. Traté de contener la sonrisa aunque no lo conseguí; no se dio cuenta.

—¿Listo?

—Sí.

A duras penas comencé a quitarme el bikini; al estar empapado, le costaba más deslizarse por las piernas.

Miré a Abraham un par de veces: sin haberle pedido nada, vigilaba a nuestro alrededor, no sé si con la intención de ahuyentar a los mirones en caso de que me quedase en pelotas o por la propia vergüenza que le estaba haciendo pasar.

—Ya está —informé satisfecha.

—¿Ya?

—Sí, ahora queda que me ponga la otra.

—Joder, casi suelto la toalla.

—¡¿Pero qué dices?, si aún tienes la braguita seca sobre el brazo!

—Joder, Jane. Ya te vale.

—No, ya te vale a ti.

Cogí la prenda y comencé a colocármela. Una vez más quise ver su

rostro, su gesto. En esta ocasión seguía con detalle mis movimientos.

—Ahora sí —anuncié más relajada.

—Vale. ¿Ya puedo soltar?

—Sí. —Sujeté la toalla por donde él la tenía cogida y la volví a colocar sobre la arena—. Gracias.

—Ha sido un placer.

—Jajaja..., no creo que haya sido para tanto, pero si tú lo dices...

—Já, qué graciosa.

—Reconócelo, hombre, has pasado vergüenza...

Negó con la cabeza al tiempo que hacía muecas de burla.

—Lo único malo es que ahora ya no puedo volver al agua, pero bueno.

—No pasa nada. Tomaremos el sol, y luego, si quieres, podemos dar un paseo por la orilla.

—Perfecto.

Se tumbó boca arriba, con las piernas flexionadas y los brazos extendidos a cada uno de sus costados. Cerró los ojos; se le veía muy relajado. Me puse la gorra y no tardé en acomodarme al lado suyo, a escasos centímetros de él, aunque en mi toalla. Hubiera dado cualquier cosa por saber qué estaría pensando en ese instante.

—Qué a gusto se está, ¿verdad?

—Sí, es como estar en las Seychelles.

—Iremos pronto, ya verás.

—Poder disfrutar de esto ya es todo un lujo.

—Sí, pero no podemos conformarnos. Debemos conseguir lo que merecemos, y si requiere que sigamos esforzándonos como dos bestias, lo haremos —afirmó con ímpetu, incorporándose de medio lado sobre su costado izquierdo.

A pesar de que el sol le molestaba, clavó su mirada en la mía con seguridad y permaneció callado unos instantes, como si esperase una respuesta. Tan solo asentí, pensativa, deseosa de que su pronóstico se convirtiese en realidad.

—¿Te he dicho que estás muy guapa? Te sienta muy bien la gorra.

Sonreí.

—Gracias. A ti te favorece ese aire desaliñado que te da la playa.

Se echó a reír sin dejar de examinarme.

En ese momento sentí la fuerte tentación de inclinarme sobre él y besarle, de abrazarlo y sentir el contacto de su piel mojada contra la mía. Pero ahogué las ganas con un: «¿tienes hambre?». No tardé en ver el símil...

—La verdad es que ya me está entrando. Sí.

No nos demoramos en ponernos a comer. Por suerte, acerté con el menú: tortilla de patata, ensalada de tomates con aceitunas y unos pimientos verdes fritos. Preparé tanta cantidad que nos sobró para tomar un aperitivo más tarde.



El momento de la despedida fue lo mejor —irónicamente hablando, claro—. ¿Por qué? Porque no pasó nada. Condujo hasta casa, aparcó a escasos metros del portal y como si de verdad hubiésemos retrocedido varias décadas en el tiempo, me dio un beso en la mejilla y me despidió con un «cuando llegue a casa te escribo».

«Claro», respondí yo, cayendo en mil preguntas sin respuesta. No sé por qué di por hecho que en aquel momento me daría un beso o algo. Pero no, ni beso ni hostias.

«En fin, supongo que será mejor así —me dije en modo autoconvencimiento».

«¿Será gay? Vete tú a saber».

«O quizá no le guste como para que seamos algo más».

«No sé».

«En fin, será mejor que suba a casa».

Eché la mano al pomo y abrí la puerta. Antes de abandonar el coche le dediqué una sonrisa.

—Lo he pasado muy bien. Gracias por la cita.

—Yo también, y de hecho..., ¿te apetece que nos volvamos a ver?

—Claro, cuando quieras. —Mi contestación fue alegre pero comedida, supongo que la reciente «desilusión» me condujo a responder de forma controlada.

—Bien, pues luego lo concretamos.

—Perfecto.

—No sabes la pereza que me da volver a casa, me espera una buena pila de trabajo —resopló asiéndose con ambas manos al volante e inclinando la cabeza hasta tocarlo con la frente.

«¿Será eso?».

—Bueno, ánimo. Yo también estaré toda la tarde con la novela...

Alzó la cabeza y me miró.

—Haces bien. Escribe mucho, que nos tienes que costear un viaje a las Seychelles.

—Con mucho gusto.

—Hasta luego.

—Ánimo.



El día fue largo, intenso y agotador. La libido, aquella misteriosa energía que estuvo ausente durante meses, volvió de golpe —aunque, analizándolo con calma, también se podía deber a las hormonas—. Aun así, tuve el suficiente autocontrol para no espantarlo. Aunque parecía tener intención de que siguiésemos quedando, algo me decía que su acercamiento era más en modo «hermana de la caridad», que interés real por tener una relación de otra índole conmigo.

Solté las bolsas en la cocina y fui a la ducha.

—Al parecer, gracias a ti, ahora aguanto el agua gélida sin inmutarme — le informé satisfecha a la alcachofa de la ducha—. Oh, espera, se me olvida la ropa.

Caminé hacia el dormitorio para aprovisionarme del atuendo que vestiría al salir. Terminé cogiendo lo de siempre: camiseta, braguitas y unas chanclas.

—Así vale, total, nunca viene nadie a verme...

Tomé la ducha sin entretenerme demasiado, estaba cansada y quería tumbarme unos minutos en el sofá; escribiría allí, acomodada.

Agarré el portátil y lo coloqué sobre mi regazo. Mientras se encendía, revisé el móvil.

«Ninguna llamada perdida».

«Mejor».

El icono de WhatsApp marcaba treinta y cinco mensajes por leer. Y, ¡sorpresa!: mensaje de Robert.

—Joder, ¿qué querrá este ahora?

Sentí una pereza inmensa y un agobio desconcertante.

«Ufff..., qué mal me huele...».

Mi intuición no se equivocó.

«Hola, Jane. Espero que te vaya todo muy bien. Te escribo porque el abogado ya tiene la sentencia del divorcio. Debemos abonarle el importe restante, cuatrocientos euros más cada uno. Te dejo su número de cuenta para que se lo ingreses directamente. La sentencia definitiva nos la mandará por correo certificado en unos días. Lo dicho, espero que te vaya bien. Saludos».

Debajo, venía la hilera de números de una cuenta bancaria.

—¡Me cago en su puta madre! ¿Cuatrocientos euros más? ¿Pero este hombre a qué abogado ha contratado, al que le lleva los asuntos a Beckham? En serio, no sé cómo un divorcio puede ser tan caro.

La angustia empezó a eclipsarlo todo, arrojándome a una perspectiva colmada de miseria, pobreza, el fin de mi carrera o, al menos, un parón que no le sentaría nada bien. Después de todo el esfuerzo que llevaba a cuestas, me topé de bruces contra otro revés del destino tratando de medir lo que me restaban de fuerzas y de voluntad.

Quise llorar de la impotencia, pero tampoco tuve fuerzas para eso. La relajación y el buen rollo que tenía, después de haber estado unas horas junto Abraham, se fueron al traste por un inoportuno mensaje.

«Solo aportas cosas malas —pensé dolida—. Te podías haber ido antes con la de los chuchos».

Sin embargo, a pesar de la rabia, ese lado metafísico y espiritual que todos tenemos y del que yo me percaté un día de borrachera cuando

empezaba a salir con Robert, asomaba en momentos como ese, advirtiéndome de que las cosas estaban sucediendo como debían, en los tiempos y a los ritmos pertinentes que mi ser necesitaba, y que, a su vez, mantenían el orden de eso más grande que Yo llamado Universo.

—No sé cómo, pero lo conseguiré.

Pulsé el cristal de la pantalla, haciendo que volviese a mostrarme la maldita conversación a la que debía dar respuesta. Escribí:

«De acuerdo, ahora hago la transferencia de lo que me corresponde. Y sí, todo bien. Espero que tú también. Saludos».

Dejé el móvil a un lado sin ni siquiera abrir el resto de mensajes, a pesar de tener la corazonada de que Abraham me podría haber escrito.

«No tengo el cuerpo como para encontrarme otra noticia de mierda».

Ahora sí, sentí un nudo en la boca del estómago que colmó de humedad mis ojos.

«No sé cuánto tiempo voy a poder aguantar en esta situación. Como siga a este ritmo... Cada vez me sube más el agua al cuello. Y, se va acabando el tiempo y el margen de maniobra».

«Como dice el refrán: «A perro flaco todo se le vuelven pulgas».

Imaginé a un pobre chucho desaliñado, sucio, emitiendo un nauseabundo olor y plagado de esos asquerosos bichos saca sangre propagadores de enfermedad.

«Al final le voy a terminar cogiendo manía a los inocentes animalitos».

Suspiré, sintiendo cómo la primera lágrima me recorría el pómulo.

«Como no vea una mejoría en un corto plazo, voy a terminar con depresión —analicé asustada, consciente de mi estado de ánimo y del tiempo que llevaba haciendo funambulismo sobre mi tambaleante cuerda floja emocional».

Un fugaz pensamiento me transportó de nuevo al recuerdo de Abraham, a

las horas de paz y felicidad que acabábamos de pasar juntos.

—Es imposible acostumbrarse a esta mierda. Parezco un saltador de pértiga cayendo de una emoción a otra.

Suspiré de forma sonora.

—¿Y ahora seré capaz de seguir con la novela o se me habrá jodido la inspiración hasta nueva orden?

Dejé el ordenador a un lado, junto al móvil, notando una sensación extraña recorriendo cada centímetro de mi anatomía, sintiendo incluso cómo me faltaba el aire.

—A tomar por culo la armonía y la tarde de trabajo relajado desde el sofá.

Fui directa a la estantería para coger bolígrafo y papel.

—Qué triste, solo recorro a vosotros en momentos de bajón. Y no pienso llorar más —les dije a los objetos, secándome la cara con el dorso de la mano—. Algún día me acordaré de dedicaros un tiempo para contaros las cosas buenas que me suceden... —Traté de buscar motivos para contrarrestar el revés del mensaje—. Sí, algún día, pero ahora no.

Comencé a escribir:

Bueno, ¿qué pasa, acaso no tenía suficiente presión que, aparte de tener cuatro duros en el banco, ahora tengo que pagar esa bestialidad para terminar de desvincularme del puñetero Robert? En serio, los divorcios deberían ser gratuitos. Aunque entiendo que detrás hay un trabajo que debe ser pagado... Sí, todo hay que pagarlo. La gente tiene la mala costumbre de comer, vestir, querer disfrutar de caprichos materiales, viajesitos a las Seychelles, entre otras cosas... — Sonreí con cierta resignación—. En fin, que el capullo de Robert es como un puto grano en el culo. ¡Joder! Que desaparezca de una santa vez de mi vida; pero por completo. — Sentí cómo hincaba la punta del bolígrafo en el papel; estaba

rabiosa—. *Ya hace casi doce meses que abandoné la casa que compartíamos. Bueno, en realidad la deshabitamos los dos. Él debe seguir viviendo con su amada. En fin, me importa un comino con quién esté, y espero que le vaya muy bien; eso sí, no quiero volver a saber nada de su vida. Ahora, lo único que me preocupa es generar más ingresos. Terminaré la novela que estoy escribiendo y, como la anterior, la presentaré a un concurso, esta vez al que sugirió Abraham. Quedan varias semanas y voy a buen ritmo. Creo que acabaré a tiempo para corregirla un par de veces y que luego Abraham y Mateo la lean y corrijan. Además, ambos me darán su opinión y sabré si merece la pena presentarla. Aunque..., francamente, creo que digan lo que digan voy a seguir con la idea; necesito ese premio. Además, ya tendría que ser muy mala como para no tener ninguna posibilidad. En fin, que ya sabemos en qué consiste esto: es cuestión de gustos y nada más, que la historia caiga en gracia y no le pase como a mí, que no hago más que estrellarme. ¡Oh, Dios, ya empiezo a ponerme negativa!*

Sollocé rabiosa, impotente. Terminé clavando el bolígrafo en el papel repetidas veces, como si me hubiese convertido en el protagonista de la película *psicosis*, pero a pequeña escala y sin desangrar a nadie.

—¡Vaya puta mierda de los cojones! —espeté a viva voz, llevándome las manos a la cara. Una lágrima volvía a surcar mi pómulo con discreción, como si temiese ser descubierta por la loca que la había creado. La sequé con la misma mano que sostenía el folio recién «asesinado», lo arrugué y lo tiré contra la pared de enfrente.

—Llorando no soluciono nada. Es hora de trabajar.

Cogí el ordenador y lo coloqué de nuevo en mi regazo. Abrí el documento donde guardaba la novela y leí los últimos párrafos con el único fin de conseguir adentrar todos mis pensamientos en ella, en mi esperanza. Continué escribiendo.

Logré una inmersión absoluta. Perdí la noción del tiempo, hasta que llegó la noche y la luz del sol le cedió el protagonismo a la que desprendía la pantalla, de la que solo me di cuenta al percibir una creciente irritación en los ojos.

—Está bien por hoy —dije observando el reloj en la parte inferior derecha del monitor: las 21:47—. Mañana sigo.

Quizá por el ajetreo durante las horas del día, quizá por las emociones, o tal vez por el cansancio mental, necesitaba irme a dormir.

Agarré el móvil con recelo.

—No he mirado si Abraham me ha escrito... —Imaginaba que sí.

En efecto, tenía varios mensajes suyos, los que me mandó en privado y los del grupo que compartíamos con Mateo. Empecé por estos últimos: los ojeé de pasada, sin entretenerme; al parecer, ambos habían estado hablando sobre las ventas, para variar.

—Yo no he comprobado las mías —reflexioné sorprendida—. Entre la cita, el «notición» y la novela, lo he olvidado por completo... En fin, para lo que queda de «día», ya me espero a mañana; no quiero llevarme otro disgusto antes de dormir.

Salí de la conversación despidiéndome con un breve: «Una que se va a dormir. ¡Buenas noches!».

A continuación, entré en el mensaje privado de Abraham. Lo ojeé rápido; en resumen: que llegó rápido a casa, que había disfrutado mucho el día en la playa, que quería repetir...

Sonreí satisfecha.

—Solo ha faltado una cosa —dije contemplando el teléfono, como si Abraham pudiese escucharme—: que me besases.

De solo pensarlo, los instintos primigenios de mi organismo comenzaron a cobrar el latido que creí haber perdido tiempo atrás, provocándome un cosquilleo por las extremidades que terminó alojándose en el estómago,

aportándome un ilusionante brote de energía y alegría.

—Buenas noches, Abraham. Yo también he disfrutado mucho. — Recordé la escena de la toalla y mi cambio de bikini, las aguadillas...—. Sobre todo, has logrado que me divierta como cuando era una niña.

—¡Dichosos los ojos! —respondió automáticamente—. Ya me estabas preocupando.

—He estado trabajando en la novela.

—Estaba empezando a mosquearme al ver que habías dado las buenas noches en el grupo y a mí no...

—Jajaja..., ya sabes que lo mejor siempre lo dejo para el final.

—Oh, me alaga leer eso.

—De nada.

—¿Y qué tal la llevas?

—Bastante bien, la verdad.

—¿La vas a presentar al final?

—Sí, ya lo tengo decidido.

—Me parece muy bien. Tienes todo mi apoyo Aunque te lo pases por el forro según te viene...

—Jajaja..., eres muy tonto.

—Gracias, yo también te quiero.

—Sí, sí. Por cierto, en cuanto la termine os la envío a Mateo y a ti, ¿vale?

—Perfecto. Te daré mi opinión, aunque, como digo, te la pases por el forro.

—Parece que me lees la mente, jajaja...

—¡Qué pena!

—¿Y tú qué has hecho, te ha cundido la tarde?

—Sí, no he parado. El puñetero trabajo... Apenas me deja tiempo para

escribir. He terminado hace unos minutos y, como comprenderás, a estas horas no tengo ni cuerpo ni cabeza para nada, menos para ponerme con la novela. Últimamente mi concentración no está para muchos más excesos.

—Te entiendo. Aunque mi caso es distinto, o escribo o me voy a vivir bajo un puente... No tengo otra alternativa.

—Va a ir todo bien, ya lo verás.

—Encima, para colmo, hoy me ha llegado un mensaje diciéndome que me faltaba un buen importe por pagar al abogado.

—¿Qué abogado?

No quise recurrir a las bromas fáciles, no era el momento.

—El del divorcio.

—Míralo por el lado positivo: al fin vas a estar divorciada y desvinculada por completo de tu ex.

—¡Mira, se van cumpliendo las metas!

—No sabía que ese era uno de tus objetivos...

—¿Cuál? ¿El de mejor sola que mal acompañada? Ese siempre debería ser un objetivo, o bueno, más que un objetivo, sería un valor, el de mantener un mínimo de amor propio.

—Jajaja..., di la verdad, a ti lo que más te alegra es haber perdido de vista al peludo y maloliente perro.

—Sí solo fuese peludo y maloliente... El problema fue la incapacidad de Robert para educarlo. Pobrecito, el animalito no tenía ni tiene culpa de que su amo sea un atolondrado. Así que, de tal palo tal astilla. Es imposible encargarte de la educación de alguien si tú mismo no la tienes. En fin..., olvidémonos de él y de su peludo amiguito; ya no aportan nada.

—Sí, mejor. ¡Oye! Y hablando de todo un poco: no me has contestado.

—¿A qué?

—A cuándo volveremos a vernos.

—¿No decías que no tienes tiempo?

—Sí, ya lo sé, pero para ti, lo saco hasta de debajo de las piedras si es necesario.

—Me apetece mucho volver a quedar, pero ya sabes que mi economía hace estragos.

—No te preocupes por eso, te dije que a mí en ese sentido me va muy bien, no como para que vayamos ya a las Seychelles, pero para ir disfrutando de otras cosas más económicas de la vida, sí.

—Lo recuerdo, pero no quiero ser una aprovechada.

—Tranquila, si así te sientes mejor, haremos cosas con las que no tengamos que gastar mucho dinero. ¿Eso te parece bien?

—Sí, mejor.

—Entonces, ¿cuándo nos vemos?

—¿El jueves?

—Eh... Aún faltan tres días.

—¿Es muy pronto? Si lo prefieres podemos esperar al fin de semana.

—No, no. El jueves está bien.

Permanecí reflexiva durante unos instantes analizando su respuesta: no sabía si se sentía agobiado porque era pronto para él o porque le había parecido muy tarde. En cualquier caso, no quise insistir.

Hablamos durante unos minutos más, hasta que noté la necesidad de ir finalizando la conversación. El cansancio empezaba a apoderarse de mi raciocinio; la somnolencia, de mis párpados. Ni siquiera tenía hambre, tan solo el deseo de dejar reposar mi cuerpo sobre la cama enredada entre sábanas y cojines, y dejar a la mente divagar a sus anchas hasta encontrar su descanso dentro del sueño.

Cerré nuestra conversación después de dos intentos previos. Sí, charlando con él me sentía mejor que un bebé en brazos, sin embargo, mi cuerpo no aguantaba más. De alargarlo... Nada, hubiera quedado fuera de

juego en el siguiente round.

«Una fugaz visita al baño para irme a la cama limpiita y con la vejiga vacía, y a dormir».

Llegué al dormitorio y antes de tumbarme, ojeé una vez más el móvil. Aunque hubiese puesto algo no iba a contestarle, pero sentí curiosidad, como si el aparato en sí demandase ser inspeccionado una última vez.

—¿Begoña? Qué raro.

Pulsé sobre su mensaje.

«Mañana, a eso de las doce, pasaré por casa, tengo que decirte algo muy importante. Y no te molestes en preguntar, no te voy a contestar ni adelantar nada hasta que te vea en persona. — Añadió varias caritas con la lengua fuera y la aureola de angelito —. Besos».

—Esta mujer... En fin, habrá que esperar.

Apagué la luz, solté el móvil y le concedí su turno al descanso.



El cactus de Begoña

Sonó el timbre; tenía que ser ella.

Descolgué el telefonillo y antes de poder contestar, escuché su voz:

—¡Holaaa...!

Pulsé el botón sin responder.

—Sí que está feliz... —dije para mí.

Dejé la puerta entreabierta para que no tuviese que llamar también al llegar a casa. Mientras subía, fui a la cocina a preparar una cafetera.

—¡Holaaa...! —volví a escuchar, esta vez sin filtros electrónicos que distorsionasen su voz—. ¡¿Dónde andas?! —vociferó desde la entrada. Oí cómo cerraba la puerta.

—¡Estoy en la cocina!

Atendí sus pisadas aproximarse a paso ligero, el clac-clac de sus tacones sobre el parqué me condujeron a imaginar cómo iría vestida: blusa de seda, ancha y de manga corta, de algún color alegre como el coral o el aguamarina; falda de tubo negra, tal vez hasta las rodillas, y zapatos de tacón a juego con la parte de arriba; su bonito cabello pelirrojo recogido en un moño informal, y las gafas de sol sujetándole, a modo de diadema, los pelos que le pudieran quedar sueltos, para que no le tapasen en exceso la cara.

—¡Aquí estás! —anunció satisfecha.

—Qué rápida eres...

—Jajaja..., sí. —Aún ni había cerrado la cafetera.

—Hola, señora ejecutiva. —La saludé feliz por su «inesperada» visita al tiempo que dejaba la cafetera sobre la placa vitrocerámica.

—Hola, señora escritora. —Se acercó para darme un par de besos y un abrazo. —¿Cómo te va?

—Voy aguantando.

Observó mi rostro sin decir nada, cualquier idea podría estar pasando por su cabeza, aunque dudo mucho que alguna que entendiese realmente lo yo que sentía y mis motivos de seguir adelante.

—Eres muy valiente, Jane.

—¿A qué viene eso ahora? —le pregunté sonriendo.

—Pues a que, de alguna manera, te entiendo. Deja que te cuente.

—Está bien, vayamos al comedor mientras se prepara el café y me vas poniendo al día.

La analicé mientras caminaba por delante de mí a paso ligero y decidido. No erré demasiado en cuanto a su indumentaria, a decir verdad, lo acerté todo menos el color de su blusa y sus zapatos: pistacho eléctrico.

—Sí... A ver, por dónde empiezo... —vaciló pensando en voz alta, dirigiéndose al sofá.

Dejó el bolso a un lado; yo me senté al otro. Con cierta dificultad, cruzó las piernas y entrelazó las manos, apoyándolas sobre la rodilla que le quedaba más arriba. Miró el suelo. Empezaba a ponerme nerviosa.

«Me va a echar del piso; lo debe necesitar para alquilárselo a alguien que sí le pague una mensualidad».

Mientras ella organizaba sus ideas con rostro impertérrito, mi corazón se fue disparando ante la angustia de poder estar en lo cierto.

«Joder, no hubiera entrado tan risueña, ¿no? Me habría puesto sobre

aviso. En el mensaje habría especificado que tenía malas noticias o algo».

—Begoña, me estás poniendo nerviosa. ¿Ocurre algo malo? —inquirí sin poder contener la incertidumbre por más tiempo.

Elevó la mirada cambiando la expresión de su rostro, mostrando una radiante sonrisa que me desconcertó por completo. Arrugué el ceño, confusa.

—¡Me he prometido! —espetó de pronto a voz en grito.

—¿Qué?, ¿pero y por qué no...?, ¿qué?, ¿en serio? —pregunté aturullada, con los ojos como platos.

—Y voy a irme a vivir a Londres.

—Pero..., ¡para! ¿Cuándo? ¿Cómo ha sido? Si ni siquiera sabía que estabas saliendo con alguien.

Rio a carcajadas sin dejar de observar la cara de atontada que se me debió quedar.

—En serio, pero ¿me estás tomando el pelo?

—Claro que no, nunca te mentiría en un asunto tan importante.

Me abalancé sobre ella sin previo aviso y la abracé con todas mis fuerzas. Percibí una intensa emoción recorriendo cada célula de mi cuerpo, hasta notarla culminar en unas improvisadas lágrimas de alegría.

—¿Estás llorando? —preguntó sonriente cuando ya nos separábamos y pudo verme el semblante.

—No, es que...

—¿No? Yo creo que sí.

—Bueno, ¿me vas a contar cómo ha sido o me lo invento yo para la próxima novela?

—Jajaja... A ver. Deja que me ubique. —Reflexionó unos segundos. Aproveché para secarme los ojos—. Vale. ¿Recuerdas a Timothy Larson?

—¿El chico que contrató tu padre para llevarle las gestiones en Londres?

—Sí.

—¿Ese?

—¡No, qué dices!

—¿No?

—¡Dame tiempo, mujer! —Resollé al tiempo que dejaba los párpados entrecerrados; mi impaciencia y el gesto le volvieron a hacer reír—. Su hermano —dijo al fin.

—¿Su hermano?

—Sí.

—Pero, cómo...

—Hace casi cinco meses mi padre necesitó que lo acompañara a Londres, tenía que hacer un montón de papeleos y como decía que quería ir enseñándome poco a poco, me hizo viajar con él. Ya sabes que la cabeza le funciona muy bien, pero el cuerpo no lo tiene para muchos excesos... El caso es, que era la primera vez que iba. Conocí las oficinas, a algunos clientes, y a Timothy. Comimos con él y con otros señores que participaban como acreedores en el proyecto.

»No me digas cómo, pero al acabar el trabajo, cuando ya nos disponíamos a ir al hotel, a Timothy se le ocurrió invitarnos a una cena familiar, y aceptamos. Terminamos cenando en su casa, junto a sus padres, sus abuelos y su hermano Owen. Allí fue cuando lo conocí.

»Al día siguiente, mi padre tomó un avión de vuelta a España, pero yo me quedé para hacer turismo. Dos días intensivos en los que ambos hermanos no se separaban de mí ni un instante. Cada uno tenía un interés respecto a mí, claro. A Timothy le atraía el hecho de ser la hija de su jefe, tenerme contenta, entablar amistad para tener una relación cordial y próspera; mientras que Owen, al margen de los negocios, su interés era íntegramente carnal, por decirlo de alguna manera —rio negando con la cabeza.

»Al fin, el domingo nos quedamos Owen y yo a solas, y, después de cenar algo ligero, me acompañó al aeropuerto.

»Es increíble la conexión que tuvimos desde el primer día. Es tan bonito...

»El caso es que, como si fuese una película de sobremesa, una de esas cutres de bajo presupuesto, se despidió con un: «No me interpretes mal, pero quiero seguir viéndote cada día de mi vida».

—¡Oh...! —exclamé, llevándome las manos a la cara.

—Bueno, fue algo así —rectificó pensativa.

—¡Joder! Me acabas de fastidiar el momento —repliqué entre carcajadas.

—No seas tonta. Ya sabes que a pesar de la pasta que se gastó mi padre para que aprendiese el puñetero idioma, siempre me costó mucho hacerme con él.

Negué con la cabeza.

—Pero si siempre se te dio bien.

—No te pases, Jane. Ojalá. Es cierto que durante el instituto me apañé, pero luego, estuve años sin practicarlo y, como es lógico, se me fue olvidando. Así que, cuando llegué a Londres iba más perdida que un mono en una biblioteca.

—Qué cruz...

—¡Bueno, calla, que viene lo mejor! —Contuve la risa y esperé a que prosiguiera—. Me cogió con una mano de la barbilla y se aproximó muy lentamente hasta apoyar sus labios en mi mejilla. Olía tan bien... —Suspiró—. Sin apartar la cara, juntó su frente con la mía, me miró a los ojos y me besó.

Ambas teníamos una sonrisa de oreja a oreja. Begoña se mordió el labio inferior ante sus recuerdos; sus ojos lucían con un brillo especial. Yo, en cambio, lo «viví» cambiando a los protagonistas, imaginando que era Abraham el que me cogía con esa delicadeza y me besaba con pasión.

—No sabes qué beso... —Prosiguió su narración sacándome de mis fantasías. Mantenía la mirada perdida. Resultaba palpable que todo su ser

estaba reviviendo aquel instante inolvidable—. Era como si poseyera un detallado conocimiento acerca de mis gustos. Fue perfecto, tanto, que parecíamos habernos convertido en unos quinceañeros inconscientes que no tienen reparos en comerse la boca en cualquier lugar, sin importar quién mire o quién no. Perdimos la noción del tiempo; por casi también el vuelo — confesó ruborizándose.

—Me alegro mucho por ti.

—Gracias.

—¿Y luego?

—Desde aquella noche, hemos mantenido una relación a distancia. Hablábamos al menos tres veces al día, y siempre que podíamos viajábamos el fin de semana uno a la ciudad del otro para pasarlo juntos.

—No me extraña, yo tampoco podría aguantar lejos de mi amor. Aunque a la vez, tiene que ser una paliza ¿no?

—Sí, pero nos hemos ido turnando, y como dices: cuando hay amor...

—Sí, te entiendo.

—Este fin de semana estuvimos hablando muy seriamente de nuestro futuro juntos; ya nos lo habíamos insinuado en alguna ocasión, pero, creo que nos daba miedo plantear lo que ambos deseábamos. No sé si por pensar que tal vez al otro le pareciese pronto, o por el miedo a que a nuestros padres pudiesen pensar que hacíamos una locura y terminasen malmetiendo. ¿Pero sabes qué? —planteó de forma retórica—. Los dos queríamos lo mismo y después de hablarlo nos dimos cuenta de que nadie se podría inmiscuir ni quitarnos la idea de la mente.

—¿Y acordasteis casaros?

—Me lo pidió. Fue totalmente improvisado. Al parecer, Owen ya había pensado varias veces en lanzarse y pedírmelo; pero, quizá no tan pronto, no de esa forma; menos en ese escenario. Es decir, cuando lo hizo, no tenía nada preparado. Y de pronto, improvisando, sin anillo, en mitad de un parque, sentados a la sombra de un árbol, se puso a rebuscar en *YouTube* y, adivina.

Empezaron a sonar unas campanitas; había puesto la canción *Marry you*, de Bruno Mars. —Sus labios dibujaron su felicidad, una sonrisa de oreja a oreja como pocas veces le había visto. Percibí cierto rubor en su gesto—. Una vez ambientada la escena con banda sonora, me tomó de la mano, se puso ante mí de rodillas y planteó lo inevitable, eso sí, en castellano: «Begoña, ¿te casas conmigo?».

—¡Dios, qué bonito! —exclamé al tiempo que me abalanzaba de nuevo sobre ella para abrazarla—. ¿Y cuándo y dónde es la boda? ¿Y dónde vais a vivir entonces?, ¿en Londres?

—Sí, será todo allí. Eso sí, vendremos por aquí muy a menudo.

«*Qué curioso, y justo el otro día pensaba en que yo no iría a vivir allí ni loca. Lo que es la vida...*».

—Oh, bueno... No te olvides de visitarme, ¿eh?

—Por supuesto que no. Ya te digo, aunque me mude a otra ciudad, el trabajo también me requiere aquí; aunque está claro que buena parte de él lo gestionaré desde la capital de Reino Unido.

—¿Le vas a quitar el puesto a Timothy?

—Eh..., no. En principio tendremos trabajo de sobra para ambos. Además, pobrecillo, qué mal rollo sería despedirlo nada más casarme con su hermano, ¿no? ¿Te lo imaginas? Ufff, me haría la cruz para siempre. Así que no, aunque no hubiese trabajo suficiente, ya me inventaría yo algo, jajaja... No es plan de empezar con el pie tan torcido.

»Por cierto, te he traído mi cactus.

—¿Tu cactus?

—Sí, tómalo como un regalo. Hay muchas cosas que no voy a poder llevar conmigo, y he pensado que, concretamente eso, además de quedar muy bien en el apartamento, te dará buena suerte. A mí por lo menos me la dio. Además, siempre que te apetezca puedes hablarle, como si te dirigieses a mí.

—Eh..., ¿como si estuviese loca? —Reí.

—No, boba, te lo digo en serio. ¿No has oído decir que las plantas escuchan y tienen sentimientos?

—Pues claro. Pero le estaría hablando a la planta, no a ti. Además, soy de las que piensa que todo ser vivo los tiene.

—Pues entonces no estarías loca.

—Qué bien se te da convencerme...

—Bueno, escritora, pues me tengo que ir.

—¿Ya? Pero si acabas de llegar.

—Sí, lo sé, pero tengo muchísimas cosas que preparar.

—No me has dicho cuándo te vas.

—Mañana.

—¿Mañana? ¿Tan pronto?

—Sí, cogeré un avión a primera hora y estaré allí al menos un par de semanas. Luego, por supuesto, volveré para ir cerrando asuntos por aquí.

Se levantó y se estiró la falda con énfasis.

—Ven, voy a enseñarte a tu nuevo compañero de piso.

—Ah, el cactus... Por un momento pensé que me habías traído a alguien.

—Estás fatal, Jane.

—Sí, y lo sabes.

Rio como una niña pequeña y se dirigió a la entrada. Es curioso, habíamos pasado por delante para ir al comedor y ni siquiera me percaté de que hubiese dejado allí planta alguna.

—Mierda, me había olvidado de que dejé la cafetera puesta —recordé gracias al aroma que comenzaba a extenderse por el piso.

—Eh... —Puso tal cara de agobio que hasta yo lo sentí.

—Bueno, déjalo, si tienes prisa no pasa nada.

—¿No te enfadas?

—¿Enfadarme por un café? No, mujer.

Dibujó una sonrisa de desahogo, y sin perder tiempo, se agachó para coger el cactus.

—Vale, pues antes de irme te presento a tu nuevo compañero.

»Saluda a Jane —dijo dirigiéndose a él, alzándolo hasta ponérselo frente a la cara—. Este será tu nuevo amigo. Ya verás, os lo pasaréis muy bien juntos.

«¿De verdad? ¿«Nos lo pasaremos muy bien juntos»? Se le ha ido el «panchito»».

La contemple con las cejas ligeramente alzadas, sin saber qué decir. ¿La verdad: resultaba sorprendente que lo tratase como a una personita.

—Creo que la que está fatal eres tú —le confesé sin tapujos. Se echó a reír sin más.

Después de su curiosa «despedida», me lo entregó. Cogí la maceta con sumo cuidado; no quería clavarme ninguno de esos amenazadores pinchos que lo recubrían. Vacilé dónde ponerlo.

—¿Y tu amigo tiene alguna preferencia para su nueva ubicación?

Arrugó el ceño mostrando su desaprobación.

—Tú di lo que quieras, pero sé que con los días le cogerás cariño.

—Seguramente.

—Ponlo cerca de donde trabajes.

—En la mesa del comedor, entonces.

—Perfecto, seguro que le gusta.

—Bien, es una alegría saberlo —mascullé sin que me oyese, andando hacia ella.

—Bueno, debo irme.

—Espera, ya voy —le solicité entretanto dejaba la planta sobre la mesa.

Regresé a su lado.

—Begoña..., ¿el piso...?

—¿Qué le pasa? —No tardó en reaccionar y entender cuál era el motivo de la pregunta—. Te dije que te lo dejaría hasta que tu economía fuese mejor; un año, dos, o los que hagan falta. Por suerte, tengo mucho dinero, y lo sabes. Y como en cierta ocasión te negaste a «aceptarme un préstamo», la única forma en la que te puedo ayudar es así.

—No puedo aceptar tu dinero como tal. Además, usar tu piso me ayuda a no tener tantos gastos y no me hace sentir tan dependiente, aunque lo sea realmente...

Percibí cómo un nuevo brote de pena y autocompasión quería aguar me la fiesta.

—Mírame, Jane. Sé que lo conseguirás. No sabes lo orgullosa que estoy de ti. Te admiro de los pies a la cabeza, tienes una valentía ejemplar. De hecho, ¿por qué te crees que me he atrevido a hacer lo que he hecho? Porque eres un ejemplo.

—Tu padre me va a matar, entonces —bromeé, mostrando una sonrisa apagada.

—Todo lo contrario. Las pocas veces que sales a relucir en nuestras conversaciones, te pone por las nubes. En más de una ocasión me ha dicho que querría contratarte, que necesita a personas responsables y trabajadoras como tú. Pero tranquila, le he dicho que no, que se olvide, salvo que tú lo pidas, claro.

Di un paso y la abracé. «Gracias —susurré en su oído—, jamás olvidaré lo que estás haciendo por mí».

—Lo sé, pero tu talento merece cualquier ayuda que pueda brindarte. Ojalá el mundo lo vea pronto y puedas sentirte plenamente realizada y reconocida.

La emoción volvió a humedecer mis ojos y, en esta ocasión, no puede evitar mojarle la blusa.

—Gracias. Ojalá estés en lo cierto porque ya no puedo aguantar así mucho más tiempo.

—Aguanta, Jane. Y si necesitas más ayuda, la pides.

—No voy a pedir más ayuda, suficiente recibo ya.

Clavó su mirada en la mía.

—¿Entiendes ahora por qué me pareces un ejemplo? Muchos, en tu situación se hubieran rendido, tirado por la vía fácil: buscar un trabajo normal y olvidarse de su sueño. No hagas caso a tus padres. Sigue y lo conseguirás. Además, ahora tienes a Willy que te apoyará cada día.

—¿Willy?

—Mujer, el cactus.

—No sé cómo no he podido imaginar que le habrías puesto nombre.

Me dio un sonoro beso en la mejilla.

—Debo irme, se me echa el tiempo encima.

«No tanto como a mí».

—Seguiremos en contacto a través del WhatsApp.

—Claro que sí.

Agarré el pomo de la puerta y la observé antes de abrirla. Realmente irradiaba una felicidad contagiosa.

—Que tengas buen viaje.

—Muchas gracias.

—Por cierto, ¿qué día es la boda?

—Dieciocho de noviembre.

—Apenas quedan cuatro meses.

—¡Síííí...! —chilló de forma estridente—. ¡Por eso tengo tanta prisa!

—Está bien.

Nos despedimos dándonos un par de besos y un largo abrazo. Una extraña nostalgia se alojó en mi estómago, una sensación que me advertía de que, aunque siguiésemos hablando y viéndonos, se estaba alejando de mi lado; no podría recurrir a ella en caso de necesitar ver a alguien con urgencia. Por suerte, el destino me había obsequiado con un cactus en sustitución de mi amiga; ¿la desventaja?: que al pequeño ser viviente de color verde y con pinchos no podría ni besarle, ni darle abrazos, ni recibir de él contestaciones alentadoras. No obstante, la felicidad de Begoña era pegadiza y, sin reparar desde cuándo, me vi sonriente y satisfecha ante sus planes de futuro.

«En fin, deseo que le vaya muy bien. Se lo merece».

Regresé al comedor después de servirme una taza del café que no pude compartir con ella. Al regresar, vi a Willy sobre la mesa, a unos centímetros del portátil.

—Está bien, vamos a trabajar.



La primera vez

Desperté muy extraña. Triste, con ganas de llorar. El cielo también lucía encapotado. Aquella noche estuvo lloviendo; las aceras y carreteras aún seguían mojadas.

«¿Puede ser que me afecte tanto el clima?».

No lograba encontrar la explicación a ese malestar: apatía, desconsuelo, cansancio...

Abandoné la cama con esfuerzo y pereza, arrastrando el cuerpo hasta la cocina.

«Prepararé un café bien cargado, aunque dudo que eso vaya a cambiar nada».

«¿Estaré así porque se va Begoña?».

Corrí la cortina para contemplar la calle.

«Ya no llueve».

Sin embargo, esa mañana la terraza estaba desierta.

Volví hasta la cafetera.

«No sé por qué, pero hoy promete ser un día de mierda. De esos que han de estar presentes porque si no, te puedes llegar a creer que tu vida es genial».

Eché el café molido en la máquina que lo transformaría en líquido, la

cerré y la puse sobre la vitrocerámica. Mientras se producía la metamorfosis, acudí a mi imprescindible visita matutina al baño.

—Está bien, plan para hoy: escribir, escribir, hacer marketing, una pausita para comer, y seguir escribiendo.

No tardó en hacerse notar el aroma del desayuno. Volví a la cocina y me serví una taza bien cargada a la que añadí una generosa cucharada de miel.

El tintineo de la cucharilla contra las paredes de la taza me acompañó hasta el comedor. Nada más entrar, se me fue la vista a aquel bulto de color verde que reposaba sobre la mesa.

«Oh, olvidé que ahora comparto piso con Willy».

Dejé el café sobre la mesa y encendí el portátil.

—Buenos días —saludé al cactus—.¿Has dormido bien?

»Yo sí, aunque me he levantado un poco desmotivada. No sé por qué.

»Lo único bueno es que dentro de un par de días vuelvo a ver a Abraham. Me hace mucha ilusión.

»Más bien, lo necesito. Tiene la capacidad de cambiarme el ánimo, la energía.

»¡Ah! Pero tengo un problema: estoy empezando a pensar en la posibilidad de que sea gay.

»Sé que tuvo pareja hace unos meses; cortaron antes que yo con Robert, pero..., ¿era hombre o mujer?

»No quiero ni imaginarlo.

»Sin pretenderlo, una se hace ilusiones y... —Resoplé.

»Joder, me daría un algo. Sobre todo, porque me atrae mucho y siento cosas que nunca antes sentí con nadie.

»Sí, sí. Ya lo sé. Estas cosas se las tendría que haber comentado ayer a Begoña y no a ti, pero es que su visita fue tan fugaz que no nos dio tiempo a nada. Así que, lo siento, te ha tocado.

Hice una pausa en mi monólogo, observé la situación, a mí misma, y noté un brote de autocompasión queriendo barrer la poca entereza con la que amanecí. No era la primera vez que me sentía sola, aunque hubiese otras personas cerca, no estaban realmente en mi vida; entraban y salían, como una visita de un pariente lejano. El único que empezaba a figurar de forma notable era Abraham, y existía la posibilidad de que se quedase todo en humo. Obviamente, si me estaba enamorando de él y por su parte era gay o no le interesaba, lo mejor que podría hacer era poner tierra de por medio.

«En serio, aunque estoy muy bien sola y noto que no necesito a nadie, creo que me sentaría bien salir o relacionarme con más gente».

Abrí Twitter en busca de algún mensaje de Abraham. Era la única persona en el mundo con la que deseaba tener ese tipo de relación, del día a día, de a cada segundo, de las de «hasta que la muerte nos separe». Y ahí estaba.

Un triste pensamiento pasó por mi mente: «Ojalá no seas gay».

Su mensaje era de las siete menos diez de la mañana. Al parecer, había madrugado más que yo.

«Buenos días, escritora best seller. Espero que hayas dormido muy bien. Yo apenas he pegado ojo, demasiadas cosas en la cabeza. Por cierto, que sepas que ya tengo ganas de verte».

—En serio, este hombre tiene la capacidad de darme la vida —dije al percibirme con el corazón acelerado y una sonrisa de oreja a oreja. No tardé en contestarle.

«Buenos días, compañero de la escritora best seller. Acabo de levantarme, más o menos a la misma hora de siempre, y sí, he dormido bastante bien porque tengo la suerte de que nada me perturba el sueño; ya podría haber un cataclismo, que seguiría envuelta entre las sábanas y no me enteraría de nada. Lo único que me molestan son los ronquidos, y no tengo a nadie que me ronque, así que...

Y sí, a mí me pasa lo mismo: demasiadas cosas en la cabeza y con ganas de que llegue el jueves.

Voy a ver si empiezo a trabajar, aunque hoy promete ser un día de mierda.

¡Hasta luego!».

Sin poder resistirlo más, tras enviarle el mensaje, miré las ventas de los días anteriores. Habían subido ligeramente, pero aún no eran suficientes como para mantener mi economía fuera de peligro. Además, se seguía repitiendo la irregularidad —sabía que eso me acompañaría siempre—, tan pronto un día vendía una decena como que al siguiente cerraba con cinco.

Di un sorbo al café.

—Está bien, a trabajar.



A las once de la mañana sonó el telefonillo.

—Será el cartero —susurré mirando hacia el aparato a lo X-Men, como si por mirarlo fuese a averiguar quién lo había pulsado—. Que le abra algún vecino, yo ahora no me levanto —sentencié en plan perezoso.

Volví la vista a la pantalla y de nuevo sonó.

—Joder, ¿me va a tocar levantarme?

Piiii... Volvió a sonar.

—Joder, se le ha debido quedar el dedo pegado.

Empujé la silla con el cuerpo y caminé hacia el cacharro que, antes de

descolgarlo volvió a emitir un estridente pitido.

—¿Sí? —pregunté de forma seca y tajante.

—Soy yo.

Vacilé por unos instantes.

—¿Quién?

—Abraham.

—¿Pero tú qué haces aquí?

—¡Sorpresa! —exclamó efusivo—. ¿Me abres?

—Eh..., claro.

«Me cagüen..., ¿pero este qué hace aquí?».

Apreté el botón para que se abriese la puerta del portal. El estómago pareció cobrar latido. Acelerada, descendí la vista para observar mi indumentaria.

—¡Joder, qué pintas!

Corrí hacia la habitación, pensando por el camino qué ponerme.

«¿Vestido, falda, pantalón...?».

«¿Qué narices me pongo?».

«Esto mismo».

Cogí una camiseta algo más decente que la que llevaba puesta y me la cambié, eso sí, esta vez con sujetador incluido para evitar... Para la parte de abajo, vestí un short muy cómodo de algodón. Eché un vistazo al resultado final: «Bueno, ahora estás pasable».

Un par de golpes secos en la puerta me avisaron de que se encontraba ante al umbral.

Resoplé un par de veces por el pasillo.

Abrí la puerta.

—¡Sorpresa!

—Y tanto... —respondí sonriendo, percatándome de que mi semblante se mostraba tenso; traté de disimularlo.

Resultaba contradictorio: los nervios se debían a la emoción por su inesperada visita, pero a la vez, al miedo de que él y nuestra relación desapareciesen de golpe. En el fondo, era consciente de que mi mayor temor era el de no gustarle como yo deseaba. Pese a todo, ese cosquilleo en la tripa e inquietud eran de esos que percibes como buenos, bonitos, de los que a la vez de darte felicidad te empujan a moverte precavida —aunque de cara a los demás puedas, al menos en mi caso, resultar algo torpe e indecisa—. De cualquier modo, aquello suponía la evidencia definitiva de su capacidad para perturbarme: su físico me gustaba, su forma de ser también, y, además, despertaba mi libido. Creo que esto último era lo que rompía mi quietud y me ponía más tiesa que un legionario—.

—¿Y a qué se debe...?

—He venido a hacerte una visita —contestó antes de dejarme terminar la pregunta—, y a invitarte a un café, si quieres. Podemos bajar a la terraza que tienes ahí enfrente.

—Eh..., bueno.

—Jajaja..., te he pillado fuera de juego, ¿eh?

—Sí, un poco, la verdad. —Lo miré a los ojos y no pude evitar mordirme el labio inferior. Él me contempló un instante, su expresión...—. Pasa, anda, voy a cambiarme.

—Vale.

Entró y permaneció estático en el hall, observando la decoración con disimulo.

—Ven. —Le dirigí hasta el comedor—. Siéntate si quieres.

—¿Estabas con la novela?

—Sí.

—¿Y qué tal la llevas?

—Bastante bien. Creo que llegaré a tiempo para el concurso, sin prisas, me refiero.

—Perfecto.

—¿Y tú, no estabas de trabajo hasta la cejas? Se me hace raro que hayas venido, y más sin avisar.

—Sí, pero he pensado que una pausa no me vendría mal, y sabiendo que no soy el único que pasa todo el día trabajando... Además, no me concentraba como es debido.

—Sí, yo también ando un poco distraída, pero por suerte voy avanzando.

Y era cierto, por su culpa estaba más despistada que de costumbre. Llevaba incluso dos días seguidos soñando con él; nada del otro mundo, pero hasta mi subconsciente lo tenía presente.

—¿Y a qué se debe? ¿No estarás enamorada?

Emití un gemidito de «¿eíng?» al tiempo que se me ponía cara de póker con los ojos muy abiertos.

Clavó su mirada en la mía; noté cómo examinaba mi rostro:

—¿He acertado?

No sabía por dónde salir, qué contestar, así que opté por la tangente.

—¿Me cambio entonces?

Esta vez fue él quien puso cara de pocos amigos, no se lo esperaba.

—¿No me vas a contestar?

—No. ¿Me cambio?

—Está bien, te espero.

—Okey, ahora vuelvo.

Di media vuelta y anduve a paso firme y ligero hasta el dormitorio.

«*La madre que lo parió* —farfullé en un hilo de voz, con los dientes apretados».

Abrí el armario y examiné qué ponerme. Esta vez decidí rápido: un short vaquero y una blusa de tirantes, suelta, color negro y con un ligero escote; en definitiva, un conjunto muy favorecedor.

«No sé si llego a entenderlo, ¿a qué vienen esas preguntas? ¿Significa que siente interés por saber si me gusta alguien, o lo pregunta solo a modo de curiosidad, en plan «interés de amigo que quiere que su amiga sea feliz»?».

«También podría ser que le guste, ¿no?».

«Pero si es eso, ¿por qué no lo dice claramente? ¿Acaso me quiere volver loca?».

«Joder, pues lo va a conseguir».

El corazón me latía acelerado. La culebrilla del estómago jugaba a moverse más fuerte que antes de abrirle la puerta.

Mientras dejaba divagar a mi mente de especulación en especulación, desfogaba la tensión quitándome y poniéndome la ropa de forma brusca y a tirones.

«Ya, ¿y qué hago, le digo que sí, que me gusta alguien? Me preguntaría quién, y llegados a ese punto no le quiero mentir diciéndole que es otro».

«¿Y si resulta que solo me está vacilando? ¿Y si solo es eso: interés por saber si me gusta alguien, por aquello de que le preocupa mi felicidad?».

«Vaya mierda».

Pasé del dormitorio al cuarto de baño. Comencé a cepillarme el cabello con ímpetu.

«¿Y si le digo que me pone como una moto y resulta ser gay?».

«¡Joder, no creo que sea gay, ¿qué manía me ha dado ahora con pensar que pueda serlo?!».

Unté las yemas de mis dedos con la crema hidratante y procedí a embadurnarme la cara. Luego le tocó el turno a la raya de los ojos, al rímel y a una ligera capa de brillo en los labios.

«*Vale, ya estoy* —suspiré, contemplando el resultado en el espejo».

«*En fin, ya se le habrá olvidado el tema; no creo que lo vuelva a sacar a relucir*».

«*¡Ya!, ¿y si lo hace?* —pregunté mentalmente al reflejo que arrojaba aquella superficie lisa y brillante».

«*Pues si me pregunta le respondo y a tomar por culo con la tontería*».

«*En serio, estoy muy desentrenada* —lamenté».

Apagué la luz del aseo y fui en su busca.

—Ya podemos irnos —anuncié al tiempo que traspasaba el umbral del comedor.

—Estás muy guapa. Como siempre, vamos.

—Gracias.

—¿Estás más tranquila?

«*¿Este tío es gilipollas o qué le pasa? ¿Ahora va de sobrado?*».

—¿Cómo que si estoy más tranquila?

—Sí, al parecer te he hecho pasar un mal rato.

—Ya, bueno... —dije notando cómo se apaciguaba mi arranque de mala leche—. No pasa nada.

—¿Sabes? Me gustas. —Mi mente gritó: «¡oleee...!»—. —Me atraes muchísimo; vamos, que me tienes loco perdido. —Enmudecida, fui consciente de cómo se me entreabría la boca. Dio un paso en mi dirección. Yo permanecí estática, sin saber qué decir, aunque eso no fue problema porque él seguía hablando—. Desde hace días no me concentro; semanas, más bien. Por eso te pregunté si te apetecía quedar. Ese día fue mi fin. Desde entonces voy a peor. Eres una obsesión. Mírame, no he podido aguantar un día más para verte.

Hizo una breve pausa para contemplar mi rostro, analizar mi reacción; espacio que dio pie a poderme observar a mí misma: dibujaba una sonrisa

contenida, como si tratase de no evidenciar de forma abierta y descontrolada el estallido de emociones que barrían mi interior. Parecía un sueño, uno precioso donde al fin las cosas iban como yo deseaba. Al parecer, no estaba emitiendo una mierda de energía al Universo, lo estaba haciendo mejor de lo que pensaba, por eso se fue de mi realidad Robert; por lo mismo, Abraham había entrado.

Di un par de pasos hasta tenerlo muy cerca. Su perfume pasó a formar parte de mi espacio vital. Lo sonreí de medio lado notando cómo mi expresión se tornaba a una más explícita: «tú a mí también me vuelves loca». Volví a morderme el labio inferior sin perder la sonrisa; él acechó el movimiento. Luego, pasó de contemplar mis labios a examinar mis ojos. Inhalé despacio, como un suspiro creado a base de satisfacción e impaciencia. Deseaba besarlo, pero aguardé unos instantes más.

—¿No vas a decir nada? —susurró intuyendo la respuesta. Su voz sonó sensual; su respiración aceleró el ritmo cardíaco de ambos.

—Me vas a volver loca...

—¿Aún no lo he hecho?

Nuestras palabras emanaban juguetonas, en un tono suave, descarado.

Alcé una ceja y observe su boca. Si no me besaba lo haría yo. Tan solo, consciente e inconscientemente, decidí alargar ese momento que, de seguro, recordaría toda la vida.

—¿Tú qué crees?

No hubo más conversación. Mantuvimos nuestras miradas clavadas, la del uno en la del otro, y se aproximó a mí hasta terminar conquistando mis labios. Por un instante tuve miedo de no recibir el beso que tanto soñaba. Sin embargo, era perfecto. Fue perfecto. Rodeó con firmeza mi cuerpo con un brazo, por la cintura, atrayéndome ligeramente hacia él mientras que la otra mano surcó mi mejilla hasta dejar reposados sus dedos sobre mi nuca y mandíbula.

El aire comenzó a entrar y salir indistintamente de nuestros pulmones,

convirtiendo en una sola nuestra respiración. Su lengua penetró en mi boca, la mía fue a su encuentro para entablar esa nueva comunicación carnal. Lo saboreé. El vello se me erizó desde el sacro hasta la coronilla, y en ese instante, no pude evitar que se me escapase un sutil pero delatador gemido de placer.

Nos mirábamos, parecíamos querer identificar cada uno de nuestros músculos interactuando en ese baile, grabar en nuestras retinas cada movimiento, cada expresión, cada sensación.

Nuestras bocas jugaron haciéndonos olvidar la hora y el lugar.

Apoyó su frente en la mía al tiempo que recorría con sus manos mis brazos. Parecía pedir permiso para dar un paso más, y lo obtuvo con la misma sutileza con la que planteó su pregunta. Llevé mis manos a su cintura, buscando la parte baja de su camiseta y la subí hasta que él mismo terminó de quitársela. A continuación, procedí del mismo modo con mi blusa: tiré de ella hasta quedarme en sujetador. Se acercó y volvió a besarme, acercándose a su pecho, haciendo que nuestras pieles se rozasen por primera vez. Su mano se deslizó por mi espalda en busca del cierre que impedía un contacto integral entre nuestras dermis. Y lo encontró. A partir de ese momento permitimos a nuestra anatomía enredarse en busca del gozo y el placer que tanto deseábamos. Me condujo hasta el sofá donde al fin accedió a mí con la delicadeza de un suspiro, con el instinto de una bestia.

Jamás pensé que ese que empezó siendo un compañero de profesión, un amigo y luego un confidente, terminase siendo la persona que más alterase mi existencia, quien me hiciese sentir la mujer más dichosa del mundo.

—Y yo que temí que fueses gay —le espeté cuando ya nos vestíamos.

—¿Gay? Pero... —Rompí a reír de forma estrepitosa—. Pero... ¿se puede saber qué te ha hecho pensar que pudiese ser gay?

—Ay, no lo sé.

Me miró con los ojos achinados mientras yo seguía riendo.

—Bueno —susurró a mi oído con voz sensual y desafiante entretanto me abrazaba por la espalda sujetándome por las muñecas—, ¿y ahora lo sigues pensando?

—Bueno, ahora un poco menos —respondí para picarle.

Me apretó contra él con firmeza.

—Cuando quieras te sigo convenciendo.

Giré como pude y lo besé con pasión.

—Antes me debes un café.

Río.

—Eso está hecho.

Nos terminamos de vestir. Abraham se aproximó a la mesa. Estoy segura de que hubiese cotilleado lo que estaba escribiendo de haber encontrado el ordenador encendido; de no tocarlo durante tanto tiempo había entrado en modo suspensión y tan solo halló una pantalla negra.

—Bonito cactus.

—Se llama Willy. Lo trajo ayer mi amiga Begoña, es un regalo.

—¿La que te está dejando el apartamento?

—La misma. Se va a vivir a Londres. Ha encontrado el amor.

—¿Y qué tal te ha sentado la noticia?

—Me alegro mucho por ella.

—La echarás de menos...

—Sí, claro, aunque no te creas que me dará tiempo. Por suerte, tendrá que venir cada dos por tres a España por asuntos de trabajo. Es, digamos, la secretaria de su padre.

—¡Oh! Ha sido siempre una niña con la vida resuelta, ¿no?

—Jajaja..., sí, dejémoslo en que nunca ha padecido por dinero, ni creo

que lo haga. No es una persona predestinada a sufrir por ello. Y como ves, es una mujer muy generosa. De las pocas que obran de verdad de forma altruista, siendo fiel al completo significado de la palabra. No espera nada a cambio, ni elogios, ni palmaditas en la espalda, ni lo hace con intención de «ganar puntos», ni presume de ello.

»Por eso, el próximo libro se lo dedicaré a ella. Me apetece agradecersele y creo que es la mejor forma de hacerlo.

—Es una idea muy bonita.

—Sí, además, como estoy escribiendo una novela romántica, el género que más le gusta, y ahora está enamorada e ilusionada, le hará el doble de ilusión.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Estás enamorada e ilusionada?

—Te gusta ponerme en tensión, ¿no?

—Más bien, saber lo que pasa por esa cabecita tuya.

—¿Ah, sí? Pues no te voy a contestar.

—Vaya, ya empezamos. —Di varios pasos hasta él con una marcada sonrisa de satisfacción en mi rostro. En realidad, llevaba días enamorada de él, desde el día que me sugirió quedar para ir a tomar café, quizá antes sin darme cuenta—. ¿Sabes? No hace falta que digas nada, te lo noto en la cara. Tu expresión ha cambiado en los últimos días y creo que se debe a lo que sientes por mí. Además, debo recordarte lo que ya te he dicho antes: me tienes loco, estoy enamorado de ti, por muy cursi que te pueda sonar al escucharlo de mis labios; a estas alturas las vergüenzas me las paso por el forro...

—No lo estropees —Reí.

—Jajaja..., está bien. Como iba diciendo: has hecho que mi vida, por primera vez en mis treinta y ocho años, tenga sentido. Me da igual que creas

que es muy pronto para notarlo...

—Sí, te entiendo. Hay cosas que no se pueden explicar, las intuyes o las percibes en alguna parte de tu ser y no hay discusión posible; es así y punto.

Me observó, dibujando una sutil sonrisa. Sus ojos parecían demandar una confesión de mi boca, saber lo que mi corazón atesoraba, y no vi motivo para negárselo por más tiempo. Creo que a veces callamos sentimientos por miedo a equivocarnos, a ser motivo de burla o a mostrarnos vulnerables; sin embargo, con el tiempo me he dado cuenta de que el verdadero valor es el que se demuestra cuando te manifiestas tal y como eres, cuando compartes tus pensamientos sin temor a que sean cuestionados ni rechazados, cuando no te importa mostrar tus puntos débiles. Y sí, en ese momento me di cuenta de que él se había transformado en mi talón de Aquiles. Desde hacía meses estaba en mi vida: fue mi sustento, mi apoyo, mi inspiración, mi motor para seguir adelante.

—¿Sabes? Quiero que estés siempre en mi vida, que formes parte de ella, cada vez más.

—Yo también.

Me abrazó como si fuese su mayor tesoro, consiguiendo transportarme a una sensación de protección y paz hasta entonces desconocida.

Y es que en efecto, aquella relación era distinta a cualquiera que hubiera podido tener. Lo encontré del modo y en el momento menos imaginado. Mi deseo y atracción hacia él era por todo en su conjunto: cómo pensaba, su carácter, jovialidad, su físico..., entendía mi forma de pensar y actuar, compartía los mismos gustos y metas que yo.

—Vamos, te invito a un café —propuso, separando nuestros cuerpos.

Al final, mi confesión se quedó a medias.



Escasos minutos después, nos encontrábamos sentados en la terraza que tantas veces observé por la ventana. Tenía la sensación de que todo empezaba a ser perfecto. Incluso, aquel detalle, el de disfrutar un café en la terraza que tantas veces contemplé desde la ventana, eso que para muchos podría ser una tontería, reforzaba esa pequeña chispa en mi interior que me hacía creer que todo iba a ir bien, que ya lo estaba yendo aunque tuviese que aguantar el último empujón un poco apurada. Mis problemas económicos acabarían no tardando mucho. Quizá, el concurso del que iba a tomar parte suponía la respuesta a mis «plegarias» o, tal vez, algún otro libro de los que ya tenía en el mercado rompiese su trayectoria y comenzase a despuntar no solo entre los de su género, sino en el top cien general de ventas. No obstante, el cómo me daba igual y, el cuándo, comenzaba a importar menos; la confianza estaba cobrando esa fuerza oculta e inusitada que el Universo utiliza para materializar eso que aún no puedes ver pero que intuyes está ahí.

Traté de centrar mi atención en esa energía que abrazaba dicho momento, disfrutar el café, cada sorbo; crear en mi organismo una especie de vínculo con el instante presente para, cada vez que volviese a dar un trago de café o inhalase su aroma, volviese a sentirme dichosa, prospera, y reforzar de ese modo mi autoconvicción. En definitiva: seguir atrayendo a mi realidad aquello que aportarían una felicidad completa y asentada.

Alargamos el café cuanto pudimos, pero a ambos nos reclamaba el trabajo.

Lo acompañé hasta el coche.

—Mañana te veo, ¿no? —pregunté ilusionada.

—Sí, vengo a buscarte a eso de las once.

—Perfecto.

—¿Alguna preferencia?

—¿Playa?

—Estupendo. Pero esta vez cocino yo.

—¿Ah, sí?

—Sí, he pensado que después de la playa podríamos comer en mi casa.

—Oh, qué sorpresa..., si hasta cocinas —analicé en voz alta, sin concederle tiempo a réplica—. Sí, suena bien.

—Jajaja..., genial. Pues mañana te recojo.

Le sonreí y me acerqué para darle un beso. De nuevo, el contacto de sus labios con los míos le produjo un efecto electrizante al vello de mi cuerpo y terminé resoplando como un Miura.

—Hasta mañana.

—Hasta luego —me dedicó un guiño—. Cuando llegue a casa te escribo.

Asentí. Esperé a que se fuera y luego subí al piso. Nada más entrar fui directa al comedor.

—Hola, Willy. Ya estoy aquí.

Moví el ratón y la pantalla recobró la luminosidad.

—A ver, por dónde iba...



Mierda de ventas...

Amanecí con la mayor ilusión del mundo. La vida parecía brindarme un respiro, un motivo para mantener la felicidad y la esperanza. Aparte de que la intuición me alentaba a creer que mi economía se recuperaría y marcharía bien, el amor había entrado en mi realidad por la puerta grande.

Observé la claridad que se filtraba por la ventana, luego, miré la hora en el móvil: cómo no, la de siempre.

Salté de la cama como si aquella noche me hubiesen instalado un resorte en el culo y me dedicué un bailecillo estrafalario antes de dirigirme al baño, a lo *baby dance* de la serie *Ally McBeal*. Nadie me veía, así que...

Estaba acelerada y feliz, todo auguraba que ese sería un gran día.

Y..., todo estupendo, hasta que me senté frente al ordenador. Sí, el respiro y buen rollo duró poco. Nada más estar frente a la pantalla tuve la curiosidad de ver cómo fueron las ventas del día anterior. No podía estar huyendo de ello día tras día: debía enfrentarme al resultado fuera cual fuese.

«¿Uno?».

La sonrisa que me acompañó desde que di por comenzada la jornada se desvaneció como el vapor de un baño cuando abres la puerta.

«No puede ser».

Comprobé el día. En efecto, lo había mirado bien.

—Pero si estamos en uno de los meses que más se vende..., ¿cómo puede

ser que no estén subiendo apenas las ventas? —reflexioné haciendo cuentas mentales de la media de libros que llevaba vendidos a lo largo de todo el mes.

Negué con la cabeza observando el cactus, desorientada, como alguien que acaba de recibir una terrible noticia.

No sabía si encajarlo como una bofetada para espabilarme, como una señal para que lo dejase de una vez por todas, o como una prueba más que superar.

Pero ya estaba cansada de tanta prueba, de tantos obstáculos; agotada de veras. Cada vez que reunía energía y algo de motivación, un nuevo revés hacía plantearme qué hacer con mi vida, con mi futuro profesional.

No quise escribir a Abraham para preguntarle por sus ventas, tampoco a Mateo, sin embargo, de forma automática miré el ranking de ventas de los más vendidos. Para mi sorpresa, una de las personas a la que más repulsión tenía, se había colado entre los cincuenta primeros.

«No me lo puedo creer. ¿Y esa guarra qué hace ahí?».

«No, si ya lo decía mi abuela: «Por lo general, las personas asquerosas y repulsivas suelen tener más suerte que el resto»».

«En serio..., qué asco; qué injusto».

«No tendría que haberlo mirado».

Aquella mujer era puro veneno. La conocí tiempo atrás, a la vez que a Abraham y a Mateo y, bueno, la historia es muy larga, pero, todo se resume a que durante un tiempo fui su blanco a batir. Trató de acercarse, hacerse mi amiga, cuando de pronto me enteré de que no hacía más que chismorrear y difamarme de forma retorcida y sin motivo. Su grado de manipulación era tal, que dejaba como a una aficionada a la protagonista perturbada de *La mano que mece la cuna*; eso sí, en versión cutre-fea-obesa —y qué a gusto se queda uno cuando habla con propiedad—.

En fin, con el tiempo me enteré del motivo: la envidia; y de que no solo me pasó a mí, sino a un gran número de compañeros. Al parecer, aquí la colega posee el «don» de saber corromper a las personas fáciles de

manipular, esas que escuchan sin cuestionar lo que cualquier chalada a la que conocen desde hace dos días les pueda contar.

En cuanto me enteré, corté radicalmente la relación con ella. Obvio.

El caso es que cuando vi dónde estaba posicionada la mala pécora, me descubrí con la boca entreabierta, alterada, sin poder impedir que la desolación cobrase mayor poder.

Llegué a sentir lástima de mí misma. Había cosas tan injustas...

Además, estaba tan cerca de conseguirlo..., y a la vez, parecía avanzar tan despacio...

«No te compares con esa bruja, Jane».

«Si está ahí, que lo disfrute. Ya llegará tu momento».

«Céntrate en lo que has conseguido. Muchos quisieran estar en tu lugar; eso seguro. La mayoría no venden ni una cuarta parte de lo que tú vendes al mes».

Trataba de convencerme, sin embargo, la ponzoña ya había entrado en mi organismo y comenzaba a mostrar los primeros síntomas: impotencia, abatimiento, ganas de llorar, pensamientos de...

«Quizá deba olvidarme de ser best seller, de pensar siquiera en tener un salario «decente» proveniente en exclusiva de mis novelas, incluso olvidarme de ingresar lo justo como para no agotar los quinientos y pico euros que me quedan en el banco, aunque mantuviese una vida austera. Sí, tal vez deba olvidarme de todo. Es muy probable que haya llegado el momento de buscar alternativas, otras fuentes de ingresos».

El dolor emocional no pedía permiso para manifestarse: noté un nudo en mi garganta, otro en mi estómago; el primero, por tratar de frenar las ganas de llorar; el segundo, por el creciente sentimiento de fracaso y abatimiento.

«¿Cuánto tiempo llevo así?»

«No es algo nuevo».

«Llevo meses con la sensación de que llega mi momento, de que estoy muy cerca, viendo cómo, realmente, mi trayectoria va en auge. Y, por el contrario, no llega a eclosionar el resultado que intuyo está por venir».

«Y ya no puedo más —sollocé con las mandíbulas tensas».

«No puedo más».

Me levanté y caminé hacia el dormitorio. La última mirada la dirigí al cactus; no pude evitar lanzar un nuevo deseo al Universo:

«Ojalá sea cierto y me traigas suerte. La necesito, mucho y con urgencia».

Vencida por la frustración, la primera lágrima descendió por mi cara hasta la barbilla, hasta terminar dejando su huella en la camiseta.

«Estoy harta; muy harta. No puedo seguir así por más tiempo. A este ritmo voy a terminar enferma, con depresión».

Me tiré en la cama boca abajo, apoyando la frente sobre mis manos entrelazadas. Comencé a respirar profundo, despacio, intentando calmar los nervios, la desilusión.

Traté de dejar la mente en blanco, buscar ese fotón de luz que rompe la oscuridad, asirme a él con fuerza y tratar de salir a flote aunque mis pensamientos aún quisieran arrastrarme a las profundidades de un pozo sin fondo.

«Eres un ejemplo, Jane —resonaron vívidas las palabras de Begoña de un par de días atrás, su sonrisa, la chispa en sus ojos cuando me regaló el cactus...».

«Nunca debes rendirte, no sabes a quién puedes estar sirviendo de ejemplo».

Sonreí con tristeza, con el rostro aún escondido entre las sábanas.

«Faltan unos días para que acabe el mes. Aún pueden incrementar las ventas. Si siguen así, sin contar por supuesto los dos pinchazos de las últimas jornadas, quizá este mes solo tenga que sacar cien o doscientos euros de la

cuenta bancaria. Y, mirando el lado positivo, dentro de poco tendré otra novela a la venta. Sí, creo que lo más sensato es que me olvide de los concursos por ahora.

«Aunque sé que no tengo por qué obtener siempre el mismo resultado, la experiencia del último no fue muy positiva, y...».

«Habrá que esperar».

Resoplé con tristeza. Uno de mis sueños siempre fue ganar un premio literario, sin embargo, para eso debía tener una cierta tranquilidad económica. No podía posponer el estreno de una novela —que por muy mal que fuese, algún ingreso extra aportaría—, por tratar de ganar un concurso del que tenía serias dudas de poder ganar —no por la calidad ni el argumento de mi obra, sino por los rumores que siempre escuché entorno a ellos: «Todos están amañados», «Olvídate de ganar si no conoces a alguien»—. Por desgracia, no tenía tiempo ni soporte financiero para comprobarlo.

Giré sobre un costado para ponerme boca arriba. La siguiente lágrima rodó por mi sien hasta verse absorbida por el pelo. Suspiré y cerré los ojos.

«Esta vez no me apetece escribir —reflexioné evocando mis anteriores encuentros conmigo misma a través del bolígrafo y el papel».

Permanecí en esa posición reflexionando, barajando más posibilidades, dejando que la intuición diese también su punto de vista.

«Al menos algo va bien —pensé, recordando la visita sorpresa de Abraham, sus besos, sus caricias... Sonreí al tiempo que noté la nariz taponada fastidiándome el instante—. Será mejor que me siente. —La congestión aminoró de forma ligera».

De pronto, me di cuenta de que la energía y vitalidad con la que amanecí había desaparecido casi por completo. Como si en cuestión de segundos me hubiese alcanzado la noche, me encontré cansada, abstraída.

«Ya que no tengo intención de escribir, tendré que hacer algo para tratar de recuperar el ánimo, ¿no?».

Lucubré unos instantes.

«Ya sé: voy a meditar».

Recordé las clases de yoga que recibimos Begoña y yo unos años atrás, la parte final en la que el monitor nos inducía en una relajación reparadora.

«Vale, pero lo haré sentada, al más puro estilo monje budista —evoqué la posición de las figuritas de los Budas de las tiendas de los chinos—, no quiero dormirme».

Caminé hasta un cajón del armario. De allí cogí una vela. La encendí; quería ambientar la actividad. La dejé sobre la mesilla y esta comenzó a titilar.

«Qué bonito».

A continuación, acomodé mi linda posadera sobre el colchón, con la espalda bastante próxima a la cabecera de la cama por si me cansaba de permanecer erguida y sin respaldo durante mucho tiempo. Por último, crucé las piernas en modo flor de loto y situé las manos en el regazo, recordando una vez más las recurrentes figuritas del chino.

—Okey. Ahora, a meditar.

Cerré los ojos con la mejor intención del mundo.

«Bueno, ahora, a dejar la mente en blanco».

«Eso, nada de pensar».

«Me centraré en la respiración».

«Vale».

«Inhalo...».

«Exhalo...».

«Inhalo...».

«Retengo el aire...».

«Exhalo...».

«Bien, vamos bien. Una vez más...».

«Inhalo...».

«Exhalo...».

«Nada de pensar».

«Claro, el truco es dejar la mente en blanco».

«¿Quieres dejar de pensar?».

«Creo que si dejase de pensar estaría muerta, ¿no? ¿De verdad hay alguien capaz de no pensar durante una sesión de meditación?».

«Sí, supongo que los budistas lo conseguirán».

«Oh..., sí, quizá las monjas también; con eso de que rezan mucho... Supongo que habrá momentos en los que en vez de rezar estén en plan meditación o algo así, ¿no?».

«Joder, tiene que ser un aburrimiento ser monja».

«Pufff, pues ser cura...».

«Claro, así acaban la mitad de ellos, perturbados por completo y abusando de niños».

«Joder, qué sociedad tenemos...».

«En fin, venga, respira y olvídate de los curas».

«Otra vez, empezamos: inhalo...».

«Exhalo...».

«Inhalo...».

«Más despacio».

«Exhalo...».

«Vamos bien, vamos bien... Inhalo...».

«Joder, ¿y los monjes se están así todo el día? Puto coñazo».

«¡Venga, mujer, concéntrate!».

«Respira despacito...».

«¡Anda, como la canción del Fonsi! ‘Des-pa-ci-to... Quiero respirar tu cuello despacito, na na na na cosas al oído... Des-pa...’».

«¡Ya, para! ¡Joder, tía, céntrate! ¡Respira! ¡Mente en blanco, mente en blanco!».

«¡Tú puedes, venga!».

«Quizá, si llevo la atención a observar cómo se hinchan y deshinchan mis pulmones...».

«Vale, probemos».

Inhalé de forma pausada, escuchando con detenimiento el sonido generado al introducir el aire por mis fosas nasales. Parecía funcionar. Exhalé al mismo ritmo, recreándolo cuanto pude, hasta que mi mente evocó la imagen del ranking de los más vendidos.

«¡Qué gentuza! No entiendo cómo la guarra esa puede estar ahí posicionada. Y menos que haya gente así por el mundo, y que vivan en paz».

«¡Ja! Y lo peor de todo es que se cree buena persona».

«¿Buena persona, tú, guarra?».

«De eso nada. Eres un mal bicho».

«Por mucho que des donativos a una ONG no dejas de ser gentuza. Que lo mismo hasta en eso también mentías».

«Y si lo haces, no quieras autoengañarte; todos sabemos que lo haces para lavar tu conciencia».

«Pero no, no te lées. Eres una hija de perra con todas las letras, y un día el Universo te pondrá en tu sitio».

«Joder, vaya meditación».

«Con lo bien que iba...»

«Respira, Jane, respira».

Inhalé tratando de recuperar la calma.

«Y me pregunto yo: ¿se puede tener archienemigo sin ser un

superhéroe?».

«El nombre de esa bruja sería: La sanguijuela de Paradise».

«No, ese mola demasiado. Mejor...».

«¡Ya está!: La garrapata».

«A secas».

«Sí, ese le va perfecto».

«En fin, antes o después el Universo pone todo en su sitio; también a la gentuza, así que, paciencia».

«Venga, respira hondo».

«Respira».

«¡Respira!»

«Joder, venga. Inhala...».

«Exhala...».

«Te has quedado a gusto, ¿eh?»

«¡Bah! No te creas».

«Venga, sigue. Inhala...».

«Exhala...».

«Aun así, me cuesta entender por qué la gente mala parece tener la capacidad de conseguir las cosas que tú quieres, más rápido y fácil que tú».

«En fin, me da igual lo que los demás puedan conseguir y cómo. Yo lo voy a lograr, estoy muy cerca; y sin la necesidad de pisotear a nadie».

«Sí, no he nacido para pasarme al lado oscuro; por muy tentador que pudiese resultar».

«En fin, ¿por dónde iba?»

«Inhala...».

«Exhala...».

«Tengo que comprar huevos».

«Inhala...».

«¡Ah, sí! y compresas».

«Espero acordarme luego y apuntarlo en la lista de la compra».

«Creo que sería más fácil levantarse y apuntarlo en un momento, ¿no?».

«¡No, Jane, joder! ¡Quieta! De aquí no te mueves hasta que hayas acabado».

«Venga, vale...».

«Inhalo...».

«A ver si consigo centrarme otra vez en el movimiento de los pulmones... Es lo único que parece funcionar».

«Exhalo...».

Volví a llevar la atención a mi pecho y traté de concentrarme en su vaivén. Durante unos segundos lo conseguí, hasta que a la siguiente inhalación caí de nuevo en diversos divagues.

«Bueno, pues nada, está visto que esto es cuestión de práctica».

Noté cómo se me alzaba una ceja en señal de resignación.

«Aun así, seguiré aquí un ratito más » .

Empezaba a sentirme a gusto.



—¿Qué hora será? —Me pregunté al cabo de unos minutos. Lancé el brazo hacia la mesilla rompiendo la posición con la que había practicado mi

particular meditación—. ¿Las 8:43? Madre mía, se ha pasado el tiempo volando.

Por un instante vacilé si habría podido quedarme dormida sin darme cuenta.

Chisté, dándome una negativa por respuesta.

—Bueno —analicé sorprendida—, pues parece que ha funcionado mejor de lo que pensaba; me noto más animada. Voy a aprovechar y escribir un par de horas, a ver cuánto me dura el buen rollo esta vez.



El sonido del despertador anunció que era hora de arreglarse.

Ojeé el documento satisfecha del trabajo realizado.

—En un par de semanas estará terminada. Voy más rápido de lo que pensaba.

Sonreí.

Achiné los ojos, pensativa, desafiante.

—¿Sabes qué? —le pregunté al cactus—. Voy a ver si he vendido algo.

Rompiendo definitivamente mi «promesa» de no mirar las ventas, como mucho, más que una vez al día, abrí la página web correspondiente a las estadísticas.

—A partir de ahora voy a mirarlas cuantas veces me venga en gana —afirmé resuelta—. Voy a superar mis miedos a ver cualquier marcador aunque sea a base de hostias, a crear callo si hace falta. Los días que no venda aprenderé a verlos como anecdóticos, y no voy a permitir que un mal

día me hunda como ha hecho muchas veces. Y si tengo dos días seguidos de mierda, pues habrá que joderse y seguir.

«Más allá de estos resultados, están los que intuyo van a llegar, así que —apreté los puños—, tendré que ser fuerte mientras se materializan».

Pulsé el icono de las regalías y llevé la mirada al día presente. En contraste con la jornada anterior, la barrita de la gráfica se alzaba en su característico color naranja. Sin pretenderlo, mi cuerpo reaccionó con un suspiro y una sonrisa de satisfacción.

—¿Tres? —Moví el ratón sobre el pequeño rectángulo para que la ventanita emergente indicara el número exacto de ventas y esclareciese mis dudas—. ¡Cuatro! ¡Qué ilusión! No son ni las once de la mañana y ya llevo cuatro. Será para compensar la mierda de ayer. Qué bien, por mucho que se tuerza el día, ya casi me puedo dar por contenta. —Volví a mover el ratón por encima para recrearme en el numerito—. ¡Lo voy a conseguir! ¡Claro que lo voy a conseguir!

«Lo que no sé es si tomarme esto como un «no te rindas ni te descentres» o como una confirmación de que he elegido bien: a tomar por culo el concurso y... ¿Buscar otras fuentes de ingresos para vivir tranquila? Es una opción. Además, aunque tenga otro trabajo no quiere decir que me vaya a olvidar de mi carrera de escritora ni de mis metas».

Entré en modo autoconvencimiento hasta que me acordé de Abraham.

«Abraham... Bueno, Abraham se queja de no tener tiempo para poder escribir».

«Quizá si le dedicase el tiempo que merece habría alcanzado ya lo que yo quiero».

«A saber, el «qué hubiera pasado si hubiese tomado este o aquel camino» siempre será un misterio».

Resoplé por la nariz al tiempo que torcía el gesto.

«¡Dios!, a veces las cosas son tan complicadas...».

«Ojalá tuviese una bolita de cristal para saber qué camino debo elegir».

«Aunque, quizá, la bolita de cristal sea nuestra intuición, ¿no?».

«Sí. Está claro».

«Además, la muy jodía no falla».

«Pues vale, ¿y qué se supone que debo hacer entonces?».

Cerré los ojos simulando una improvisada y algo deficiente sesión de meditación, tratando de escuchar y sentir más allá de lo que vociferaba mi mente.

Lo primero que surcó mis recuerdos fueron los últimos momentos compartidos con Abraham. Sonreí satisfecha, aunque no era eso lo que buscaba. Lo que deseaba saber era cómo proceder con mi carrera de escritora. La relación que quería tener con Abraham la tenía clara: deseaba compartir el resto de mi vida con él.

Abrí los ojos y clavé la mirada en las teclas desgastadas de mi portátil blanco y, una vez más, traté de sentir lo que mi otro Yo quería transmitirme.

—De momento, lo único que tengo claro es que desearía presentarme al concurso, sin embargo, algo me dice que por ahora lo olvide.

Resollé observando el cactus, los pinchos que cubrían su voluminosa masa verde. Cuando lo trajo Begoña y sugirió que le hablase, nunca pensé que le terminaría dando esas charlas.

—Va a ir todo bien —le susurré calmada.

Inhalé con fuerza recordando la meditación de unas horas antes.

—Al final me sentó bien. No tuve que hacerlo mal del todo. En fin, debo arreglarme.

Dejé atrás la novela, el ordenador, a Willy..., y fui al dormitorio en busca de algo que ponerme. Tras coger lo necesario, comencé el ritual de acicalamiento.



Di un respingo al escuchar el timbre del portero.

—¿Ya? Qué rápido.

Con una amplia sonrisa fui dando saltitos hasta el telefonillo para abrir a Abraham.

—¿Sí?

—Hija, somos nosotros.

«¿Nosotros? ¿Hija?»

—Eh..., ¿mamá?

—Sí, abre, venimos a hacerte una visita.

«Venga ya, hombre...».

Se me quedó cara de gilipollas y de asco al mismo tiempo.

—Pero... Estaba a punto de salir. He quedado.

—Bueno, no pasa nada. Abre un momento, te damos un beso y nos vamos.

—Bueno, vale.

Apreté al botoncito con desgana y luego colgué el auricular. Fui corriendo hasta el móvil para ver qué hora era: las 10:54.

—Con un poco de suerte, se irán antes de que llegue Abraham. — Refunfuñé—. No entiendo qué narices hacen aquí. No me han venido a ver ni una sola vez en los casi doce meses que llevo aquí viviendo sola, ¿y se presentan ahora? Increíble.

Ding, dong.

—¡Voy!

En modo autocontrol, caminé hasta la puerta y la abrí fingiendo una expresión menos desagradable que la de segundos atrás.

—¡Hola, hija, ¿qué tal? —saludó mi madre, entrando *espídica*, con los brazos en alto como si fuera a alabar a la virgen y con una marcada sonrisa de oreja a oreja —parecía Joker—. Me cogió de los hombros y atrajo hacia sí para besarme, como una anciana a sus nietos: recreándose con fuerza y unas cuantas babas de más.

«*¿Pero qué se ha tomado esta mujer?* —me pregunté desconcertada; mi expresión debía ser un poema—. *¿De repente ha recuperado el instinto maternal o se ha dado un golpe en la cabeza?*».

Sentí una brizna de añoranza por los años en los que realmente se comportó como una mujer atenta, cariñosa, sensata..., esa dulce etapa en la me apoyaba y se preocupaba por mí. Cuándo habría cambiado y por qué, no lo sabía; supongo que a veces cambiamos sin darnos cuenta, sin ningún motivo aparente. Yo descubrí su lado oscuro en el momento en que les anuncié lo del divorcio. Y durante los primeros meses padecí su rechazo más absoluto, espacio, por otra parte, en el que me dio tiempo a analizar a qué se debía su comportamiento: quizá su punto de inflexión fue ver a su hermana quedarse sola y sin bienes materiales cuando su marido la abandonó por una compañera de trabajo. Mi tía entró en depresión profunda, se encerró en sí misma; no admitía visitas de nadie. Eso a mi madre le dolió en el alma, pues no lo entendía. Su aislamiento fue tal que murió de un infarto y la encontraron una semana después gracias a que los vecinos llamaron a la policía para denunciar el mal olor que emanaba de su piso.

Sí, ese pudo ser el motivo. Sin embargo, como digo, siempre vi a mi madre actuar «normal»; con sus cosas de señora mayor de otra generación y con algunas ideas congeladas en el pasado, pero normal a fin de cuentas.

Lo ocurrido a su hermana sucedió hacía más de quince años... Estaba claro que nadie negaba que fuese una desgracia, pero, yo no era mi tía; ni tan siquiera me parecía a ella.

La lógica suele decir que una experiencia como aquella te marca. Pero quién sabe. No solo un rayo puede quebrar una roca, también el goteo incesante del agua puede terminar perforándola. Después de tantos años viviendo fuera de casa, desconocía cuáles podrían ser esas emociones que pudiesen haber truncado su personalidad y dulzura.

Antes del divorcio mi madre era como debe ser una verdadera madre: obtuve su amor, su atención, su apoyo, la intención de entender cada decisión que tomaba...

Hasta que les di la fatídica noticia —fatídica para ella, claro—. Todo cambió tras aquella visita. Su reacción fue de lo más extraña.

Aún recuerdo vívida su frasecita: «Si no se va él, tú no te vayas».

Eh..., sí, ese fue el maravilloso consejo de una madre que desea la felicidad de su hija.

Merece la pena hacer un salto al pasado:

Once meses antes

Fui a ver a mis padres a su casa. Por cierto, sus nombres: Jorge y Nora. Los encontré en la cocina, preparando la comida. Apenas los había saludado cuando les lancé la frasecita peliculera: «Tenemos que hablar». Como era de esperar, sus rostros fueron cambiando hasta reflejar preocupación.

—Tú dirás —contestó mi padre.

—Será mejor que nos sentemos. —Sin pretenderlo, seguí en modo guion de Hollywood.

Caminé en silencio hasta el comedor; ellos seguían mis pasos, lo más seguro es que especulando mil noticias distintas a la que iba a comunicarles.

—¿Qué ocurre? —preguntó mi progenitor una vez acomodados en los sofás del comedor; ellos ubicados frente a mí.

—Me voy a divorciar. —Se lo solté a bocajarro, sin píldora endulzante

que suavizase la primicia.

—¿Cómo? ¿Pero qué ha sucedido? —cuestionó él. Mi madre se quedó con los ojos como platos, con la boca entreabierta y el gesto desencajado. Al parecer, aquella noticia era peor que si le hubiese dicho que había muerto alguien.

—Robert... Bueno, ya no nos queremos y...

—Hija, todas las parejas atraviesan malas rachas — interrumpió ella azorada—, pero eso no quiere decir que no haya amor, solo baches que, luego, cuando los superas, las hace más fuertes.

—No, mamá, esto es peor. Él tiene una amante.

Noté como si en ese momento le hubiese lanzado un hechizo paralizante; no es broma. Se quedó petrificada, incluso con una mano, con la que gesticulaba, alzada a media altura con el dedo índice apuntado al techo, la boca abierta, una ceja levantada... Dudo incluso de que respirase. Mi padre y yo nos percatamos de su momento *petrificus totalus*, pero no le dijimos nada; ya se le pasaría. A fin de cuentas, se divorcian cientos de parejas al día; nosotros solo seríamos una más.

—Bueno, ¿y no crees que haya solución? —cuestionó mi padre, sacándonos del silencio.

—No, no voy a estar con un hombre que no me quiere y ha conocido a otra con la que realmente puede ser feliz. Nunca debimos haber llegado tan lejos, así que, es lo mejor para todos.

—¿Cómo que «para todos»? Creo que no lo estás pensando con la cabeza —soltó mi madre como un basilisco.

—Mamá, tranquila. Claro que lo he pensado.

—Hija, si no se va él, tú no te vayas. —He ahí la frase para el recuerdo. Aparte de eso, sentí el miedo en sus ojos. Le daba pavor la idea del divorcio, aunque no entendía por qué.

Lo lógico es que unos padres deseen lo mejor para sus hijos, su felicidad,

y yo, junto a él no lo era. Nos tratábamos bien, había amistad, pero nunca hubo lo que debía haber, esa «seguridad», esa vocecilla interior diciéndote «es él».

—Mamá, no nos amamos.

—En serio, hija, debes arreglarlo. Haz la vista gorda, haz como si no hubiese pasado nada.

Empezaba a estar atónita. Además del disgusto de saber que se acababa mi matrimonio y mi vida tal y como la conocía, ahora me tenía que tragar su falta de apoyo, de empatía y de comprensión, mezclado con la sarta de gilipolleces que estaba soltando sin pensar. Y sí, aunque uno sepa que no está con la persona que debe, los proyectos, las ilusiones y la estructuración de tu vida gira entorno a eso que has creado, a aquello que quisiste creer y estás viendo desquebrajarse.

—Mamá, cuando hay amor se puede perdonar, aunque, precisamente, cuando hay amor del de verdad no suceden cosas como esta.

—Olvídate de los cuentos de Disney, Jane, eso no existe. Y no puedes divorciarte, si lo haces vas a terminar con tu vida, te vas a arruinar, te vas a quedar sola.

La observé con detenimiento: sus ojos estaban a punto de ser eclipsados por las lágrimas. Tenía los puños apretados, impotente, tratando de contener la rabia y un dolor que no alcanzaba a comprender de dónde surgía, pero que emanaba de forma descontrolada a través de sus palabras envenenadas, desgarradoras, hirientes.

Y sí, no me cabe duda de que su intención era dañar, hacerme cambiar de decisión, fuera como fuese. Pero qué equivocada estaba. Mi decisión era inamovible. Y con su reacción, lo único que consiguió es que me quedase perpleja y con las ideas reforzadas.

Atónita, llevé la mirada a mi padre; él se limitó a guardar silencio. No me apoyaba, tampoco hacía nada por que entrase mi madre en razón. Lo único que provocaba su mutismo era ambigüedad.

—La verdad es que no esperaba esta reacción por vuestra parte.

—¡¿Te das cuenta de lo que vas a perder?! ¡Todo! ¡Lo vas a perder todo!
—vociferó mi madre fuera de sí, conteniendo las lágrimas.

—¿A qué te refieres con todo, a cosas materiales?

—No, a todo. —Bajó el tono pero comenzó a hablar con los dientes apretados—. Te vas a quedar sola. Te recuerdo que ya tienes tus años. Es muy difícil que vuelvas a encontrar a alguien. Olvídate de tener hijos; cuando te quieras dar cuenta estarás caduca.

—¿Caduca? —repetí incrédula—. ¿Y quién te ha dicho a ti que quiera encontrar a alguien o tener hijos? A lo mejor prefiero estar sola.

—¿El resto de tu vida? No me lo creo.

—¿Por qué te preocupas de las cosas del futuro? Es ahora cuando debo poner solución a mis problemas.

—Pues con hacer la vista gorda se solucionan todos.

—Creo que no piensas con claridad.

—¿Y qué vas a hacer? ¿En qué vas a trabajar? ¿Dónde vas a vivir?

—Trabajaré en lo mismo de ahora, y...

—¡Ja!, perdona que me ría. ¿En eso que llamas escribir?

—Mamá, soy escritora —respondí recalcando cada sílaba.

—Eso es un hobby que tú te has inventado, no te da el dinero suficiente como para vivir, y mucho menos, para rehacer tu vida. Tendrás que pagar un alquiler, la comida, el teléfono... Hay gastos en la vida.

—¿Ah, sí? No me digas, pensaba que te podías colar en cualquier casa que te guste y vivir allí gratis..., que vas a la tienda y te regalan la comida...

—No te pongas sarcástica.

Le hice una mueca de resignación.

—En fin, que he venido a informaros, no a pedir vuestro permiso.

—Te estás equivocando.

—Gracias, mamá, es lo que quería escuchar.

—¡Es que eres muy orgullosa! ¡Vas a echar tu vida a perder por tu cabezonería!

—¿Y a ti qué más te da, si la que se supone que lo va a pasar peor que en el infierno soy yo, no tú?!

—¡Porque te lo podrías ahorrar si lo meditases con calma!

—¡Que te estoy diciendo que Robert está con otra, ¿qué quieres que haga?! —respondí en el mismo tono que ella—. ¡¿Lo ato a la cama para que no se vaya con ella?! Y aun así, aunque se quisiese quedar, no quiero seguir con él. Me ha engañado, mentido..., no lo amo. A ver cómo te digo que no quiero continuar con él, y no lo voy a hacer.

—Sí, puede que el pobre se haya tenido que buscar a otra porque no le has prestado la atención que merecía. Tendrías que ir a casa y pedirle perdón, arreglarlo.

Ahí fue cuando me quedé por segunda vez con la boca abierta, esta vez de par en par. Mis oídos no daban crédito a lo que estaban escuchando. Sentí la rabia recorrer mis venas. Y tardé unos instantes en reaccionar, pero lo hice.

—No sé para qué he venido... —Abandoné el sofá decidida a marcharme y no volver en una buena temporada, quizá a no hacerlo más si no recibía una disculpa.

—Jane, espera —solicitó mi padre. Titubeé antes de girar; no quería mostrarles los ojos a punto de desbordar la rabia que había acumulado en pocos minutos—. Si necesitas algo, llámanos.

—¿El qué, algo que no sea vuestro apoyo? No, papá, solo buscaba eso.

—Hija...

—Adiós. Si queréis algo ya sabéis mi número, mientras la pueda pagar, la línea seguirá siendo esa...

Caminé a paso ligero hasta la entrada. Antes de traspasar el umbral de la

puerta principal, las lágrimas comenzaron a bañar mi rostro.

Nada más marcharme de allí, tomé rumbo hacia la casa de Begoña. Ya había quedado con ella, le dije que pasaría a verla nada más salir de ver a mis padres; eso sí, la visita fue más rápida de lo que estimé.

Diez minutos de trayecto en coche. Diez eternos minutos sintiendo la soledad más desgarradora que percibiría en la vida. Un lapso en el que me sentí huérfana de padre y madre, abandonada a mi suerte por ser mala persona. Mi progenitora había conseguido hacerme creer un ser despreciable, egoísta, frío e insensible al que se debe abandonar.

Aparqué junto a la entrada del garaje de Begoña. Llamé al portero. Esperé a que contestase. Descolgó el telefonillo y no hizo falta decir nada. Abrió y yo procedí a recorrer la senda que llevaba a su casa. A medio camino elevé la mirada del suelo y la encontré de frente, andando a prisa en mi dirección, preocupada, con el pelo empapado y a medio vestir; debí pillarla recién salida de la ducha.

—¿Qué ha pasado? —preguntó cuando aún faltaban unos metros para que nos alcanzáramos. Pero no pude contestar. Tenía un nudo en la garganta bloqueando cualquier expresión que no fuese parte del propio llanto.

La abracé, y ella me acogió en sus brazos como si fuese la madre que debí encontrar minutos atrás.

Permanecimos allí, en mitad del camino de la entrada a su chalet, estáticas, entrelazadas, sin poder hablar. Begoña trataba de transmitirme sosiego: «Tranquila, todo irá bien»; «Tranquila», susurraba. Al menos pasaron así un par de minutos.

—Ven, entremos. Cuéntame qué ha sucedido —indicó con dulzura.

Asentí al tiempo que separaba mi pecho del suyo. Observó mi rostro, y lo limpió con una suave caricia de sus dedos. Atravesamos el resto del sendero de piedras que nos conduciría al interior, entretanto los ojos se me fueron a la fachada de aquella opulenta vivienda, y las palabras de mi madre emergieron

como latigazos azotando las heridas recién abiertas: «¡Todo! ¡Lo perderás todo! ¡Te quedarás sola!».

Una vez adentro, en la cocina y con un buen vaso de agua fría en la mano, no hizo falta contarle mucho de la conversación. Nada más comenzar a explicarle de dónde venía y el porqué, se ofreció a ayudarme en todo lo que necesitase: dinero, trabajo, un sitio donde vivir...

El resto ya lo he contado. Compartí con ella mis planes, mis sueños, el riesgo que sentía que debía correr... Y, una vez más, obtuve su sincero apoyo; con ello, recobré la esperanza de que las cosas se arreglarían y marcharían bien. En medio de nuestra conversación, me dijo algo que recordaré siempre: «Yo tuve la suerte de recibir la ayuda de mis padres, y les estaré agradecida hasta que muera. Escucharon y respaldaron las decisiones que tomé, ya que, acertadas o erróneas, lo consideraban parte de mi desarrollo como mujer y como persona. Creyeron en mí. Ahora seré yo quien apoye tus decisiones porque, ¿sabes qué?: ahora soy yo la que creo en ti, en tus posibilidades, en tu talento, en que lo conseguirás. Seré como tu hada madrina». Pronunció esta última frase recreándose, otorgándole un aura de misterio que me hizo sentir de verdad como parte de algo mágico, protegida. Y es que, ambas sabíamos que su comparativa con ese clásico personaje de Disney no era casual.

Aquella misma noche, cuando llegué a casa, comencé a empaquetar mis pertenencias. El llanto me acompañó la mayor parte del tiempo; dejé que se mostrase sin oponerle resistencia. Debía soltar la carga emocional: la tensión, el miedo, la desilusión... Ya no había vuelta atrás, todo estaba sucediendo a un ritmo vertiginoso que me encogía el estómago cortando incluso el apetito. Ante todo, aún resonaba con estrépito el recuerdo de la conversación con mis padres, encogiéndome el cuerpo, como si por mis oídos se colase el chirrido de las ruedas de un viejo y oxidado tren de hierro tratando de frenar desesperado para evitar la colisión con otro vagón, una estridencia cada vez más atronadora, una fricción de la que llegaban a saltar chispas. En cualquier caso, mi decisión era determinante: no les volvería a hablar hasta que no fuesen ellos los que se aproximasen a mí, los que llamasen pidiendo una

disculpa. Qué menos. No les estaba pidiendo nada, ni tampoco iba a hacer nada malo, solo divorciarme. Tampoco fue por mi culpa que Robert se fuese con otra, en realidad no era culpa de nadie. Mi vocecilla interior no hacía más que repetirme: «Todo sucede en el momento indicado», aunque en ese momento, su positivismo no me satisfacía lo más mínimo y la mandé callar. Eso sí, el Universo me negó las ayudas y apoyo que pensaba que iba a recibir, pero a cambio, me brindó otras que no esperaba.

Al día siguiente, Begoña vino a buscarme y, ayudadas de su coche y el mío, comenzamos la mudanza a su apartamento.

Ese mismo día, por la noche, telefoneó mi madre pidiendo perdón, llorando como nunca antes la había escuchado. Le costó más de veinticuatro horas reaccionar. No obstante, su arrepentimiento parecía sincero, o tal vez era miedo a perder a su única hija. Sin embargo, después de unos minutos de conversación percibí que su comportamiento seguía siendo extraño y su posición determinante: o buscaba un trabajo «como Dios manda», o me tendría que apañar con todo yo sola. Estaba claro que, con un puesto como el que ella sugería, no les necesitaría para nada, pero... Además, seguía sin entender por qué no apoyaban mi carrera como escritora, por qué tanta obsesión en que la dejase de lado para recuperar mi antiguo puesto en la oficina. Siempre tuvieron dinero, propiedades... No fui igual de mimada que Begoña, pero realmente nunca me faltó nada. Eso sí, medían «mis caprichos» con una rígida vara para no convertirme en una «malcriada». Supongo que luchar por ser escritora lo consideraban un capricho más y por eso me negaban cualquier ayuda, como si el hecho de ser mis progenitores les otorgase el privilegio de elegir mi futuro.

Por suerte, gracias a Begoña ya no estaba sola.

En fin, volvamos a la actualidad.

Actualidad

Nos habíamos quedado por la parte en la que te explicaba el momento amnesia de mi madre, instante en el que entraba a casa como una loca, como si le hubiesen borrado de un plumazo los últimos doce meses de la memoria.

Pues bien, detrás venía mi padre, más calmado. Lo vi de refilón mientras aguantaba las sacudidas de mi madre al darme un par de besos.

—Hija, cuánto tiempo. No sabemos nada de ti desde hace días —dijo ella.

—Semanas, más bien —la rectificué. Y en efecto, desde que les di la noticia nos habíamos limitado a mantener una cordial relación telefónica, a excepción de nuestros tres cumpleaños que, por «cortesía», nos habíamos visto para tomar café. Se apartó, aún con sus manos asiéndome de los brazos, y contempló mi rostro con cara de preocupación mientras yo seguía contestándole—. Sí, hace mucho que no hablamos.

—Ya no vienes a vernos. Cualquiera diría que te has olvidado de nosotros —dijo poniendo esa voz melodramática que tanto me sacaba de quicio; como si tuviese que ser yo la responsable de establecer comunicación.

«A ver, señora, que la que se ha divorciado, vive en una casa prestada y apenas llega a final de mes soy yo; si tanto te preocupa cómo estoy, llamas y punto».

Soltó mis hombros con cierto aire de indignación. Obvié responderla, no tenía ningunas ganas de discutir. Al apartarse, mi padre pudo acercarse para darme un par de besos, notablemente más comedido.

—Hola, cielo —susurró cuando rozaba mis carrillos por segunda vez.

Miré de soslayo para marcar su ubicación; cuando me quise dar cuenta, mi progenitora ya iba dirección al comedor oteando cada centímetro cuadrado encontrado a su paso.

«¡Ya va...! Tiene que hacer la inspección, claro, si no, no duerme tranquila».

En serio, antes no era así, de buenas a primeras también se convirtió en la mayor cotilla que había pisado este planeta. Aunque tal vez solo lo hiciera conmigo, ya sabes, por su obsesión de controlarme y desaprobar mi vida.

Al verla con mayor detenimiento pude observar que lucía un estilo distinto a la última vez. Recién salida de la peluquería —la delataban los veinte kilos de laca que le fijaban el cabello y su correspondiente tufo—, llevaba el pelo ligeramente más cobrizo, con unas mechas gruesas y blanquecinas haciendo contraste y otras tres o cuatro en color verde.

«Alucino; lo mismo se cree que va muy moderna o que por ir como un papagayo va a rejuvenecer».

Noté cómo se me levantaba una ceja.

Vestía, además, unos vaqueros blancos de corte pirata y una blusa ancha de tirantes color turquesa; en los pies, calzaba unas sandalias blancas con una ligera plataforma.

«Bueno, al menos no me lleva un short enseñando medio culo. —De solo imaginarlo, se me puso la misma cara que la que se me ponía al morder un limón».

De pronto, se giró.

—En fin, ¿y qué tal? Parece que sigue todo igual, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—A que sigues viviendo aquí..., con tu obsesión de hacerte escritora..., y esas cosas.

—Sí, eso parece. Pero, para tu información: no me quiero hacer escritora, mamá, ya lo soy.

—Bueno, hasta que no ganes dinero...

—Gano más del que tú te crees.

«Estoy a un setenta y cinco u ochenta por ciento de mi objetivo más inmediato. Pero eso para ti sería un fracaso, así que...».

Obvié decirle nada.

—Claro, por eso sigues aquí... —susurró poniendo una cara de superioridad que disimuló rápido, no obstante, la escuché perfectamente. Y sí, en ese instante tuve ganas de mandarla a tomar por..., pero decidí respirar profundo y hacer oídos sordos—. Bueno, ya sabes que algunos hobbies pueden dar algo de dinero, pero luego se necesita un trabajo de verdad. —Resopló entrando en modo dramático agresivo, como si quisiera sumar puntos para competir por el Razzie—. Con la casa tan bonita y enorme que tenías antes... —masculló entretanto ojeaba el mobiliario a su alrededor.

—Sí, mamá, tan grande y lustrosa como mis cuernos.

—¡Uh! No digas eso, mujer. Podías haber hecho... —Frenó antes de terminar la frase, pero ya era tarde, sabía lo que pretendía decir y no pude contenerme.

—¿El qué?, ¿la vista gorda? ¿Pero qué sarta de sandeces pasan por tu cabeza? Tanta laca te mata las neuronas o qué. —Cogí carrerilla. Una cosa era no recibir su apoyo y otra que siguiese dando por culo como una mosca cojonera—. En serio, qué pena, no sé para qué has venido, ¿para amargarme el día?

—No te pongas así, tampoco he dicho nada.

—Menos mal...

La miré a los ojos, rabiosa, pero con intención de dejarlo correr. Mi padre, para variar, se mantenía al margen. Sin embargo, su gesto de no entender mi reacción volvió a encenderme como un fuego regado por líquido inflamable, y volví a la carga:

—Puedes pensar lo que te dé la gana, pero deberías moderar las perlas que sueltas. Yo no tengo que aguantar tu mentalidad retrógrada y machista, por muy hija tuya que sea.

De solo recordar «LA CONVERSACIÓN», me subía la bilis por la garganta.

—Está bien, no he dicho nada. Dejémoslo estar —respondió tratando de apaciguarme. Yo gesticulé una negativa con la cabeza al tiempo que le

quitaba la mirada de encima.

«Aunque seas mi madre, al final un día te mandaré a la mierda; y lo peor es que luego te preguntarás por qué».

—¿Decías que ibas a salir? —intervino mi padre en un claro intento por romper la tensión.

«A buenas horas».

Lo observé y no pude evitar pensarlo:

«Con lo que ha cambiado no entiendo cómo puedes seguir casado con ella. Te tendrá cogido por los huevos o vete tú a saber. Quizá sea una máquina en la cama...».

Sentí cierta vergüenza al pensar en su vida íntima y deseché dichas hipótesis.

«O tal vez, estando a solas se muestre como fue toda la vida».

«Quién sabe».

—Sí, no creo que tarden en venir a buscarme. —Pluralicé para no tener que dar explicaciones que no merecían.

—¿Con quién has quedado?

No terminó de hacer su pregunta de vieja cotilla cuando sonó el portero. Mi nivel de tensión aumentó varias décimas.

«Joder».

Sin previo aviso, mi mente viajó entre recuerdos hasta la primera visita que les hice después de recibir su llamada de disculpas y las palabras de mi madre divagando en voz alta mientras preparaba la comida: «Con tus años..., no creo que vuelvas a conseguir pareja, ni podrás tener hijos. Te vas a quedar solterona. Cuando no estemos tu padre y yo... Pobrecita. Espero que duremos muchos años para que no estés sola».

De pronto, mi mala leche volvió a entrar en ebullición y con ello surgieron las ganas de tocarle las narices; sabía que si le decía que estaba saliendo con alguien se llevaría las manos a la cabeza, literalmente hablando.

No entendía por qué me veía tan fracasada. ¿Por divorciarme? ¿Por luchar para conseguir dedicarme a la profesión que deseaba?

—Con mi novio.

La expresión de su rostro se transformó en un «no puede ser». Se le abrieron los ojos y se quedó con la boca entreabierta.

—¡Qué bien, nos lo podías presentar! —exclamó mi padre, jovial como un chiquillo de diez años.

Le miré desconcertada.

—Eh...

«Mierda, en eso no había pensado».

Caminé hacia la entrada ignorando su petición, permitiendo a mi mente planificar la mejor salida para no asustar a Abraham:

Por un lado, si le abría sin decirle nada, subiría y se los encontraría de frente, sin advertencia previa, sin periodo de adaptación... Ufff..., pobre angelito, no podía hacerle eso.

Por otro lado, si les decía a mis padres que no y les hacía marcharse, se toparían con él en el portal, con lo cual, también lo verían, y conociendo lo descarada que podía llegar a ser mi madre... No, mejor no.

La única posibilidad era avisarle: «escóndete en el coche para que mis padres no te vean; huye insensato, aprovecha tú que aún estás a tiempo».

Pero no, tampoco era una opción, antes o después, la lógica decía que los acabaría conociendo, aunque fuese solo por no hacerle el feo a mi padre, el pobre hombre no tenía culpa; bueno, un poco sí.

Lancé la mano hacia el telefonillo pero no lo descolgué, seguía estudiando las pocas posibilidades que tenía.

Un nuevo timbrado provocó que vibrase el auricular bajo mi mano.

—Genial... —mascullé desganada.

Tomé aire por la boca como si fuese a zambullirme en la piscina y

descolgué.

«Que sea lo que Dios quiera».

—¿Sí?

—Soy yo, amor. —Me hizo sonreír: su voz, sus palabras, su «amor», su alegría...

—Abraham. —Lo llamé por su nombre porque la cosa era seria—. Están aquí mis padres. Se han presentado por sorpresa.

—¡Oh!

«Y tanto que ¡oh!».

De pronto apareció mi madre al lado, vociferándome en el oído:

—¡Dile que suba! —chilló en tono amable y encantador. Dudé de si con eso pretendía cubrir su fachada de arpía, o estaba teniendo un ramalazo de lucidez a como era antes. Por supuesto, Abraham la escuchó y él, que no tenía vergüenzas de ningún tipo ni sabía lo que le esperaba —pobre inocente—, cayó en su trampa y contestó:

—Qué maja. Sí, no te preocupes, me hace ilusión conocer a tus padres.

—¿Estás seguro?

—Sí, no me importa.

—Tú lo has querido —mascullé al tiempo que apretaba el botón, otorgándole acceso libre a ese nuevo infierno hasta ahora desconocido para él.

—¿Te puedes ir al comedor aunque sea? —requerí a mi madre tratando de que se apartase de encima de mí. Un poco más y me salta para abrir ella la puerta—. Te puedes sentar, ¿eh?; no te voy a cobrar.

—No me importa esperar aquí.

—Mamá, vete al comedor.

Me miró con cara de pocos amigos y se giró para ir junto a mi padre.

—Ah, y otra cosa: os lo presento y nos vamos. No os penséis que va a ser

esto una reunión familiar como en *La casa de la pradera*.

—Desde que te has divorciado no hay quien te trate.

—No, mamá, desde que me he divorciado te has puesto en plan paranoica. Y te recuerdo que no soy la tía Laly, así que, relájate y déjame vivir y rehacer mi vida, ¿vale?

Le cambió por completo la expresión del rostro y su mirada; sobre todo la mirada. De pronto me observaba con otros ojos. Turbada, seria y pensativa. Parecía haberle desvelado un misterio que durante meses estuvo oculto para ella. Se le saltaban las lágrimas. Agachó ligeramente la cabeza, lo justo como para perder nuestro contacto visual. De la forma más extraña y accidental, despertó un soplo de consciencia dentro de una mujer que durante largos meses dejó de ser mi madre —ironías de la vida— por miedo a mi sufrimiento.

Y en ese instante yo también me di cuenta de cómo funciona la vida, el Universo. Uno no solo atrae a su realidad oportunidades para crecer como persona, sino para sanar aquello que nos dolió más de lo que imaginábamos, aquello que tapamos y ocultamos por hacernos los fuertes, a veces por vergüenza a reconocer cuánto nos dolía. Según su perspectiva acerca de mí, me había convertido en una «hippie» irresponsable, y me quedaría sola por mis malas decisiones y cabezonería. Sin embargo, las cosas no son siempre lo que parecen: el Universo le estaba mostrando una nueva versión de lo que sufrió con su hermana y no fue capaz de admitirlo. En el momento de darle mi noticia, su inconsciente le hizo actuar de un modo hiriente, dándome de lado, avisándole de lo que en realidad le dolería que le pasase a ella: enfrentarse a la soledad, a la pobreza. A través de mí, vivía sus temores más ocultos. Primero le pasó con su hermana; ahora le estaba sucediendo conmigo. Ambas nos convertimos, la una para la otra, en un espejo que mostraba lo más recóndito de su interior. Ella, sin vivirlo en primera persona, no dejó de padecerlo como tal.

Pero el Universo es muy sabio, e igual que yo era una herramienta para ella a través de la que podía ver y trabajar sus miedos y su humildad, ella para

mí estaba siendo..., bueno, aparte de un grano en el culo, sin quererlo, se convirtió en mi motivación. Sería la primera persona a la que le rebozaría sus palabras en el momento en que alcanzase mis objetivos. Eso sí, esperaría a lograr mi meta suprema para ponerle al tanto de que su hijita, la hippie e irresponsable había conseguido eso que ella consideraba imposible. No por venganza, sino como demostración de mi valía.

Y bueno, ¿cómo me di cuenta de lo que le pasaba a mi madre? No lo sé. Lo analicé durante meses, traté de entenderlo, pero teniéndola delante fue cuando llegué a esa conclusión.

Su reacción me confirmó que no iba muy desencaminada.

Pero, sigamos:

Antes de que sonase el timbre de casa cogí las llaves y salí al rellano a esperar a Abraham. Dejé entornada la puerta para controlar que doña Nora no viniese por la retaguardia a cotillear —aunque después de lo que le había dicho, no creía que se atreviese—. Anduve con sigilo hasta las escaleras. No parecía subir nadie. Asomé la cabeza por el hueco para cerciorarme y traté de escuchar pasos: nada.

«Habrá cogido el ascensor».

Un par de metros más allá, su correspondiente botón esclarecería mis dudas. En efecto, alguien subía.

Aguardé conteniendo los nervios. De alguna manera, necesitaba ponerle sobre aviso, decirle que no esperase a los suegros amables y cariñosos que cualquiera desearía encontrar el primer día. Necesitaba ponerle en lo peor, y si ante mi advertencia sentía arrepentimiento, que tuviese opción de volver al coche para esperarme allí.

La puerta corredera se abrió y tras ella surgió su figura.

—¿Qué haces aquí?

—Esperarte.

Titubeó.

—Sí. Quiero avisarte. Que no te coja desprevenido. Mis padres son un poco... Mi madre sobre todo, está en plan troll.

—Ya lo sé.

—¿Cómo que...?

—Me lo dijiste, ¿no te acuerdas? El día que fuimos a tomar café. No entraste en muchos detalles, pero fue suficiente como para sacar las primeras impresiones. —Lo observé perpleja, no entendía entonces por qué quería conocerlos—. No te apoyan y se creen que eres una descerebrada. Pero a mí eso no me importa, ¿entiendes?

—No, no entiendo.

—Que me da igual cómo sean tus padres —respondió poniéndome las manos en la cintura, aproximándose hasta casi rozar nuestros cuerpos—. No vamos a vivir con ellos, y sabiendo cómo eres, sé que, por mucho que lo pretendan, no se van a inmiscuir en nuestra vida. Así que, estoy muy tranquilo. Y sí, me apetece conocerlos. Gracias a ellos tú existes y yo puedo estar con la mujer que siempre he soñado, así que... En realidad les estoy muy agradecido.

Se inclinó y besó mi frente; luego mi mejilla; finalmente conquistó mis labios.

—Vamos, no temas.

—Okey, pero estamos dos minutos y nos vamos.

—Lo que tú digas.

Lo cogí de la mano y entramos. Nos esperaban en el comedor.

Nada más cruzar el umbral, escudriñé con la vista la habitación buscando a mi progenitora. Permanecía en silencio, sentada en la esquina de uno de los sofás, con la mirada perdida como un niño al que le acaban de castigar.

Mi padre se levantó para recibir a Abraham.

—Muy buenas, joven —saludó tendiéndole la mano. Abraham la

estrechó de forma cordial, mostrando una encantadora sonrisa. Por suerte, el tiempo en que ellos se presentaban fue suficiente como para que mi madre reaccionase e hiciese lo propio.

—Hola, soy Nora —indicó, educada y jubilosa, acercándose para darle un par de besos.

—Abraham —respondió él, imitando su expresión de felicidad. La diferencia de estatura requirió que este se agachase para recibirlos.

Mi padre era bastante alto, medía alrededor del metro ochenta y cinco, por contra, mi madre era un poco chaparra, apenas llegaba al metro cincuenta y cinco. Por suerte, saqué los genes de la rama paterna, rondando el metro setenta. Abraham nos sobrepasaba a todos con su casi metro noventa.

—No sabíamos que Jane había quedado. Hacía tanto que no nos veíamos que decidimos hacerle una visita sorpresa —se justificó mi padre.

—¿Han llegado hace mucho? —le preguntó Abraham.

—No nos trates de usted —intervino mi madre de forma educada—. Nos hace sentir muy mayores.

Abraham le sonrió.

—De acuerdo.

—Y no, hace apenas unos minutos —continuó ella.

—Oh, es una pena que no la hubieseis avisado antes.

—Sí, una pena —susurré sarcástica. No me escucharon.

—Sí, pero para la próxima vez ya no nos vuelve a suceder. Avisaremos antes. De todas formas, estoy pensando que podríais venir a comer un día a casa. Sería estupendo.

—Mamá, no agobies.

—Es para poder conocernos mejor.

—Ya habrá tiempo.

—Bueno... ¿Y a qué te dedicas? —cuestionó doña Nora sin poder

reprimirse más, entretanto lo examinaba de arriba a abajo.

—Eh... Soy escritor.

Se me abrieron los ojos como platos y le hice un gesto que él ignoró.

—¿Escritor? —repitió mi madre echando la cabeza hacia atrás como un avestruz.

—Sí.

Se quedó atónita sin saber qué decir, y aproveché la coyuntura para salir de allí lo antes posible, antes de que reaccionara la bestia.

—Bueno, nos tenemos que ir, ¿no? —dije dirigiéndome a Abraham.

—Vale.

—Está bien, hija. —Mi padre cogió la indirecta y comenzó a caminar hacia la entrada. Mi madre lo siguió de cerca, en silencio y con la boca ligeramente abierta. Creo que incluso había empalidecido.

—Bueno, ha sido un placer conocerles —se despidió Abraham, amable y risueño.

—Sí, ha sido un placer —contestó mi padre apretando una vez más su mano, dándome después un par de besos—. Y como ha dicho tu madre, cuando queráis venís a comer; no necesitáis ser invitados.

—Muy bien, papá. Gracias.

Le di un beso a mi madre en la mejilla y mi padre la cogió de la mano para salir de casa.

—¿Bajáis?

—No, id adelantándoos vosotros. He de coger un par de cosas antes.

—Bien, pues nada. Lo dicho: un placer.

—Igualmente —respondió Abraham.

Tomaron el pasillo hasta el ascensor. Apretó el botón y las puertas se desplazaron. Mientras entraban, sacudí la mano a modo de despedida al tiempo que con la otra iba empujando la puerta hasta cerrarla del todo.

—¿Pero por qué les has dicho eso? —le pregunté a Abraham una vez estuvimos a solas, sorprendida, asustada y feliz, todo en uno.

—Quería ver la reacción de tus padres, sobre todo la de tu madre. —Rio —. Su cara ha sido un poema.

—Ya lo he visto.

—Sí, y la tuya también, no te vayas a pensar que te libras.

—Qué gracioso.

Aproveché que estaba con la guardia baja para atraerme hasta él y besarme.

—¿Quieres que juguemos antes de irnos? —preguntó en tono seductor.

Con una sonrisa de medio lado le otorgué la respuesta. Aferré su mano y lo conduje hasta el dormitorio. Lo empujé sobre la cama y comencé a desvestirlo. Luego, procedí a desprenderme de la poca ropa que me cubría.

—Sí, va a ser una buena forma de quemar la tensión acumulada —le dije entre beso y beso.



Llegamos a la playa más tarde de lo planificado, sin embargo, la demora había merecido la pena. Tras estar allí algo más de una hora y disfrutar del sol y el mar, Abraham me llevó a su casa por primera vez.

Me sorprendió para bien. Siempre pensé que vivía en un piso, sin embargo, era propietario de un precioso chalet alejado del casco urbano. Nada ostentoso ni de grandes dimensiones —en realidad, no creo que tuviese más de ciento cincuenta metros construidos—, por contra, lo rodeaba un

extenso terreno plagado de árboles frutales, jardín y flores. En la parte trasera de la casa había una amplia piscina en la que gracias a su longitud incluso se podía utilizar para ejercitar el cuerpo haciendo unos largos. La fachada era blanca, el interior guardaba la misma línea: paredes blancas, madera lacada, tarima color gris claro... En contraste, los escasos muebles que la vestían eran de color oscuro.

El total de la vivienda principal estaba repartida en una sola planta. Tan solo el garaje era subterráneo. Me pareció una distribución muy acertada.

Cada cuarto suponía una agradable sorpresa, y, a pesar de estar medio vacíos, mi mente se recreaba en imaginar cómo los amueblaría y decoraría.

—Es precioso, me encanta todo —confesé una vez acabado el circuito; aunque a decir verdad, a cada nueva habitación o sala descubierta se me escapaba un «qué bonito».

—Me alegro de que te guste.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí? Pensaba que tenías un piso.

—No, llevo apenas unos meses, ni medio año. ¿No te acuerdas que dije en el grupo que estaba muy liado entre el trabajo, los libros, la nueva casa...?

—No lo recuerdo, la verdad.

—Pues sí. Es muy probable que no lo leyeras. Lo dije solo una vez y no hiciste comentarios al respecto.

—Debe ser eso. En cualquier caso, lo dicho: me parece preciosa.

—Ja, gracias. —Me dio un beso en la frente—. ¿Sabes? No me digas por qué, pero cuando la compré, cuando hice la mudanza, cuando fui a comprar los cuatro muebles contados que hay por la casa..., solo pensaba en ti, en que tal vez algún día...

»¿Entiendes? Ya deseaba estar contigo. Tenía la esperanza de conquistar tu corazón.

Lo miré a los ojos hipnotizada, con el pulso acelerado y sintiendo la mayor dicha del mundo.

—¿Sabes? Quizá no lo creas, pero...

—Dime —solicitó al ver que dejaba la frase a medias.

—Desde hace mucho tiempo, desde prácticamente el primer día en que te conocí, aún cuando no pensaba en otra cosa más que en mi matrimonio y mi carrera de escritora y ni podía imaginar que algún día me divorciaría de Robert, sentí una sensación extraña, bonita, distinta y única al conocerte. Algo en mi interior me advirtió de que eras especial. Aunque nunca imaginé que lo fueses tanto.

Clavó su mirada en la mía, quizá evaluando la sinceridad de mis palabras, tal vez interpretando su significado.

Se inclinó ligeramente y apoyó sus labios en los míos, recreándose en el contacto, manteniéndome la mirada, transmitiéndome sin palabras un sentimiento que jamás había sentido. Mi organismo reaccionó ante él, como si lo reconociese como una parte de sí mismo. El corazón comenzó a bombear diligente, con contundencia, como si tratase de transmitir vida no solo a mi cuerpo, sino también al suyo a través de mis labios. Sin poderlo controlar, noté cómo los ojos adquirirían más humedad que de costumbre. Era él, ya no tenía la menor duda.

—No sé si lo vas a creer o no —dijo a muy pocos centímetros de distancia—: yo también sé que eres tú. Y ahora, todo lo que pensaba y planificaba cobra sentido. Sin ser realmente consciente de ello, te estaba esperando, y por fin, estás aquí.



Ola de calor

Pasaron las semanas como si estuviese en una nube. El mes de julio se arregló en cuanto a ventas se refiere: los días flojos se compensaron con los buenos y, en balance, eso significaba que llegado septiembre, mes en el que cobraría los correspondientes beneficios, no tendría que sacar dinero del banco como temí en sus primeros días. De seguir así, pronto podría ver cumplida mi primera meta.

Sin embargo, el mundo literario y sus ventas es igual de voluble que la bolsa y, tan pronto suben, como bajan. El mes de agosto entró de forma estrepitosa, tocándome de nuevo la fibra sensible. No se diferenciaba mucho de cómo inició el mes de julio, pero temí que este no fuera cambiando con el paso de los días. En ese sentido, solo las jornadas que quedaban por delante tenían la respuesta. No obstante, me encontraba algo más tranquila; algo había cambiado.

En cuanto a Abraham, nuestra relación no podría ser mejor. Era tal la felicidad, que quedaba solapada cualquier vivencia anterior a él. Parecía tener la capacidad de borrar toda experiencia de mi pasado, buena, mala o regular, incluyendo mi relación y matrimonio con Robert.

Llevábamos juntos cerca de un mes. Íbamos y veníamos, nos veíamos siempre que podíamos; a decir verdad, casi todos los días. En ocasiones yo me quedaba a dormir en su casa; otras, él en la mía. Aunque casi siempre lo hacíamos en la suya por aquello de que tenía montado el trabajo en casa y yo

me podía trasladar con el portátil y mi trabajo a cualquier lado.

Era miércoles. Hacía un bochorno sofocante. Toda España estaba atravesando una ola de calor proveniente del Sahara.

Aquella jornada no nos veríamos, no por el calor, sino por el trabajo. Abraham tenía que presentar unos informes al día siguiente y, estando juntos... Digamos que la distracción era mayor.

En cualquier caso, yo aprovecharía para poner una lavadora, recoger un poco la casa y continuar corrigiendo la novela que sacaría a la venta en pocas semanas. Tendríamos que esperar un día sin vernos, sí, pero por suerte, mantenernos ocupados hacía que el tiempo pasase más rápido y, como todo sacrificio tiene su recompensa, a la mañana siguiente iría a su casa para disfrutar de un par de días juntos; momento que aprovecharía para ayudarle con su trabajo.

Sí, esa es la novedad que me mantenía más tranquila.

A decir verdad, llevaba dos semanas ayudándole. Empecé ejerciendo, según él, de «secretaria», es decir, haciendo lo que me ordenaba. Un par de días después, me explicó varios apéndices que, bajo su supervisión, pasé a gestionar yo. Sin pretenderlo, me había salido un trabajo extra aparte de mis libros, algo que no me requería muchas horas y que me ayudaba a sentirme mejor. Una labor fácil, metódica y repetitiva, que además me aportaría algo de dinero extra.

No obstante, la sensación era extraña. En ningún momento sentí que hubiera dejado abandonada mi carrera como escritora y, sin embargo, los ingresos iban a incrementar. La comisión que le daban a Abraham por las funciones que yo había adquirido me la daría a mí. Lo que suponía que, con un poco de suerte, no tendría que volver a sacar dinero del banco. Para Abraham también era una ventaja: ese tiempo que yo empleaba en su lugar, le servía para estar más relajado y poder invertirlo en su novela.

En principio, ambos salíamos ganando.

No obstante, a pesar de lo positivo que pudiese parecer, quería tomar aquello como algo temporal y no caer en lo que siempre había criticado. El hecho de conseguir dinero fácil —en comparación con lo otro, lo era y mucho— no tenía que ser una excusa para, poco a poco, ir dejando de lado mi carrera de escritora y terminar dentro de la compañía de Abraham.

No, en verdad nunca podría ser un pretexto. Y a decir verdad, no tenía motivos para llegar a pensar eso. Pero bueno, supongo que el miedo a perder lo que hemos conseguido, sea mucho o poco, a veces nos hace pensar cosas raras.

Como decía, el *planning* para aquella jornada se centraba en terminar de corregir la novela y de paso, tratar de no darle más importancia de la que debía a las primeras estadísticas de agosto —tan solo habían pasado cuatro días—. Pero, ya sabemos que los nervios son muy puñeteros y no piden permiso para desatarse sin control. A pesar de mis intentos por relajarme, sentía el estrés recorriéndome el cuerpo: por desear finalizar pronto la corrección, por las expectativas que sin querer estaba volcando sobre el próximo estreno, y cómo no, por eso que trataba de dejar aparcado: las ventas de agosto.

Estaba como una moto. No sé cuántas veces me levanté y senté: de la silla al sofá, del sofá a la silla, de la silla a la cama, de la cama al sofá y de nuevo a la silla... Recorrí los pasillos y las habitaciones incontables veces, respirando profundo, tratando de calmarme, de insuflarme esperanza y convencer a mi cerebro de que acabaría pronto, de que el estreno iría bien y que el mes tan solo había hecho que comenzar, e, igual que el anterior, mejoraría. En uno de mis paseos examiné el historial de ventas de los años anteriores. Por desgracia, los datos no aportaban un refuerzo a mi autoconvencimiento: todos los meses de agosto tuvieron peores resultados que sus vecinos.

Resoplé.

—Bueno, puede que sea más flojo; mientras no sea mucho peor...

Volví a abandonar la silla para dirigirme a la cocina. Necesitaba prepararme una bebida refrescante, algo que no fuese café para no alterar aún más mis nervios, y, a poder ser, los templase.

—Una tila sería lo mejor —medité ojeando las cajitas de las infusiones.
—Vale, una tila con menta y canela.

Cogí las bolsitas y las coloqué en la taza. Luego, con agua de una botella de la nevera, lo llené hasta casi hacerlo rebosar. No tardé mucho tiempo en darle un sorbo; estaba sedienta y además no lo quería derramar por el camino.

—Bueno, voy a ver si consigo avanzar un poco con la corrección. En cuanto la tenga revisada, la leerá Abraham y Mateo, y cuanto antes la terminen y corrijan, antes la podré poner a la venta. Menos mal que Mateo estudió para hacerse corrector literario —aunque luego abandonó la idea de seguir por ese camino y decidió dar vida a sus propios personajes— y no me va a cobrar nada por su servicio.

No pude evitar caer en el pensamiento que deseché semanas atrás: el concurso.

«Si lo quisiera, aún estaría a tiempo de presentarla».

«Pero no, ya lo decidí y no voy a cambiar otra vez de parecer».

«Aunque es una pena, la verdad».

«En fin... Ya tendré la oportunidad de presentarme a otros».

Me puse manos a la obra, consiguiendo de una santa vez concentrarme en el trabajo.

La mañana transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. Avanzaba con rapidez, apenas retocaba una cosilla por aquí y otra por acá. Buscaba con énfasis las posibles erratas que mi propio ojo no «quería» ver. Y es que, como a la mayoría de los escritores que conozco, es a nosotros mismos a los que más nos cuesta ver nuestros fallos. Aunque sea una palabra que sepamos escribir y que de encontrarla en otro contexto o en otro documento

advertiríamos el error, dentro de nuestro trabajo nos pasa desapercibido. Nuestro ojo lee lo que nuestra mente quiso plasmar, de manera que a veces, para poder ver una simple falta de ortografía o una errata, nos cuesta diez o más pasadas, y, en ocasiones, pronunciarla silábicamente como si acabásemos de aprender a leer. Mi labor en ese instante era esa: leer con calma para corregir cualquier fallo y dársela a mis lectores cero lo más impoluta que mi capacidad de percepción permitiese.



Estaba concentrada, inmersa por completo en la novela, cuando sonó el portero.

«Joder, qué susto».

«¿Quién será?».

No pude evitar acordarme de la visita sorpresa de mis padres.

«No, no creo que vuelvan en una buena temporada».

«Quizá sea el cartero».

Resoplé con desgana. Empujé la silla y caminé hacia la entrada. Antes de llegar, un nuevo pitido volvió a sobresaltarme.

—Joder, qué impaciencia —farfullé—. ¡Qué ya voy...!

Descolgué el telefonillo y pregunté.

—Amorcito, soy yo.

—¿Abraham? —pregunté sorprendida.

—¿A qué otro amorcito conoces?

Reí.

—¡Qué tonto! Te abro.

Pulsé el botón y fui directa al baño a mirarme las fachtas.

«*Bueno, ya no pasa nada por recibirle en bragas y camiseta* —analicé satisfecha, cepillándome el pelo».

Corrí hacia la puerta tras escuchar un par de golpes secos.

Cuál fue mi sorpresa al abrir cuando lo primero que vi fue a Abraham con una cestita de mimbre entre sus manos, sujeta a la altura de mi cara —me tenía bien cogida la medida—. No sé si porque se acercaba la hora de la comida, pero lo primero que me vino a la cabeza fue eso, unos succulentos sándwiches de Rodilla, una tortilla de patata o unos croissants rellenos de jamón york y queso fundido...

—¿Nos vamos de picnic? —pregunté alzando las cejas.

—No. Te he traído una cosita, pero no es comida.

—Vaya... Pasa, anda, no te quedes en la puerta.

Me puse de puntillas para alcanzar sus labios y besarlo. Según me apartaba escuché un ruido proveniente de la cesta.

—¿Eso ha sido...?

Eché las manos hacia ello para quitárselo y comprobar lo que escondía dentro. Antes de abrir, volví a escuchar el mismo sonido, esta vez más fuerte, más nítido.

Aún no lo había abierto cuando me percibí sonriendo y sin poder quitar la mirada de lo que ahora sostenían mis manos.

—¡No puedo creerlo! —chillé como una loca. Allí, bajo la poca claridad que se filtraba entre los entrelazados de mimbre, aguardaba un precioso gatito de poco más de dos meses de vida, con el pelo de punta, abundante y de color tostado. Aquella pequeña criaturita contemplaba el mundo con sus preciosos ojitos verdes.

Sin poderlo evitar, comencé a hacer aspavientos y dar saltitos, como digo, muy controlados para no asustar al gatito ni provocarle nauseas.

—Pero ¿de dónde lo has sacado?

—Sabes que mañana debo entregarle los informes a mi jefe...

—Sí —contesté, aunque luego me di cuenta de que su planteamiento no demandaba réplica.

—He tenido que pasar por la oficina a primera hora para recoger unos papeles que me faltaban, vamos, los informes del mes pasado que hacían referencia a la trimestral y que sin querer me dejé allí el último día que estuve —a pesar de conocer por encima su trabajo, había cosas que aún me sonaban a chino—. ¿Recuerdas que los estuve buscando por casa?

—Sí.

—Pues estaban allí. Lo recordé anoche cuando ya me iba a la cama.

—Sí, pero ¿y el gato?

—Ya voy..., ya voy... —Negó con la cabeza poniendo cara de guasa—. Pues eso, al llegar a la oficina, no sé cómo ha salido el tema, pero mi jefe... ¡Ah, sí! Todo ha surgido porque le he visto las manos llenas de arañazos y le he terminado preguntando si le había arañado el gato o su mujer.

—Qué discreto.

Rio.

—Bah, tenemos confianza. El caso es que, entre unas cosas y otras me ha terminado explicando que su mujer y él tienen una pareja de gatos y que acaban de tener una camada, y..., aquí tienes a uno.

—¿Te lo ha dado? —pregunté entusiasmada.

—Sí. Han tenido tres machos y una hembra. Quiere darlos todos en adopción.

—Pero entonces...

—Sí, es para ti. Te he traído uno de los machos, que creo que son los que más te gustan. Como yo, vamos...

—Eres... —No terminé la frase cuando ya me había abalanzado sobre él

para besarlo y abrazarlo, con cuidado, claro, para no hacer que saliera por los aires el pobre minino.

—¿Te gusta, entonces? —cuestionó, rodeándome con sus brazos, con la vista clavada en el nuevo miembro de la familia.

—¡Me encanta!

—Sabía que llevabas mucho tiempo queriendo uno y que por no tener suficiente dinero no te habías atrevido a adoptarlo. Pero, ahora no estás sola. No le faltará nada.

Me separé ligeramente de su pecho para observar su rostro. Le sonreí sintiendo un amor y una felicidad desbordantes.

—Espera un momento, lo voy a sacar de la cestita. Quiero verlo bien.

Durante unos instantes fui presa del encanto y la ternura que aquella indefensa y pequeña criatura emanaba. Lo agarré por su diminuto cuerpo con ambas manos, de tal forma, que mis dedos quedaron entrelazados sin problema. Me lo acerqué despacio a la cara, quería sentir la suavidad de su pelaje en mi piel. Absorbí su aroma: apenas emitía un ligero olor a la misma cesta en la que fue transportado.

—Me encanta, amor. Es el regalo más bonito que podrías haberme hecho.

—Me alegro. Espero que entiendas ya por qué lo he hecho. —Clavó su mirada en la mía y no esperó respuesta—. Te amo.

Aquella vez fue la primera que escuchaba esas palabras. No solo de su boca, sino de labios de nadie. Por un instante me quedé paralizada sintiendo el éxtasis recorrer mi organismo. Percibí una emoción tal, que el pecho pasó de su ritmo y vaivén normal —ligeramente acelerado por la ilusión del gatito— a una rigidez inusual, casi desconocida hasta ese momento, como si no entrase tanta dicha en un recipiente tan limitado. Y es que la felicidad era tan desbordante, que sentí ganas de chillar, de llorar, de parar el tiempo, congelarlo para siempre. Había encontrado al amor de mi vida. Sin embargo, la falta de costumbre ante un sentimiento tan desenfrenado se quedó

bloqueado en mi pecho. Sentí el llanto en mi tórax, como si fuese una preciosa tormenta de verano en la que las nubes lanzan contra el mar todo lo que son y todo lo que desean: fundirse con esa otra agua más salada, pasar a ser una sola, ser absorbida por la salinidad de aquella hacia la que corren y de la que anhelan volver a ser parte.

«Qué pocas veces se llora de felicidad a lo largo de una vida».

En mi caso, tan solo se humedecieron mis ojos, aunque la tormenta atronó con fuerza en mi interior. Necesité un instante para poder tragar saliva y responderle:

—Y yo te amo a ti.

Le miré a los ojos y contemplé lo que siempre había soñado: sinceridad, amor, cariño, deseo, amistad, complicidad..., la veraz intención de compartirlo todo.

—Me gustaría decirte algo más, bueno, es más bien una proposición.

Lo contemplé en silencio, esperando a que expusiese eso que parecía tan importante.

—Me gustaría que te vinieses a vivir conmigo. Que empaquetes todas tus cosas y vengas a casa, a tu casa. —Sin darme tiempo a contestarle prosiguió su argumento—. Quizá creas que es pronto, pero..., tú te quedas a dormir allí..., yo alguna vez me he quedado aquí..., vamos, que lo veo un paso normal, incluso necesario. No te lo he dicho antes porque aunque creo saber cuál va a ser tu respuesta, no lo tengo del todo claro. Te he visto siempre tan independiente... —Lo observaba en silencio, con una ligera sonrisa de medio lado. Examinaba su boca, sus ojos, su rostro, la forma de planteármelo. Se le notaba muy tranquilo y confiado. Realmente lo debió meditar con calma—. Es algo que llevo pensando desde hace días y creo que es una tontería no hablar las cosas claras. Además, no quiero que lo tomes como una ayuda ni como cosas raras. Estamos saliendo juntos. Deseo estar a todas horas contigo y compartir todo lo que tengo contigo. En fin, queda dicho.

—¿Quieres una respuesta?

—Sí, me gustaría.

—¿La verdad?

—Siempre.

—Se me ha puesto aquí una presión extraña —dije poniéndome una mano en el pecho—. Creo que es una mezcla de ilusión y miedo. Ilusión porque me encanta la idea, y miedo, a que todo esto acabe.

—Esto no va a acabar nunca. Llevo tanto tiempo esperándote que voy a hacer cuanto esté en mi mano por cuidarte, por que desees estar toda la vida conmigo.

Sonreí llena de júbilo.

—Vale, entonces sí, viviremos juntos.

—No sé si te veo muy convencida... —bromeó. Hizo que se me escapase una carcajada que pronto se transformó en un estridente «síííí...», que culminó en mis brazos alrededor de su cuello, estrujándolo como si fuese un osito de peluche.

—Así me gusta más.

En ningún momento sentí presión, ni agobio y lo deseaba de verdad.

Estamos rodeados de tantos tabúes, de tantos convencionalismos, de tantas costumbres; de tantas ideas limitantes, estúpidas y rompedoras de ilusiones; de miedos en torno a lo que puedan pensar las personas que nos rodean; miedos de no dar el paso que desees por temor a fallar, a que vaya mal, a equivocarnos, a que no sea como esperamos..., que casi siempre cuesta tomar una decisión de forma libre y sin condicionantes. Sin embargo, cuando el corazón dice «sí», la mente dice «sí» y el cuerpo dice «sí», ¿qué excusa queda?

Ninguna.

Era algo que deseaba en lo más profundo de mi ser y, tanto era así, que por una vez pensé en mí, en lo que deseaba y en lo que mi intuición me decía. Aparqué el miedo, los «y si...», las estadísticas... La respuesta solo podía ser

una: sí. Aunque me equivocase; aunque acabase en «dos días»; aunque se marchitase con el tiempo nuestro amor; aunque fuese mal o distinto a lo esperado; aunque viniese un tsunami y nos hiciese desaparecer a uno de los dos del planeta, dejando al otro sumido en una pena irreparable; aunque no le gustase a mis padres, al vecino de enfrente o a la madre que nos parió a todos..., daba igual, por él merecía la pena correr cualquier riesgo.

La verdadera vida es aquella que vas consumiendo mientras asumes el riesgo a equivocarte, porque, aun yendo mal, no te habrás equivocado, habrás vivido.

Tras ese abrazo de duración inestimable, observé al pequeño gatito que se paseaba de forma titubeante y algo torpe a nuestro alrededor.

—¿Tiene nombre?

—Se llama Bola.

—¿Bola? ¿Como una bola se sebo?

Rompió a reír de forma estrepitosa.

—¿De sebo? Joder...

—¿Qué pasa? Es lo primero que me ha venido a la mente.

—Joder... —se llevó la mano a la cara y cabeceó en una ligera negativa.

—¿Se lo has puesto tú?

—No, así lo llamaba mi jefe.

—Aaah... —Me quedé pensativa, con el gesto arrugado en modo de desaprobación—. ¿Te importa si se lo cambiamos? Es que Bola... No sé, no se me ocurre ningún término cariñoso que lo suavice: Bola, Bolita, Bolito, Boliche, Bola de pelo...

Rio.

—Sí, mujer, llámalo como tú quieras.

—Genial, pero seguro que tendrás que ayudarme. Soy muy mala poniendo nombres.

—Está bien, ya se nos ocurrirá algo.

Le volví a estrujar entre mis brazos como una boa constrictor y le susurré: «Me encanta. Gracias». Al separarme, alcé la mirada para observarle: su expresión no podría ser más plena y satisfactoria.

—¿Te das cuenta? —pregunté de forma retórica—. ¡Vamos a vivir juntos!

—Sí.

Su sonrisa parecía un reflejo de mi felicidad.

—¿Qué te parece si coges en una mochila las cuatro cosas que vayas a necesitar y te vienes ya conmigo a casa? Yo sigo teniendo que presentar mañana el informe a mi jefe y todavía me queda cotejar unos datos.

—Sí, me parece estupendo. Voy.

—Vale. ¿Quieres que te ayude?

—No, no te preocupes, no voy a tardar nada. Mientras, coge a..., al peluchito y juega con él, o, casi mejor, apágame el PC y guárdalo en la bolsa de viaje que está en el armario de..., bueno, ya sabes dónde.

—¡A sus órdenes, mi coronel!

—¡Eh!, no te pases. Tú te has ofrecido, así que... —respondí ya dirigiéndome por el pasillo hacia la habitación.

No tardamos ni diez minutos en abandonar el apartamento. Tan solo cogí el neceser, un par de pantalones, tres o cuatro camisetas, un vestido de tirantes, el bikini, las chanclas, las alpargatas y las zapatillas de deporte, varias braguitas..., eh..., bueno, más cosas de las que pensaba, aunque a bulto, poca cosa; entraba todo en la bolsa de deporte. Y, por supuesto, me cambié de ropa.

—¿Ya estás?

—Sí.

—Trae, dámelo —dijo tendiendo la mano para cargar con el equipaje.

—No pesa.

—Da igual. Tú coge a Bola. —Lo miré con los ojos entrecerrados—. Bueno, a como se llame.

Negué moviendo la cabeza.

Al girar, vi que el ordenador había desaparecido de la mesa y busqué en sus manos para cerciorarme de que lo llevaba encima. En efecto, lo llevaba colgado como una bandolera, con la tira de la bolsa cruzándole el pecho.

Tranquila de saber que portaba cuanto necesitaba, fui en busca y captura del pequeño sin nombre definido. Por suerte, no fue difícil hacerse con él y devolverlo a la cesta de mimbre.

—Sé bueno. Dentro de poco estaremos en casa.

Abandonamos el apartamento como una familia feliz. En mi caso, con una sensación enormemente extraña revoloteando por el estómago: excitante al tiempo que apaciguadora.

Cuando iba a cerrar la puerta, vi el cactus a lo lejos, sobre la mesa, solito. Con su masa gelatinosa y gorda «poniéndome ojitos» para que no nos fuésemos sin él.

«Pobre..., no puedo dejarlo ahí».

Fui directa hasta él. Me coloqué la cesta de mimbre a un lado, para inmovilizarla con la cadera, y con la mano libre, agarré la maceta por su plato.

«Ahora sí está todo».

Al darme la vuelta vi cómo Abraham nos esperaba, contemplando cada detalle de mis movimientos.

—¿Lista?

—Listos.



Mudanza

Durante las dos semanas siguientes nos apañamos para empaquetar todas mis pertenencias e ir las trasladando poco a poco en los dos coches. Fue una rutina corta pero intensa. Nos levantábamos pronto, trabajábamos, hacíamos el amor cuando nos venía en gana, comíamos y seguíamos trabajando.

Por lo general, llegada la tarde, cuando la cabeza ya no nos daba para más, íbamos al apartamento, recogíamos algo de lo que aún faltaba por empaquetar y nos lo traíamos a casa.

Éramos felices. Jugábamos, reíamos..., disfrutábamos de una perfecta convivencia juntos. Estábamos en un momento de esos de súper amor que para muchos raya el «¡ya está bien, *pasaos!*!». Pero nosotros estábamos en la gloria.

Mi sensación de abundancia y dicha se alzaba a un nivel mucho más elevado del que nunca conocí. Ahora, mi vida giraba en torno a Abraham quien, de la noche a la mañana, se había convertido en lo más importante; en lo primero.

Mi preocupación por las ventas fue relegada a un segundo plano, y el estreno de mi siguiente novela perdió protagonismo; aunque seguía ilusionada por ello.

También me olvidé de ser best seller. Sin darme cuenta dejé de obcecarme por aquel propósito supremo que marcó mi camino durante meses.

Realmente ya no tenía obsesión por ninguna de las metas. No pensaba en ellas: ni cuando miraba las ventas, ni cuando me levantaba por la mañana, ni cuando me acostaba por la noche... Tampoco durante las horas del día. Las veía como algo que está ahí, como un faro que gira marcando siempre su posición sin agotarse. Yo, en cambio, ahora lo observaba sin sentir prisa alguna por alcanzar su costa. Deseaba disfrutar el viaje. Y sabía cuál era el motivo. Era sencillo: Abraham. No solo por el amor que sentía por él, que hacía que todo se eclipsara bajo su figura e hiciese que mis pensamientos tomaran otra órbita, sino también gracias al dinero extra que ganaba por ayudarlo con su trabajo.

Al margen de eso, la fe y la convicción se llevan por dentro. Pensase en ello o no, lo tuviese presente o no, una parte de mí nunca dejó de ver esa luz intermitente, de creer en mis posibilidades. El rumbo fue marcado en el mapa y cualquier paso dado continuaba llevándome a esa dirección; antes o después, la alcanzaría. Y sí, no podía evitar fantasear con que mi realidad se reorganizó de tal manera gracias a que la diosa Fortuna me había concedido un tiempo extra.

Vivía un momento tan único y desconocido, que el deseo de conocer qué sucedió para lograr alcanzar tal punto de relajación y felicidad, me invitaba a reflexionar.

Primero, valoré las fases dejadas atrás.

Luego, en la que todavía me hallaba.

Por último, las que sabía que me restaban por enfrentar.

Fui consciente de que en muy poco tiempo mi realidad cambió; mejoró de forma notable.

No obstante, seguía sin averiguar el verdadero porqué.

¿Mi vibración?

¿Mis actos?

¿Mi perseverancia?

Abraham no tenía nada que ver en esto último...

¿Tal vez una mezcla de todo?

Quién sabe.

De lo que sí estoy convencida es de que, al Universo le gusta hablarnos con metáforas, convirtiéndose así en el mayor poeta al que aprender a interpretar.

Al margen de eso, por «suerte», después de mucho padecer, por fin la vida tenía sentido.

Lo bueno se hace esperar.

Volviendo al tema de la novela... Como digo, estaba a punto de estrenarla. Mi parte de corrección y repaso exhaustivo concluyó días atrás. Ahora, aguardaba con impaciencia las críticas, sugerencias y correcciones de Abraham y Mateo.

Aunque parezca mentira, la relajación no está reñida con la ilusión. Al dejar mi obsesión aparcada, la ansiedad se transformó en esa esperanza, ánimo e ilusión de la que hablo; dejé a un lado las expectativas. Y desde luego, el trabajo merecía cualquier apuesta a su favor. Al margen de sus resultados, estimaba que, como mucho, en una semana o diez días podría estar en el mercado; como los grandes estrenos: para el mes de septiembre.

Respecto al gatito, no había forma de encontrarle un nombre que hiciese justicia a esa carita tan mona que tenía. Abraham no hacía más que llamarle Bola y, bueno, a mí se me escapaba también de vez en cuando. ¡Qué cruz!

Yo no sé si influenciado por el nombre o porque nos salió glotón, pero en apenas quince días había crecido y ganado más peso del normal. En serio, debíamos hacer algo porque, si no, al final se iba a terminar convirtiéndose en una bola, pero de las de verdad.

Su cuerpo rechoncho pedía a gritos una visita al veterinario, y eso, unido

a que ya debíamos haberle llevado hacía días, ejerció la presión necesaria para ir de una vez por todas.

La visita al especialista sirvió para confirmar dos cosas: por un lado, que el pequeño estaba sano y, por otro, que yo estaba traumatizada.

Sí, por eso no lo llevamos antes, porque me daba pavor. Te acuerdas de que la nueva pareja de Robert era veterinaria, ¿no? Pues eso. Resulta que sin darme cuenta quedé traumatizada. No me enorgullezco de ello y de hecho, me da un poco de vergüenza confesarlo, pero...

El caso es que me hice consciente de ello cuando buscábamos uno para Bola.

¿Ilógico? No lo sé, supongo que según se mire. Mi miedo era que la historia se volviese a repetir y, aunque racionalmente le recordaba a mi cabeza que eso no podía suceder ya que ahora estaba con el amor de mi vida —y el amor de tu vida no se puede ir con otra ni tener ojos para otra, porque si no, no lo sería—, la tripa descompuesta y los nervios decían otra cosa. Joder, estaba *acojonadita perdía*.

Creo que la única mujer en la que hubiese confiado en ese momento, hubiera sido en una que se ciñese al perfil: señora casada, poco agraciada, un poco borde y con más de sesenta años, a poder ser, entrada en carnes. O mejor aún: que fuese un hombre, y no tuviese ayudantes, femeninas, claro.

¿Cómo acabó la cosa? Mejor de lo que esperaba. Siguiendo la inercia de parecer estar tocada por una varita mágica, acabamos en una pequeña clínica llevada por un señor y su señora esposa.

«¡Yujuuu...!».

Eran una pareja amable, hechos el uno para el otro. El hombre tendría unos cincuenta años, de corta estatura, con una tripa que le salía un palmo de lo que debería ser la verticalidad de su pecho, calvo y con una espesa barba. Su mujer, en la misma línea de tamaño y grosor, con el pelo rubio muy rizado y gafas redondas a lo *Señorita Rotenmeyer*. Es decir, dimos con la anti atracción. Imagínese con la sonrisa de «¡joder, qué descanso!».

En fin, volvamos a la mudanza. Durante el tiempo que duró el traslado, en un par de ocasiones tuve intención de llamar a Begoña para darle la buena nueva, sin embargo, siempre me acordaba a horas poco recomendables de telefonar a nadie, a no ser que quisieras infartarla, claro.

Al día siguiente de llevarnos la última caja, nada más despertar recordé esa llamada pendiente:

«De hoy no pasa».

Le di un beso de buenos días a Abraham y me levanté de un salto.

—Voy a por el móvil, debo escribir a Begoña —le informé saliendo a toda prisa por la puerta.

—¡Vale! —chilló desde la cama.

En pocos segundos regresé con el teléfono en la mano. Me senté junto a mi amor y abrí el WhatsApp.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó al ver que reclinaba el cuerpo sobre él, colocando el móvil a la altura de nuestras caras.

—Voy a mandarle una foto.

—Joder, amor, ¿con estas pintas? ¿Pero tú me has visto? Los pelos..., los ojos hinchados...

—Pero si ni te has mirado a un espejo... Además, estás hecho un bombón.

Le di un beso en la cabeza de mala manera y tomé la foto.

—¡Ya está! —exclamé victoriosa—. Estamos guapísimos, ¿a que sí?

Se la enseñé un segundo, sin soltar el aparato para no darle opción a que la borrara.

—Lo dirás por ti, claro.

No se debió ver mal del todo porque no hizo intención de borrarla ni me impidió enviársela a Begoña. A continuación escribí: «Tengo que darte una

noticia».

No pasaron ni quince minutos cuando el móvil comenzó a sonar. Por supuesto, era ella.

—¿Se puede saber quién es...?

—¡Hola!

—¡Cuenta, mujer, no me tengas en ascuas!

—Es Abraham.

—¿Abraham..., el chico este que también es escritor?

—El mismo.

Pegó un grito que casi me deja sorda, y no sé por qué, la imaginé al otro lado dando saltitos como una niña que se hace pipí. Abraham, que estaba a varios metros, la oyó y se echó a reír, yo, en cambio, tan solo pude alejarme el auricular de la oreja y esperar a que terminase de emitir ese estridente sonido.

—¿Jane? ¿Jane? —escuché en un lejano hilo de voz.

—¿Has acabado de chillar? Te van a tomar por loca.

—Tranquila, estoy yo sola. Y no me cambies de tema. ¡Cuéntame!

—Pues resulta que llevamos algo más de un mes saliendo.

—¡Síííí...!

—Ya deja de chillar —repliqué entre risas.

—¡No puedo contenerme! ¡¿Tú sabes lo que yo he rezado por que encuentres a un hombre como Dios manda?! Porque este es de esos, ¿no?

Reí.

—El mejor que podía haber encontrado.

—¡Yujuuuu...! ¿Ves? Te lo dije. Willy te traería suerte.

—Bueno, Willy llegó cuando ya estaba viéndome con Abraham.

—¿Qué dices? Es verdad —Debió hacer una rápida cuenta mental—. ¿Y

no fuiste capaz de decírmelo? No me lo puedo creer.

—Ibas como una moto y...

—Jo, pero podías habérmelo dicho.

—Bego, era tu día; hoy, es el mío. Es mejor así: dos días de alegría.

—Eso sí es cierto.

—Joder, tía, me encanta. No podrías hacerme más feliz.

—Quizá sí.

—¿Qué dices? ¿A qué te refieres? ¿Estás embarazada? ¿Te vas a casar?

—*Tranqui, tranqui.* ¡Relax! No. Pero me he venido a vivir con él a su casa.

—¡A nuestra casa! —interrumpió Abraham a voz en grito.

—¡Qué majo es! —espetó Begoña, que pudo escucharle perfectamente—. ¿Eres feliz?

—Más que nunca.

—Esa es la señal.

—¿Qué señal?

—La que te dice que estás con la persona que debes. El traslado, la felicidad... No es la novedad, es otra cosa, ¿verdad?

—Y tanto... Es un...: es él.

—Exacto. —Por un instante nos quedamos las dos en silencio. Supongo que al igual que yo, Begoña también estaba pensando en lo afortunada que había sido por encontrar al hombre de su vida—. Pues no sabes cuánto me alegro.

—Yo también. Mañana pasaremos por el apartamento para cerciorarnos de que no nos hemos dejado nada, pero ya está vacío.

—Vale, no te preocupes, no hay ninguna prisa. De hecho, lo voy a dejar sin alquilar una temporada.

—¿Y eso?

—Ya te digo, no tengo prisa, y bueno..., tampoco tengo tiempo para preocuparme ahora de más asuntos.

—Entiendo. Por cierto, ¿qué tal van los preparativos de la boda?

—Pues vamos un poco de cabeza, pero creo que ya está todo organizado. Ahora solo queda que vayan llegando las fechas oportunas para recoger y enviar las invitaciones, una prueba del vestido, degustar el menú, concretar las flores..., uff..., ya sabes, muchas cosas.

—Tranquila, saldrá todo bien.

—¿Vendréis?

—Eh... Pensé que celebraríais una boda muy íntima, vamos, con pocas personas.

—Sí, por eso quiero que vengas; con Abraham, por supuesto.

—Pues... —Lo primero que cruzó mi pensamiento fue el dinero, el gasto que ir a Londres supondría: viaje, hotel, comida, traje, regalo...

—No quiero que me regales nada, no te invito por eso, os invito porque deseo que mi mejor amiga esté el día más importante de mi vida. ¿Lo entiendes? El hotel y el avión os lo costaremos nosotros.

—No puedo...

—Sí puedes —interrumpió—. Yo solo quiero que vengáis.

—Deja que lo piense, ¿vale? —No tuve valor para darle una negativa tan rápido. Tampoco creo que me lo hubiese permitido.

—Está bien, pero... Bueno, piénsalo.

—De acuerdo.

—Jane, te tengo que dejar. A ver si mañana puedo volver a llamarte y me lo cuentas todo con más detalle, ¿vale?

—Sí, no te preocupes.

—Me alegro mucho de verte tan feliz. Ya era hora, joder.

Reí.

—Sí, ya nos tocaba.

—Un besazo. Te llamo.

—Vale. Besos.

Al colgar, la mirada de Abraham lo decía todo: «si deseas ir, iremos». Al parecer, había escuchado toda la conversación —aunque tampoco me extrañaba, con los gritos que pegaba Begoña...—, pero no quise decir nada. Quería meditarlo con calma, hacer cuentas.

Aún teníamos tiempo para darle una respuesta.



Me olvidé de...

Comenzaba el mes de octubre; el tiempo pasaba como un suspiro.

Publicada la novela, ya solo faltaba observar su acogida. Apenas llevaba un mes en el mercado y las cifras eran esperanzadoras. ¿Porque fue publicada en septiembre? Puede ser. ¿Porque era la novela que tanto tiempo había estado esperando? Por qué no.

En cualquier caso, era muy pronto para lanzar las campanas al vuelo. El tiempo me diría si de verdad había encontrado mi piedra roseta o sería una novela más aportando su granito de arena a los ingresos totales. Y es que, mi realidad y forma de ver la vida habían cambiado tanto, que ahora solo me ocupaba de disfrutar del día a día, y agradecer cada detalle que la enriquecía, por muy minúsculo que pudiese parecer.

En un momento dado dije que de pronto comencé a entender qué le sucedía a mi madre. Bueno, en realidad lo que entendí fue que no se trata de vivir en una realidad perfecta, sin penas, sin problemas, sin enfados o sin personas a las que te gustaría mandar a la mierda. No, en verdad es algo más simple: se trata de tener la capacidad de que nada perturbe tu paz interior. Simple, no fácil. Y, cuando aún no ves una salida, dejarte guiar por tu intuición, que te advierte de que todo está dentro de una tormenta que, antes o después, se desvanecerá, dejando tras de sí la tan ansiada calma.

Sí, cada obstáculo es como una tormenta, breve o duradera, suave o

intensa, a la que debes enfrentarte para eliminar esas capas de energía que ya no deben acompañarte más; aguantar la tempestad sabiendo que no vas a naufragar, que no te vas a hundir, que tan solo debes centrarte en observarla.

Es como si el Universo te pidiese aguantar a flote sobre la inmensidad del mar, como si fueses un trozo de madera roto y a la deriva, permitiéndote tan solo manifestar emociones que deben ser pasajeras, porque si no las dejas correr, el peso de las mismas te convertirán en algo mucho más pesado y denso, y te sumergirán hacia el fondo del océano como si en vez de ser madera fueses acero.

Ahora solo me quedaba seguir a flote, disfrutar de mi nueva vida hasta el final.

Sí, después de tantos meses de sufrimiento, mi vida había cambiado. Sin saber cómo. Sin saber por qué.

Tal vez fuera por el hecho de olvidarme de todo y todos, incluidos mis padres que, desde el día de su improvisada visita, no habían vuelto a saber nada de mí.

Dejé de compararme, sobre todo, de comparar mis resultados. Sabía que llevaba un camino distinto al de la mayoría.

Me olvidé de intentar analizar qué debía hacer para vender más, y me dediqué a escribir lo que mi intuición demandaba. Al fin, me di cuenta de que había lectores de sobra para cualquier género.

No fue fácil, ya lo has visto, pero conseguí enfrentarme a mis miedos y salir victoriosa.

En definitiva, así fue cómo me olvidé de ser best seller.